

*La verdadera
historia de*
JESUCRISTO



*La verdadera
historia de*
JESUCRISTO

©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.
Todos los derechos reservados.

Este folleto no es para la venta.
Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo *YHVH*, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece como *Yahveh*, *Yavé*, *SEÑOR*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Contenido

<i>Introducción</i>	1
<i>Capítulo I:</i> ¿Qué y quién fue Jesucristo?	3
<i>Capítulo II:</i> El asombroso cumplimiento de las profecías acerca de Jesús	14
<i>Capítulo III:</i> Una vida impecable y milagrosa	25
<i>Capítulo IV:</i> ¿Realmente murió Jesús y volvió a vivir?	30
<i>Capítulo V:</i> Mucho más que un hombre	48
<i>Capítulo VI:</i> El Dios que se volvió un ser humano	54
<i>Capítulo VII:</i> La misión del Mesías fue malentendida	63
<i>Capítulo VIII:</i> ¿Cuál fue el evangelio de Jesús?	70
<i>Capítulo IX:</i> Lo que Jesús enseñó acerca de la ley de Dios	76
<i>Capítulo X:</i> ¿Quién mató a Jesús?	90
<i>Capítulo XI:</i> Jesucristo, la sabiduría de Dios	95
<i>Capítulo XII:</i> Su cita con el destino: Encontrarse con el verdadero Jesús	102

Recuadros

Jesucristo, la ‘Roca’ del Antiguo Testamento	6
Los discípulos de Jesucristo comprendieron que él era el Creador	8
La familia de Dios	10
Fue profetizado el año exacto en que aparecería el Mesías	16

¿Nació Jesús el 25 de diciembre?	20
¿Podía Jesús hacer milagros?	26
Métodos romanos de crucifixión	32
¿Cuando fue crucificado Jesús y cuándo resucitó?	38
¿Hay otras fuentes de información que confirmen la existencia de Jesucristo?	42
¿Fue Jesús un ser creado?	50
Los familiares de Jesús	56
¿Tenía Jesús el cabello largo?	60
¿Qué significan los términos <i>Mesías</i> y <i>Jesucristo</i> ?	64
La salvación es la entrada en el Reino de Dios	72
Otros nombres para el Reino de Dios	74
Otros aspectos importantes en que Jesús cumplió la ley	78
El mandamiento nuevo de Cristo	82
¿Acaso el nuevo pacto anula los mandamientos?	84
Jesucristo y las fiestas bíblicas	87
La ruptura del velo del templo	96
Nuevamente vivo, hoy y para siempre	98
‘Sí, ven Señor Jesús’	104

Introducción

¿Quién fue Jesús? Pocos se atreverían a negar que hace 2000 años existió un hombre llamado Jesús, y que fue un gran maestro que ha causado un gran impacto en el mundo desde entonces.

Él hizo una declaración que dejó a muchos atónitos: que era el Hijo mismo de Dios. Durante gran parte de su vida fue el adalid de sólo un grupo pequeño de seguidores, personas que le creyeron y lo consideraban como su prometido Libertador y Rey. Debido al testimonio de estos seguidores, tiempo después muchos otros también creyeron que él era el Hijo de Dios.

Pero en su época, los dirigentes religiosos lo rechazaron como el Hijo de Dios. Muchas de las cosas que decía eran tan opuestas a las enseñanzas y tradiciones de ellos, que siempre estuvieron en su contra hasta que finalmente lograron que fuera ejecutado.

Además, las autoridades romanas locales también lo consideraron como una amenaza y fueron cómplices de su ejecución; finalmente, ellas la llevaron a cabo. Las religiones de su época se opusieron a que sus enseñanzas continuaran y se valieron de medios ilegales y violentos para tratar de destruir la iglesia que él había fundado. Luego también el gobierno de Roma persiguió violentamente a los seguidores de este maestro judío de Galilea.

La controversia acerca de Jesús continúa

En la actualidad, Jesús sigue siendo una figura polémica. Su vida, tal como está registrada en los cuatro evangelios, se ha puesto en tela de juicio de muchas formas. Por ejemplo, los autores de estos libros mencionan los milagros de Jesús como hechos sobrenaturales. No obstante, actualmente mucha gente no lo cree pensando que fueron fenómenos normales de la naturaleza que en esa época no se entendían muy bien, o los rechaza por completo como si fueran cuentos inventados.

Pero recientemente ha surgido en libros y películas otra versión acerca de la vida del verdadero Jesús. Por ejemplo, la mayoría de las personas tienen una imagen de Jesús muy diferente de la que él tenía en realidad hace 2000 años. Estas representaciones dan una imagen equivocada de la humanidad de Cristo. Películas como *La última tentación de Cristo* y la obra teatral *Jesucristo Superestrella*, junto con incontables programas de televisión, han hecho mella en las mentes de muchos, desvirtuando totalmente al verdadero Jesús histórico.

Desde luego, uno puede analizar fácilmente las diferentes creencias y prácticas de aquellos que a lo largo de la historia han dicho ser seguidores de Jesús, y

con toda razón preguntarse: “Finalmente, ¿quién es realmente Jesús? Y ¿por qué debo querer seguirlo?”

En verdad, si usted acepta literalmente las cosas que él dijo, tal como fueron registradas por sus primeros discípulos, y luego considera todo lo que ha sucedido desde entonces, podrá darse cuenta de que la mayoría de quienes durante siglos han profesado seguir a Jesús, realmente no lo han hecho. Y lo mismo sucede actualmente.

Pero tal vez usted pueda pensar que eso era de esperarse, porque Jesús enseñó conceptos buenos pero imprácticos, cosas que realmente no pueden funcionar en este mundo. Por otra parte, probablemente el viejo adagio de que “el problema con el cristianismo es que nunca se ha llevado a la práctica”, tenga mucho de cierto. Como dijo Mahatma Gandhi en cierta ocasión: “Me gusta Jesús, pero no me gustan los cristianos”.

Descubriendo al verdadero Jesús

¿Cuál es la verdadera historia? Después de 2000 años de diferentes puntos de vista, ¿es posible obtener un concepto verdadero de Jesús? ¿A quién debemos creer en nuestra búsqueda?

Para conocer al verdadero Jesús es menester entender el hecho de que lo que él realmente enseñó, y lo que realmente hizo, *es fundamental para la vida eterna*. Orando a su Padre, dijo: “*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*” (Juan 17:3).

¿Hizo Jesús lo que los relatos bíblicos muestran? ¿Fue él, y *es* él, realmente quien dijo ser? ¿Podemos probar esto históricamente, o debemos simplemente aceptarlo con una fe ciega? Y además, quizá la pregunta más fundamental sea: *¿Importa realmente?* Pongámoslo de la manera siguiente: Si la historia de Jesús es un mito, si los hechos de su vida, registrados junto con las cosas que dijo y enseñó, son el invento de un pequeño grupo de confabuladores, entonces en verdad *no* importa. Si así son las cosas, tenemos que inventarnos el significado de la vida humana por nuestra propia cuenta.

Pero si Jesucristo es quien dijo que era: el Hijo de Dios que vino a la tierra para vivir como ser humano, quien murió a manos de sus semejantes y que fue resucitado de entre los muertos tres días y tres noches después, *entonces eso lo cambia todo*. Pues este solo hecho —Dios viviendo y muriendo como un ser humano— es el acontecimiento más asombroso de toda la historia de la humanidad. Esto nos crea a todos una situación compleja que tenemos que afrontar, porque tenemos la responsabilidad de tomar una decisión al respecto.

¿Podemos saber la verdad de todo este asunto? Este folleto procura contestar las preguntas más importantes que, de manera natural, surgen en una mente inteligente y razonable cuando trata de entender *la verdadera historia de Jesucristo*.

¿Qué y quién fue Jesucristo?

“Ninguno de los gobernantes de este mundo la entendió, porque de haberla entendido no habrían crucificado al Señor de la gloria” (1 Corintios 2:8, Nueva Versión Internacional).

Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea, pasó por momentos muy difíciles cuando Jesús fue llevado a su presencia. Temeroso, trató de evadir la situación que se planteaba ante sus ojos. Al oír de qué lo acusaban, sintió miedo: “Se ha hecho pasar por Hijo de Dios” (Juan 19:7, NVI).

La pregunta que a continuación hizo Pilato demostró el temor que sentía al percatarse de que no estaba tratando con un hombre cualquiera. Momentos antes había recibido un mensaje de su esposa, que en sueños había recibido una advertencia de no tener nada que ver con ese hombre inocente (Mateo 27:19). El mismo Pilato sabía muy bien que era por envidia y odio que los dirigentes religiosos le habían entregado a Jesús (v. 18). Pero Pilato no podía evitar su cita con el destino.

Enseguida le preguntó a Jesús: “¿De dónde eres tú?” (Juan 19:9). Pilato ya sabía que era de Galilea. Pero de qué lugar geográfico era ese maestro judío no era la pregunta. Lo que Pilato quería saber era más bien de dónde era *realmente*. Jesús guardó silencio. Cuando aseveró que era el Hijo de Dios, ya había contestado la pregunta. Pero Pilato no tuvo el valor de enfrentar esa respuesta.

De haber aceptado la verdadera respuesta, las cosas hubieran sido muy diferentes. El apóstol Pablo dijo que ninguno de los gobernantes de este mundo había entendido quién era Jesús, de dónde vino ni su propósito de haber venido, porque de haberlo entendido “no habrían crucificado al Señor de la gloria” (1 Corintios 2:8, NVI).

Pilato no pudo manejar esta situación. Sabía que tenía razón en esta ocasión, pero tuvo miedo de perder el poder. Temía la reacción del César si llegaba a enterarse de que no había sabido cómo tratar a alguien que representaba una amenaza para el dominio romano en la región (Juan 19:12). Tenía miedo de que los judíos se sublevaran si no accedía a las demandas políticas de sus líderes. También temía a Jesús, porque no estaba del todo seguro con quién estaba tratando.

Evitando una decisión difícil

Al final, el pragmatismo político se impuso. El escenario quedó listo, tanto para imputar la culpabilidad a toda la humanidad como para hacer posible su perdón. Pilato dio la orden para que Jesús fuera crucificado. No quiso aceptar la realidad; la dejó para que todos la enfrentaran más adelante.

La gran mayoría de las personas tienen la tendencia de hacer caso omiso de las realidades desagradables y, con base en esto, tomar decisiones que creen convenientes para su propio beneficio. Si a usted se le presentaran pruebas de quién fue realmente Jesús, ¿confrontaría una realidad muy difícil de aceptar? En el fondo, quizá intuitivamente nos damos cuenta de que cambiaría la vida tal como la conocemos. Así que deducimos que tal vez sea mejor no profundizar mucho sobre este asunto, a fin de tener una salida. Ese es el camino que escogió Pilato.

Pero es aquí precisamente donde tenemos que empezar. ¿Quién fue realmente Jesús de Nazaret? ¿De dónde vino en realidad? Si entendemos eso, todo lo que hizo y dijo queda muy claro.

La mayoría de las personas ven a Jesucristo como un maestro, un hombre sabio, un judío visionario que sufrió una injusta y horrible muerte y fundó una gran religión.

Pero ¿acaso hay algo más que eso? Uno de los temas más polémicos y, al mismo tiempo, quizá el más trascendental, es la verdadera identidad de Jesucristo. Es el meollo de la fe cristiana. Lo que esto trae consigo es la comprensión de que Jesús no era simplemente un ser humano extraordinario, sino que, de hecho, *Jesús era Dios en carne humana*.

Pero si era Dios en la carne, ¿cómo es que era Dios? Este es el aspecto que con frecuencia se ha pasado por alto en muchas explicaciones y, como resultado de ello, a mucha gente se le hace difícil comprender la verdad de este hecho.

Jesús ciertamente se consideraba mucho más que sólo un hombre, profeta o maestro.

Hay quienes opinan que Jesús nunca dijo que era Dios. Algunos eruditos incluso aseguran que, años más tarde, dirigentes de la iglesia cristiana inventaron y agregaron al texto los títulos utilizados por Jesús, los milagros y sus declaraciones y hechos que mostraban que él creía ser Dios. En otras palabras, ellos argumentan que los registros fueron inventados y que el Jesús que se describe en el Nuevo Testamento es una leyenda, un producto teológico de la iglesia primitiva.

Sin embargo, esto es históricamente imposible por varias razones, entre las cuales está el hecho de que inmediatamente después de la muerte y resurrección de Jesús la iglesia creció de una forma sorprendente por la clara convicción de que él era Dios. No hubo tiempo para que se desarrollara una leyenda basada en exageraciones acerca de quién podía haber sido Jesús.

Pedro inmediatamente predicó que Jesús había sido resucitado de entre los muertos y que era verdaderamente el Cristo y Señor, equiparándolo con Dios (Hechos 2:27, 34-35). Como lo demostró el asombroso crecimiento de la iglesia, tanto los discípulos como la iglesia misma sabían quién era Jesús.

Por increíble que parezca, el hecho real es que Jesús de Nazaret era Dios en la carne. Este hecho, que más adelante analizaremos, es lo que hace al cristianismo único y le da autoridad. Si Jesús no era Dios, entonces el cristianismo no es diferente de otras religiones. Si Jesús no era Dios, los cristianos de la iglesia primitiva no habrían tenido base para sus creencias, creencias que, en las palabras de sus enemigos, habían “trastornado el mundo entero” (Hechos 17:6, NVI).

Jesús, el “Yo soy”

Quizá el discurso más audaz de Jesús acerca de su identidad fue la declaración: “Ciertamente les aseguro que, antes de que Abraham naciera, ¡yo soy!” (Juan 8:58, NVI).

Traducida al español, esta declaración puede parecer o sonar confusa. Pero en el idioma arameo o hebreo que Jesús hablaba, estaba diciendo algo que los judíos consideraron una blasfemia, por lo que de inmediato quisieron apedrearlo.

¿Qué estaba sucediendo? Que Jesús estaba diciendo que él era el que los judíos conocieron como Dios en el Antiguo Testamento. En dos palabras estaba diciéndoles que él existía desde antes de Abraham y que era el mismo Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Cuando en la antigüedad el gran Dios se reveló primeramente a Moisés en Éxodo 3:13-14, éste le preguntó cuál era su nombre. “YO SOY EL QUE SOY”, fue la sorprendente respuesta. “Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros”.

Jesús claramente afirmó que él era ese mismo ser: el “YO SOY” de Éxodo 3:13-14, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (v. 15).

“YO SOY” está relacionado con el nombre personal de Dios en el Antiguo Testamento, el nombre hebreo YHVH. En algunas Biblias en español, según la versión que utilizemos, este vocablo hebreo generalmente aparece como Jehová o el Señor.

Los judíos sabían exactamente lo que quiso decir Jesús cuando hizo esta asombrosa afirmación. Por eso fue que quisieron matarlo a pedradas, porque lo consideraron culpable de blasfemia.

“YO SOY” y el relacionado YHVH son los nombres de Dios que describen una absoluta y eterna autoexistencia. Aunque es imposible traducirlo correcta y directamente en español, YHVH tiene el significado de “El Eterno”, “El Siempre Existente” o “El Que Era, Es Y Siempre Será”. Esas características sólo pueden aplicarse a Dios, cuya existencia es eterna.

En Isaías 42:8 este mismo ser dice: “Yo el Eterno [YHVH]; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas”. Dos capítulos más adelante leemos: “Así dice el Eterno [YHVH] Rey de Israel, y su Redentor, el Eterno de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isaías 44:6).

Los judíos entendieron muy bien lo que Jesús quiso decir. Dijo que él era aquel que la nación de Israel conocía como el único Dios verdadero. Al reclamar para sí el nombre “Yo soy”, estaba diciendo que *él era el Dios a quien los hebreos conocían como YHVH*. Este nombre era tan sagrado para ellos que un judío devoto no se atrevía a pronunciarlo. Este era un nombre especial para Dios que sólo podía referirse al único Dios verdadero.

En el libro *Christian Apologetics* (“Apologética cristiana”) el Dr. Norman Geisler concluye: “En vista del hecho de que el Jehová del Antiguo Testamento judío no daría su nombre, honra o gloria a otro, no debe sorprendernos que las palabras y obras de Jesús de Nazaret hayan provocado piedras y gritos de ‘blasfemia’ de los judíos del primer siglo. Las mismas cosas que el Jehová del Antiguo Testamento reclamaba para sí mismo, Jesús de Nazaret también las reclamaba” (2002, p. 331).

Jesús identificado con YHVH

El Dr. Geisler menciona algunas de las formas en que Jesús se equiparó al YHVH del Antiguo Testamento. Veamos algunas de ellas.

Jesús dijo de sí mismo: “Yo soy el buen pastor” (Juan 10:11). David, en el

Jesucristo, la ‘Roca’ del Antiguo Testamento

El apóstol Pablo afirmó que el Dios que conocían los israelitas del Antiguo Testamento, al que ellos miraban como su “Roca” (Deuteronomio 32:4; Salmos 18:2), era el que nosotros conocemos como Jesucristo. Leamos lo que Pablo escribió en 1 Corintios 10:1-4: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo”.

Jesús fue quien habló con Moisés y le dijo que debía regresar a Egipto para conducir a los israelitas a la libertad. Jesús fue el Jehová o Señor (YHVH) que envió las plagas a Egipto. Fue el Dios que sacó a los israelitas de Egipto y los hizo vagar por el desierto durante 40 años. Fue el dador de la ley, el que le dio los mandamientos a Moisés y hablaba con él con regularidad. Fue el Señor que trató con la antigua nación de Israel a lo largo de su historia.

Por asombroso que parezca: Jesucristo es el Eterno o Señor (YHVH) que se menciona tantas veces en el Antiguo Testamento. □

primer versículo del muy conocido Salmo 23, declaró: “El Eterno [YHVH] es mi pastor”. Jesús dijo que era el juez de todo hombre y nación (Juan 5:22, 27). Pero en Joel 3:12 leemos que el Eterno [YHVH] se sentará “para juzgar a todas las naciones”.

Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12). Isaías 60:19 dice: “El Eterno [YHVH] te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria”. También en Salmos 27:1 David escribió: “El Eterno [YHVH] es mi luz”.

Jesús oró al Padre pidiéndole que compartiera su eterna gloria: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:5). No obstante, en Isaías 42:8 leemos: “Yo el Eterno [YHVH]; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria”.

Jesús habló de sí mismo como el esposo esperado (Mateo 25:1), que es exactamente cómo se describe a YHVH en Isaías 62:5 y Oseas 2:16.

En Apocalipsis 1:17 Jesús dice ser el primero y el último, que es precisamente lo que YHVH dice de sí mismo en Isaías 44:6: “Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios”.

No hay ninguna duda de que Jesús se consideraba a sí mismo como el Eterno (YHVH) del Antiguo Testamento.

Cuando Jesús fue arrestado, usó este mismo término y con ello provocó un fuerte impacto en sus aprehensores. “Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra” (Juan 18:6). Tal pareciera que una vez más estaba diciendo que él era el “Yo soy” del Antiguo Testamento.

“Yo y el Padre uno somos”

En otra de las ocasiones en que los judíos confrontaron a Jesús, le preguntaron: “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo [el Mesías profetizado], dínoslo abiertamente” (Juan 10:24). La respuesta de Jesús fue muy clara: “*Os lo he dicho, y no creéis*” (v. 25). Anteriormente, ya les había confirmado su origen divino (Juan 5:17-18).

Jesús agregó: “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí”. Las obras que él hacía eran milagros que *sólo Dios podía hacer*. Ellos no podían negar los milagros que Jesús hacía.

Luego les dijo otra cosa que los enfureció: “Yo y el Padre uno somos” (v. 30). Es decir, tanto el Padre como Jesús eran divinos. Una vez más, no había forma de no entender lo que él había dicho, porque “entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle” (v. 31).

“Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedrearéis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (vv. 32-33).

Los judíos entendieron muy bien lo que Jesús quiso decir. Les estaba hablando claramente de su divinidad.

En el Evangelio de Juan está registrada otra ocasión en la que Jesús enfureció a los dirigentes judíos con sus declaraciones de divinidad. Sucedió un sábado cuando Jesús acababa de sanar a un hombre paralítico en el estanque de Betesda. Los judíos nuevamente intentaron apedrearlo porque lo había hecho el sábado, día en que la ley de Dios estipulaba que no se hiciera ningún trabajo (y que ellos mal interpretaban al considerar lo que Jesús había hecho como si fuera trabajo).

Entonces Jesús dijo algo que ellos sólo podían entender de una forma: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. ¿Cuál fue su reacción? “Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo [según la interpretación de ellos], sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Juan 5:16-18).

Jesús equiparaba sus obras con las obras de Dios y decía que Dios era su Padre de una manera especial.

Los discípulos de Jesucristo comprendieron que él era el Creador

En la Epístola a los Hebreos se menciona al Hijo como el ser por medio de quien Dios creó el universo (Hebreos 1:2) “y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa” (v. 3, NVI). Sólo Dios es tan grandioso como para hacer tales cosas.

El apóstol Juan confirma que Jesús era el Verbo divino por medio del cual Dios creó el universo. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3, ver los vv. 1-3, 14).

Pablo también deja bien claro que fue por medio de Cristo, “la imagen del Dios invisible” que “fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:15-16). Y en el versículo 17 agrega: “y todas las cosas en él subsisten”.

En el Antiguo Testamento se habla de Dios como el único Creador del universo (Génesis 1:1; Isaías 40:25-26, 28). Cuando los primeros seguidores de Cristo dicen que Jesús es aquel por medio del cual fueron creadas todas las cosas, claramente están diciendo que *Jesús es Dios*.

Jesús dijo que tenía todos los atributos y características de Dios, y los discípulos lo creyeron y así lo enseñaron. Ellos comprendían que Jesús era “la imagen misma de su sustancia [la de Dios]” (Hebreos 1:3) y “la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15), y que “toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo” (Colosenses 2:9, NVI).

Por sus hechos y palabras, ellos entendieron claramente quién era y sigue siendo él. No había duda en sus mentes. Le vieron demostrarlo una y otra vez. Ellos llegarían hasta enfrentar el martirio firmes en esta convicción. □

Jesús aseveró tener autoridad para perdonar los pecados

Jesús afirmó su divinidad de diferentes maneras. En cierta ocasión, al sanar a un paralítico le dijo: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (Marcos 2:5). Cuando los escribas oyeron eso, pensaron que Jesús blasfemaba, pues, como acertadamente entendían y preguntaban: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (vv. 6-7).

Sabiendo Jesús lo que estaban pensando, les dijo: “¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? . . . Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa” (vv. 8-11).

Los escribas sabían que la autoridad que Jesús afirmaba tener pertenecía sólo a Dios. Nuevamente, Dios (YHVH) es el ser que en el Antiguo Testamento se menciona como el que perdona los pecados (Jeremías 31:34).

Jesús aseguraba tener poder para resucitar a los muertos

Jesús aseguró tener aun otro poder que sólo Dios poseía: resucitar y juzgar a los muertos. Notemos lo que dijo en Juan 5:25-29:

“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán . . . todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”.

No hay duda acerca de lo que quiso decir. En el versículo 21 agregó: “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida”. Cuando Jesús resucitó a Lázaro, a la hermana de Lázaro, Marta, le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11:25).

Comparemos esto con lo que se nos dice en 1 Samuel 2:6: “El Eterno [YHVH] mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir”.

Jesús aceptó honra y adoración

Jesús demostró su divinidad en otra forma, al decir que es necesario que “todos honren al Hijo como honran al Padre” (Juan 5:23). Una y otra vez les dijo a sus discípulos que creyeran en él como creían en Dios. “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1).

En muchas ocasiones Jesús recibió adoración sin prohibir tales actos. Un leproso se postró ante él (Mateo 8:2). Un dirigente judío también se postró ante él, suplicándole que resucitara a su hija (Mateo 9:18). Cuando calmó la tormenta, los que estaban en la barca lo adoraron como Hijo de Dios (Mateo 14:33).

Una mujer cananea se postró ante él (Mateo 15:25). Cuando les salió al encuentro a las mujeres que habían ido al sepulcro después de su resurrección,

ellas lo adoraron, lo mismo que sus discípulos (Mateo 28:9, 17). Cuando un gadareno endemoniado vio de lejos a Jesús, “corrió y se arrodilló ante él” (Marcos 5:6). El ciego de quien se habla en Juan 9 lo adoró después de ser sanado (v. 38).

El primero y el segundo de los Diez Mandamientos prohíben adorar a alguien o algo que no sea Dios (Éxodo 20:2-5). Cuando la gente de Listra intentó adorar a Bernabé y a Pablo, después de que éstos sanaron a un cojo de nacimiento, los dos se alarmaron mucho (Hechos 14:13-15). En Apocalipsis 22:8-9 leemos que cuando el apóstol Juan se arrodilló para adorar al ángel que le estaba mostrando una visión de la futura Jerusalén, éste le dijo: “¡No, cuidado! . . . ¡Adora sólo a Dios!” (NVI).

Y sin embargo, Jesús aceptó la adoración y no reprendió a quienes quisieron arrodillarse ante él para venerarlo.

La familia de Dios

Desde el principio, el Padre y Jesús planearon aumentar su género. ¡El género de Dios *es una familia!* Está encabezada por el Padre, y actualmente consiste en el Padre y el Hijo Jesucristo.

Ellos dos siempre han existido y existirán por siempre. Su plan y su deseo son aumentar su género: “llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10). Así como la vida fue creada para reproducirse según su género, como se explica en Génesis 1, así el hombre fue creado conforme al género de Dios. Ese es el profundo significado del versículo 26, donde Dios dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Esto es algo que se lleva a cabo en dos etapas. Primero Dios hizo al hombre del polvo de la tierra. Luego, por medio de la conversión y fe en Cristo y la obediencia a la ley espiritual de amor de Dios, tanto el hombre como la mujer llegan a ser una “nueva criatura” espiritual (2 Corintios 5:17; Efesios 4:24). Esto conducirá después a la etapa final, al nacimiento de nuevos hijos dentro de la familia divina, quienes serán “semejantes” a Cristo, siendo él mismo el hijo *primogéni-*

to de Dios (Romanos 8:29; Gálatas 4:19; 1 Juan 3:2).

En verdad, así como los hijos son del mismo género que sus padres (es decir, seres *humanos*), así los hijos de Dios serán del mismo género que el Padre y Cristo (esto es, seres *divinos*). ¡Este es el asombroso potencial de la humanidad! La familia de Dios aumentará por medio de su maravilloso plan divino, como él mismo lo revela en las Sagradas Escrituras.

Todos los hijos de esta familia vivirán por siempre voluntariamente sometidos a la soberanía, autoridad y liderazgo del Padre primeramente y luego del Hijo (1 Corintios 15:24-28). Guiados por el Padre y Cristo, los miembros de esta divina familia compartirán una eternidad gloriosa y justa en el futuro.

En este sentido, Dios es una familia, por cierto una familia *creciente*, compuesta ahora por dos seres divinos: el Padre y Cristo el primogénito, pero al final aumentará con un increíble número de nuevos hijos. (Si desea saber más acerca de este tema, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto *¿Quién es Dios?*) □

Jesús enseñó a orar en su nombre

Jesús exhorta a sus seguidores no sólo a que crean en él, sino que cuando oren al Padre deben hacerlo en el nombre de Cristo. “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 14:13). Claramente, Jesús enseñó que es por medio de él que tenemos acceso al Padre, al afirmar que “nadie viene al Padre, sino por mí” (v. 6).

Refiriéndose a Jesús, el apóstol Pablo escribió: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

Pablo nos dice que el mismo Dios Padre respalda el hecho de que Jesús es Dios, hasta el punto de que es en su nombre que hacemos nuestras peticiones y ante quien nos inclinamos. Jesús también nos asegura que él es quien contestará nuestras oraciones (“ . . . lo haré”, Juan 14:13).

Jesús se reveló como el Dios del Antiguo Testamento en muchos sentidos. Los judíos lo vieron hacer cosas que sólo Dios podía hacer o habría hecho. Le oyeron decir cosas de sí mismo que sólo podían aplicarse a Dios. Se indignaban y reaccionaban con gran cólera acusándolo de blasfemia. Se enfurecían tanto por lo que decía que de inmediato querían matarlo.

La relación tan especial entre Dios y Jesús

Jesús sabía que su relación con el Padre era única, ya que sólo él podía revelar al Padre.

En Mateo 11:27 leemos: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”.

En su libro *Reasonable Faith* [“Fe que tiene sentido”] el apologista Dr. William Lane Craig defendió la fe cristiana. Acerca de este versículo escribió: “Nos dice que Jesús declaró ser el Hijo de Dios en un sentido exclusivo y absoluto. Jesús dice aquí que su relación de Hijo con el Padre es única. Y también afirma que es el *único* que puede revelar al Padre a los hombres. En otras palabras, Jesús afirma ser la absoluta revelación de Dios” (1994, p. 246).

Cristo aseguró que la salvación depende de él

En varias ocasiones Jesús aseguró que era el único por medio de quien los seres humanos podían recibir la vida eterna. “Esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:40, comparar los vv. 47 y 54). No sólo dice

que debemos creer en él, sino que él será quien nos resucitará al final. Nadie que fuera un simple hombre podría hacer eso.

El Dr. Craig agrega: “Jesús sostuvo que las actitudes de la gente hacia él serían el factor determinante en el juicio de Dios el día del juicio. ‘Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre lo confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios’ (Lucas 12:8-9).

“No erremos: si Jesús no fuera el divino hijo de Dios, entonces esta declaración sólo podría considerarse como el más abyecto y censurable dogmatismo. Pues lo que Jesús dice es que la salvación de la gente depende de su confesión ante el propio Jesús” (Craig, p. 251).

La conclusión es inevitable: Jesús se consideraba a sí mismo divino lo mismo que el Padre y con el derecho de hacer las cosas que sólo Dios tiene el derecho de hacer.

Lo que afirmaban los discípulos de Jesús

Aquellos que conocieron a Jesús y fueron enseñados personalmente por él, y que luego escribieron la mayor parte del Nuevo Testamento, estaban completamente de acuerdo con lo que Jesús decía acerca de sí mismo. Sus discípulos eran judíos monoteístas. El que ellos hayan estado de acuerdo en que Jesús era Dios, y que luego estuvieran dispuestos a morir por esta creencia, nos demuestra que lo que vieron en Jesús y le oyeron decir fue tan convincente que no tuvieron ninguna duda al respecto.

Mateo, el autor del primero de los evangelios, lo empieza con el relato del nacimiento virginal de Jesús. Mateo habla de este milagroso suceso citando Isaías 7:14: “He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mateo 1:23). Lo que este apóstol claramente dice es que entiende que ese niño *es* Dios: “*Dios con nosotros*”.

El apóstol Juan fue también muy explícito en el preámbulo de su Evangelio. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo *era* Dios . . . Y *aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*” (Juan 1:1, 14).

Algunos de ellos lo llamaron directamente *Dios*. Cuando Tomás vio sus heridas exclamó: “*¡Señor mío, y Dios mío!*” (Juan 20:28). En su epístola a Tito, Pablo menciona a Jesús como “*Dios nuestro Salvador*” (Tito 1:3; 2:10).

La Epístola a los Hebreos afirma enfáticamente que Jesús es Dios. Asociando Salmos 45:6 con Jesucristo, en Hebreos 1:8 se afirma: “Mas del Hijo dice: Tu trono, *oh Dios*, por el siglo del siglo”. En este mismo libro también se dice que Jesús es superior a los ángeles (1:4-8, 13), superior a Moisés (3:1-6), y más grande que los sumos sacerdotes (4:14-5:10). Jesús es más grande que todos ellos porque es Dios.

Él no nos dejó una salida

En su libro *Mere Christianity* [“Mero cristianismo”], el renombrado escritor C.S. Lewis dijo: “Lo que estoy tratando aquí es evitar que alguien diga la tontería que frecuentemente algunas personas dicen acerca de él: ‘Yo estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro de moralidad, pero no acepto su declaración de ser Dios’. Eso es algo que no debemos decir. Un hombre que era simplemente un hombre y dijo la clase de cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro de moralidad . . .

“Uno tiene que decidirse. O este hombre era, y es, el Hijo de Dios; o era un desquiciado o algo peor. Uno puede callarlo como a un tonto, puede escupirlo y matarlo como un demonio; o puede arrodillarse a sus pies y llamarlo Señor y Dios. Pero no salgamos con artimañas sin sentido como esa de que es un gran maestro humano. Él no dejó lugar para pensar así. No fue su intención” (1996, p. 56).

El asombroso cumplimiento de las profecías acerca de Jesús

“Pero Dios ha cumplido así todo lo que antes había anunciado por boca de todos sus profetas” (Hechos 3:18).

Una cosa es decir que uno es Dios, y otra muy distinta es convencer a la gente que uno es lo que dice ser. Así que, ¿cómo fue que los seguidores más cercanos a Jesús llegaron a estar tan convencidos que estuvieron dispuestos a morir por esa creencia?

Muchas profecías del Antiguo Testamento acerca del Mesías se cumplieron al pie de la letra en Jesús de Nazaret. Pero ni los judíos ni los propios discípulos de Jesús entendieron en aquel tiempo que él estaba cumpliendo tales profecías, aunque en ocasiones Jesús mismo se lo dijo (Lucas 18:31; Mateo 26:56). Ellos esperaban a un Mesías muy diferente de aquel que tantas profecías describían.

Una de las formas en que Jesús se defendía ante los dirigentes judíos era apelando a las Escrituras mismas, las cuales lo identificaban como el que había de venir. “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

Después de resucitar, Jesús empezó a ayudar a sus discípulos para que entendieran esas escrituras, y entonces fueron inspirados para luego afirmar que realmente Jesús era el Mesías. La prueba que utilizaron fueron las mismas Escrituras que antes no habían entendido.

Descifrando el enigma profético

Horas después de su resurrección, Jesús se acercó a dos de sus discípulos que iban por el camino hacia el pueblo de Emaús, hablando acerca de las cosas que recién habían acontecido. Sin reconocerlo, ellos se preguntaban francamente cómo era posible que acontecimientos tales como la muerte del Mesías hubiesen ocurrido. Jesús entonces empezó a explicarles que su sufrimiento y crucifixión estaban profetizados en las Escrituras.

Suavemente los amonesto: “¿Qué torpes son ustedes . . . y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el

Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?” (Lucas 24:25-26, NVI). Luego, “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 27).

Más tarde, ese mismo día, se apareció a casi todos sus apóstoles y les aclaró lo que les había estado diciendo antes de su muerte. “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (v. 44).

La “ley de Moisés”, los “profetas” y los “salmos” es una referencia a las tres principales divisiones del Antiguo Testamento, algo que todos los judíos creyentes, como lo eran estos apóstoles, entendían. “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (vv. 45-46).

El Espíritu de Dios nos ayuda a entender las Escrituras

Pocos días después los apóstoles empezaron a citar pasajes de las Escrituras, asegurando que todas esas profecías se habían cumplido en Jesucristo.

En Hechos 1:20 el apóstol Pedro habla de la muerte de Judas, el discípulo que traicionó a Jesús, citando de Salmos 69:25 y 109:8: “Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella”, y “Tome otro su oficio”. Tanto Pedro como los otros discípulos habían empezado a entender que las Escrituras hablaban detalladamente de muchos aspectos de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Su entendimiento habría de crecer enormemente después de recibir el Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Juan 14:26). Al hablar ese día, Pedro citó Joel 2:28-29, diciendo que la dádiva del Espíritu Santo era un cumplimiento de esa profecía (Hechos 2:14-18).

Pedro continuó hablándole a toda la multitud reunida en Jerusalén, explicando la resurrección de Jesús en relación con Salmos 16:8-11: “Porque David dice de él [Jesús]: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra . . . Porque no dejarás mi alma en el Hades [la tumba], ni permitirás que tu Santo vea corrupción [descomposición del cadáver] . . . me llenarás de gozo con tu presencia [por medio de la resurrección]” (Hechos 2:25-28). Pedro afirma que David fue un profeta y predijo la resurrección de Jesús el Mesías.

Más sorprendente aún es el cuadro que David presenta de Cristo resucitado, y que Pedro cita en los versículos 34-35: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. Pedro ahora veía claramente que el Antiguo Testamento revelaba la venida de Jesús el Mesías, el Mesías a quien él había seguido por más de tres años. Ahora Pedro estaba citando esos pasajes para demostrarles a sus coterráneos que Jesús era el Mesías.

Muchos años después vemos que el apóstol Pablo, quien al principio se había opuesto violentamente a aquellos que aceptaban a Jesús como el Mesías prometido,

discutía con los judíos en las sinagogas declarándoles que Jesús era realmente el Mesías, el Cristo (Hechos 17:1-4). De igual manera, Apolos “con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo” (Hechos 18:28). Algunos de esos judíos empezaron a entender tales pasajes a la luz de la vida, muerte y resurrección de Jesús el Cristo.

Profecías cumplidas en los evangelios

Los judíos que creyeron que Jesús cumplió las profecías mesiánicas eran una minoría. No obstante, los escritores de los evangelios citan constantemente

Fue profetizado el año exacto en que aparecería el Mesías

En una extraordinaria profecía en Daniel 9:25 se menciona el *año específico* en que el Mesías aparecería. El ángel Gabriel le reveló a Daniel esta información unos 580 años antes de su cumplimiento. Analicemos esta sobresaliente profecía y cómo se cumplió.

“Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas . . .”.

La palabra traducida aquí como “semanas” literalmente quiere decir “sietes”. Aunque podría significar semanas de siete días, tal parece que no es así en este caso. Unos versículos antes vemos que Daniel había estado orando específicamente acerca de un período profético de 70 años. En esta respuesta a su oración se le habló de un período de 70 sietes, lo que significa claramente, en este contexto, 70 sietes *de años*; es decir, 70 períodos de siete años.

Sumando 7 más 62 (69) de estos períodos de siete años —un total de 483 años— a partir del decreto para reconstruir el muro de Jerusalén, sabremos el año en que vendría el Mesías.

Después de que los babilonios destruyeron a Jerusalén en el año 586 a.C., al Imperio

Babilónico le sucedió el Imperio Medopersa. Los reyes de ese imperio emitieron varios de esos decretos que fueron registrados en la Biblia (por Ciro en 538 a.C., que se encuentra en Esdras 1:1-2; y por Darío en 520 a.C., mencionado en Esdras 6:8).

Pero el que fue promulgado por Artajerjes I (Longimano) en el año 457 a.C. (Esdras 7:11-26) señala específicamente hacia el ministerio de Cristo. Contando 483 años a partir de la fecha de este decreto (457 a.C.), nos lleva hasta el año 27 d.C. (debemos tener en cuenta que debido a que no hubo un año “0” tenemos que agregar un año a este cálculo).

El año 27 d.C. fue muy significativo. Jesús fue bautizado y comenzó su ministerio ese año.

Los judíos de ese tiempo conocían bien esta profecía de Daniel. Y sin importar qué decreto pudiera elegirse para empezar a contar los 483 años, el tiempo para la aparición del Mesías ya se había vencido durante la época de Jesús. Había mucho fervor mesiánico debido a que el cumplimiento de esta profecía estaba ya muy cerca (comparar Juan 1:41; 4:25).

Si el Mesías había de venir, tenía que aparecer justo cuando Jesús apareció, ¡en el año exacto! □

pasajes de las Escrituras para demostrar cómo Jesús cumplió en forma detallada las muchas profecías mesiánicas.

Por ejemplo, el apóstol Mateo parece haber dirigido su evangelio específicamente a los judíos del primer siglo. Por medio de una serie de citas del Antiguo Testamento, Mateo demuestra que efectivamente Jesús estaba en lo cierto cuando dijo que él era el Cristo. La genealogía, el bautismo, los mensajes y milagros de Jesús, todos conducen a la misma ineludible conclusión: él *es* el Mesías profetizado.

En el Evangelio de Mateo se mencionan 21 profecías que fueron cumplidas en las circunstancias que rodearon la vida y muerte de Cristo. Once pasajes señalan estos cumplimientos utilizando expresiones como “para que se cumpliera lo que estaba dicho por el profeta . . .” o “entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta . . .”.

¿Cumplimiento fortuito de las profecías?

Quienes escribieron el Nuevo Testamento citaron profecías mesiánicas del Antiguo Testamento *más de 130 veces*. Según algunos cálculos, en el Antiguo Testamento hay más de 300 pasajes proféticos que describen quién es el Mesías y lo que él va a llevar a cabo. De éstos, 60 son profecías importantes. ¿Cuáles son las posibilidades de que todas estas profecías se cumplieran en una sola persona?

Desde luego, como lo recalca el Dr. Geisler, Dios no comete errores. Es virtualmente inconcebible que Dios permitiera bien fuera un engaño total en su nombre o un cumplimiento fortuito en la vida de la persona equivocada. Tales cosas descartan la posibilidad de un cumplimiento accidental (Geisler, p. 343).

Alguien podría argumentar que, no importa cuán remota, existe esa posibilidad. Pero las probabilidades matemáticas de que todas estas profecías pudieran haber convergido por azar en los sucesos y la vida de Jesús, son asombrosamente minúsculas, al punto de eliminar tal posibilidad.

El astrónomo y matemático Peter Stoner, en su libro *Science Speaks* [“La ciencia habla”], plantea un análisis matemático en el que muestra que es imposible que las declaraciones precisas acerca del que habría de venir pudieran ser cumplidas en una sola persona por mera coincidencia.

La posibilidad de que sólo ocho de todas estas decenas de profecías pudieran cumplirse en la vida de un solo hombre ha sido calculada en 1 en 10 a la 17 potencia. Eso sería una posibilidad en 100 000 000 000 000 000.

¿Cómo explicar esto en términos que podamos comprender? El Dr. Stoner ilustra las probabilidades de esta manera: “Tome 10¹⁷ de monedas de un dólar y colóquelas sobre la superficie del estado de Texas [aproximadamente 680 000 kilómetros cuadrados]. Cubrirán todo el estado con una capa de 0,6 metros de grosor. Ahora marque una de estas monedas y revuelva completamente toda esa

cantidad de dólares en todo el estado. Véndele los ojos a un hombre y dígame que puede viajar hasta donde quiera, pero que tiene que tomar un dólar y decir que ese es el mercado.

“¿Qué posibilidad tendría de tomar la moneda correcta? Exactamente la misma que los profetas hubieran tenido de escribir esas ocho profecías y hacer que todas se cumplieran en un solo hombre”.

Pero esas son sólo *ocho* de las decenas de profecías acerca del Mesías. Empleando la teoría de la probabilidad, la eventualidad de que 48 de estas profecías se cumplieran en una sola persona es 1 en 10 a la 157 potencia; un 1 seguido de 157 ceros (1963, pp. 100-109).

Uno o dos cumplimientos en la vida de Jesús podrían ser descartados como coincidencias. Pero cuando se tiene en cuenta el número de profecías cumplidas, la ley de la probabilidad pronto llega al punto donde la mera probabilidad se convierte en *certeza*. Esta es una de las pruebas de que Jesús era el Mesías; las profecías mesiánicas se cumplieron exacta y precisamente en él.

Repasemos algunas de ellas.

La simiente de Abraham y descendiente de David

En Gálatas 3:8 y 16 Pablo explica que la promesa hecha a Abraham: “En ti serán benditas todas las naciones” (Génesis 12:3; 18:18; 22:18) era una referencia al Mesías venidero. Esa promesa fue luego repetida a Isaac, el hijo de Abraham (Génesis 26:4) y más tarde fue pasada a través de Jacob, nieto de Abraham (Génesis 28:14).

Varios siglos después fue profetizado que el futuro Mesías vendría a través de Isaí, el padre del rey David, de la tribu de Judá, uno de los 12 hijos de Jacob. “Saldrá una vara [retoño] del tronco [linaje] de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces” (Isaías 11:1). David fue el hijo de Isaí de cuya descendencia habría de nacer Jesús de Nazaret unas 30 generaciones después. Por medio del profeta Jeremías, Dios predijo que levantaría “a David renuevo justo” (Jeremías 23:5).

En esta sorprendente sucesión de profecías, que empezó unos 1500 años antes de que viniera el Mesías, se nos hace saber en palabras precisas cuál sería el linaje humano del que vendría Cristo. Jesús cumplió estas promesas, como se nos muestra en el primer capítulo del Evangelio de Mateo, donde quedó registrada la genealogía de Jesús por medio del linaje del rey David. El número de personas que potencialmente podrían haber cumplido las profecías mesiánicas se reduce grandemente al estar limitada a esta familia.

El Mesías vendría de Belén

Los judíos del tiempo de Jesús también sabían que el Mesías vendría de Belén (Mateo 2:3-6). Esto se entendía claramente por lo que leemos en Miqueas

5:2: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”.

Había dos Belenes, una en la región de Efrata y la otra al norte, en la región de la tribu de Zabulón. Pero la profecía de Miqueas es precisa. El Mesías nacería en Belén de Efrata. Jesús nació en esta Belén en Judea (Mateo 2:1).

Las profecías que hemos mencionado hasta aquí señalan claramente hacía Jesús, pero no son contundentes. Si se tienen en cuenta sólo estas tres profecías, otras personas podrían considerarse entre las posibilidades. Pero estas profecías son sólo el principio.

Una virgen concibe

En Isaías 7:14 se encuentra una importante profecía llamada “la profecía de Emanuel”, en la que se habla acerca del excepcional caso de Jesús nacido de una virgen: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”.

Antes de que naciera Jesús, un ángel se le apareció a José en sueños y le dijo que María, su prometida, estaba esperando un hijo, concebido no de algún hombre, sino del Espíritu de Dios. El ángel se refirió a esta profecía de Isaías (Mateo 1:18-23; comparar con Lucas 1:26-35).

Jesús era profeta

Moisés, considerado el más grande de los profetas y maestros hebreos, escribió la profecía mesiánica de que Dios levantaría un profeta como él de entre el pueblo de Israel, quien representaría directamente a Dios mismo (Deuteronomio 18:15, 18).

Jesús era tenido por profeta (Mateo 21:46; Lucas 7:16; 24:19; Juan 4:19; 9:17). Después de haber multiplicado milagrosamente unos pocos peces y panes para alimentar a 5000 personas, Jesús fue considerado específicamente como el profeta de quien Moisés había hablado (Juan 6:14; comparar con 7:40). Más tarde Pedro se refirió explícitamente a Jesús como tal profeta (Hechos 3:20-23).

Un sacrificio por los pecados

Las profecías del Antiguo Testamento acerca de los pormenores del sufrimiento y muerte del Mesías no eran muy bien entendidas en el tiempo de Jesús. Los judíos creían que el Mesías que esperaban sería un rey triunfante que los libraría de los detestados romanos y restauraría un reino israelita, no un humilde maestro que sufriría y moriría por los pecados de la humanidad.

Sin embargo, este es un aspecto muy importante de la parte profética del Antiguo Testamento y de su cumplimiento en el Nuevo Testamento. Casi todos

los aspectos del sufrimiento y muerte de Jesús fueron descritos en gran detalle siglos antes de que sucedieran.

El verdadero cuadro revelado en estas profecías es que el Mesías sería “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). La gente no esperaba que el Libertador prometido, el victorioso Rey, fuera alguien que primero daría su vida por los demás.

En Hebreos 10:12 se nos dice que la muerte de Cristo fue la ofrenda por el pecado de una vez por todas: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”. Los versículos 5-7 son una cita de Salmos 40:6-8 en la que se describe la disposición de Cristo de someterse en sacrificio para pagar el precio por los pecados de todo el mundo.

El sistema de sacrificios que Dios instituyó en el antiguo Israel prefiguraba el sacrificio de Jesús que pagaría ese precio de una vez por todas. La sangre de los toros, de los corderos y de los machos cabríos no podían quitar los pecados (Hebreos 10:4).

Sólo la sangre del Creador mismo podía borrar los pecados de ellos y de todos los seres humanos. Los sacrificios que fueron ordenados bajo Moisés representaban de una manera gráfica la futura muerte expiatoria del Salvador de

la humanidad por todos nuestros pecados. En este sentido, el propio sistema de sacrificios profetizaba al Mesías.

El Cordero de Dios

Los corderos de la Pascua que sacrificaban el día 14 del primer mes (Éxodo 12:3-6; Levítico 23:5) eran un claro y poderoso simbolismo del sacrificio del Mesías, aunque los israelitas no lo entendieron en ese tiempo.

En ese mismo día en el calendario hebreo, el día en que se sacrificaban los corderos de la Pascua, Jesús fue arrestado, enjuiciado y ejecutado. Ciertamente, él fue “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, tal como lo dijo Juan el Bautista (Juan 1:29).

Por siglos los israelitas no entendieron este cuadro profético, como tampoco lo entendían los judíos del tiempo de Jesús, y sólo *después* de que pasaron ciertas cosas sus discípulos entendieron que él había cumplido muchas partes de las Escrituras que nadie suponía que serían cumplidas por el Mesías.

Profecías acerca de su traición, sufrimiento y muerte

No menos de 29 profecías se cumplieron en las 24 horas previas a la muerte de Jesús. Algunas de las más sobresalientes son:

¿Nació Jesús el 25 de diciembre?

La mayoría de las personas suponen que Jesús nació el 25 de diciembre. Al fin y al cabo, ese es el día en que se celebra su nacimiento en todo el mundo. No obstante, un cuidadoso estudio de las Escrituras claramente señala que no es probable que el 25 de diciembre sea la fecha en que Cristo nació. Aquí mencionamos dos razones importantes.

Primero, sabemos que en la temporada en que nació Jesús los pastores estaban en los campos vigilando los rebaños por la noche (Lucas 2:7-8). Sin embargo, en Judea los pastores no hacían eso en el mes de diciembre debido a la falta de forraje y al mal tiempo. Según el libro *Celebrations: The Complete Book of American Holidays* [“Celebraciones: Una guía completa de las festividades norteamericanas”], el relato de Lucas “sugiere que Jesús pudo haber nacido en el verano o

a principios del otoño. Debido a que en Judea diciembre es frío y lluvioso, los pastores seguramente habrían buscado refugio para sus rebaños en la noche” (p. 309).

De igual manera, en *The Interpreter's One-Volume Commentary* [“Comentario del intérprete en un solo tomo”] se dice que este pasaje argumenta “en contra de que el nacimiento [de Cristo] haya ocurrido el 25 de diciembre, ya que el tiempo no hubiera permitido” que los pastores estuvieran cuidando los rebaños en el campo por la noche.

Segundo, los padres de Jesús acudieron a Belén para ser empadronados en un censo romano (Lucas 2:1-4). Los romanos no habrían ordenado un censo durante lo más duro del invierno, cuando las temperaturas con frecuencia descendían bajo cero y los caminos estaban en malas condiciones para viajar.

Tomar un censo en esas condiciones habría sido un fracaso.

De modo que si Jesús no nació el 25 de diciembre, ¿hay algo en la Biblia que nos indique cuándo nació? El relato bíblico nos señala hacia el otoño (en el hemisferio norte) como el tiempo más probable del nacimiento de Jesús, basado en los detalles relacionados con la concepción y nacimiento de Juan el Bautista.

Debido a que Elisabet (madre de Juan) se encontraba en su sexto mes de embarazo cuando Jesús fue concebido (Lucas 1:24-36), si sabemos cuándo nació Juan podemos determinar el tiempo aproximado del año en que nació Jesús. Zacarías, padre de Juan, era sacerdote y estaba sirviendo en el templo de Jerusalén durante el turno de Abías (Lucas 1:5). Cálculos históricos nos indican que en ese año este turno de servicio correspondió a junio 13-19 (*The Companion Bible* [“La Biblia compañera”], 1974, Apéndice 179, p. 200).

Durante ese período de servicio en el tem-

plo Zacarías supo que él y su esposa Elisabet tendrían un hijo (Lucas 1:8-13). Después de su servicio volvió a casa y Elisabet concibió (vv. 23-24). Suponiendo que la concepción de Juan se llevara a cabo a fines de junio, si agregamos nueve meses, eso nos lleva al final de marzo como la fecha más probable del nacimiento de Juan. Agregando luego otros seis meses (la diferencia de edades entre Juan y Jesús) llegamos a finales de septiembre como la fecha probable del nacimiento de Jesús.

Aunque es difícil determinar cuándo fue la primera vez que alguien celebró el 25 de diciembre como la Navidad, los historiadores por lo general concuerdan en que sucedió en algún momento durante el siglo IV. Esta es una fecha increíblemente tardía. La Navidad no fue celebrada en Roma, la capital del Imperio Romano, hasta casi 300 años después de la muerte de Cristo. Sus orígenes no pueden remontarse ni a las enseñanzas ni a las costumbres de los primeros cristianos. □

• *Sería crucificado*: “Horadaron mis manos y mis pies” (Salmos 22:16). Esto fue escrito unos mil años antes de que el hecho se cumpliera (comparar con Juan 20:25, 27). Quizá lo más extraordinario es que esta profecía menciona un tipo de ejecución que no se utilizaría hasta siglos más tarde; pasaron casi 800 años antes de que los romanos adoptaran la crucifixión como método de castigo para los criminales condenados a muerte.

• *Su cuerpo sería traspasado*: “Mirarán a mí, a quien traspasaron” (Zacarías 12:10). Juan nos dice lo que sucedió: “Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Juan 19:34). El apóstol fue testigo ocular del hecho (v. 35) y confirmó que eso era cumplimiento de tal profecía: “Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron” (v. 37).

• *Ninguno de sus huesos sería quebrado*: “Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrado” (Salmos 34:20). En Juan 19:32-33 leemos: “Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas”. Juan verifica que eso era una profecía cumplida: “Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: No será quebrado hueso suyo” (v. 36).

• *Echarían suertes sobre su ropa*: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (Salmos 22:18). Juan escribió que eso también se había cumplido. “Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliera la Escritura” (Juan 19:23-24).

• *Oraría por sus verdugos*: “Habiendo él . . . orado por los transgresores” (Isaías 53:12). Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

• *Sería ejecutado junto con criminales*: “Fue contado con los pecadores” (Isaías 53:12). En Mateo 27:38 se nos dice que “crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda”.

• *No tomaría represalias*: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:7). En Mateo 27:12 leemos que, “siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió”. Pilato también trató de hacer que contestara, “pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho” (vv. 13-14).

• *Sus seguidores lo abandonarían*: “Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas” (Zacarías 13:7). Cuando Jesús fue arrestado, “todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Marcos 14:50).

• *Sería traicionado por un amigo de confianza*: La traición de Judas, uno de sus discípulos, fue profetizada en Salmos 41:9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”. Como podemos ver en Juan 13:18, 26, Jesús mismo confirmó el cumplimiento de esta profecía dándole a Judas un trozo de pan.

• *El precio de la traición sería de 30 piezas de plata*: Se entiende que las 30 piezas de plata pagadas a Judas por traicionar a Jesús (Mateo 26:14-15) fueron el cumplimiento de lo profetizado en Zacarías 11:12: “Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata”.

• *Le darían hiel y vinagre*: Cuando Jesús estaba en la cruz le dieron a beber vinagre mezclado con hiel (Mateo 27:34). Esto se entiende como referencia a Salmos 69:21: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre”.

Una vez más, el solo número de profecías y su precisión señalan a una sola persona, Jesús de Nazaret. Pero a pesar de tantos testimonios oculares específicos de profecías cumplidas, algunas personas aún plantean diversas objeciones.

¿Acaso fue planeado su cumplimiento?

Un razonamiento común entre algunas personas es que Jesús y sus seguidores planearon deliberadamente dar cumplimiento a estas profecías. Varios libros han propuesto ciertas variaciones de esta teoría, entre ellos *El complot de Pascua*. Los partidarios de este concepto argumentan que Jesús manipuló los sucesos de tal forma que todo hiciera creer que él había cumplido las profecías. De alguna manera Jesús logró fingir su propia muerte, para luego revivir.

No hay duda de que Jesucristo hizo ciertas cosas para que se cumplieran algunas profecías, como en el caso del asna en la que entró montado a Jerusalén y cuando se aseguró de que algunos de sus discípulos tuvieran espadas a fin de que fueran tomados por delincuentes (Mateo 21:1-7; Lucas 22:36-38). No obstante, esto no fue un engaño. A fin de cuentas, Dios explicó en el Antiguo Testamento que él puede predecir el futuro: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios . . . que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho . . . Yo hablé, y lo haré venir . . .” (Isaías 46:9-11).

Cristo, como Dios hecho carne, sencillamente hizo que sucediera lo que había predicho. Sin embargo, si hubiera sido sólo un simple ser humano, Jesús no habría podido cumplir *todo* lo predicho acerca del Mesías.

Aunque el concepto pudiera parecer interesante, resulta imposible al tener en cuenta todo lo que Jesús hubiera tenido que hacer. Primeramente, tendría que haber manipulado exitosamente el lugar de su nacimiento y su propio linaje humano. Tendría que haber preparado el tiempo para nacer, a fin de que cuando fuera adulto pudiera empezar su ministerio y concretar su muerte, todo conforme al

tiempo profetizado en Daniel 9. Además de todo eso, tendría que haber planeado su milagroso nacimiento de una virgen.

Si esa teoría tuviera alguna credibilidad, aun así no tendría sentido que Jesús no hubiera llenado las *expectativas* que los judíos tenían del Mesías, que habría de venir como rey a gobernarlos en ese tiempo. Si Jesús hubiera querido ser un rey físico y gobernar a la nación judía, ciertamente podría haberlo hecho. Muchos estaban dispuestos a seguirlo y hacerlo rey (Juan 6:15; 12:12-19). En lugar de eso, siguió el camino que lo llevó a su horrible sufrimiento y muerte.

Jesús cumplió exactamente las profecías, conforme al plan de Dios, pero en contra del entendimiento común de esa época. Vino a ser un siervo dispuesto a ofrendar su vida como pago por los pecados de todos (Mateo 20:28). El carácter de tal persona desvirtúa cualquier intento por considerarlo un engañador, alguien que manipula los sucesos para su propio beneficio.

El cumplimiento de la profecía es prueba

Dios, quien puede controlarlo todo, hizo que estas profecías fueran escritas siglos antes de que se cumplieran en Jesús de Nazaret. Como Pedro lo proclamó: “Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer” (Hechos 3:18).

Pablo reiteró que “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4).

Predecir correctamente estos acontecimientos con una anticipación de 200 a 800 años es nada menos que un milagro, algo que requiere conocimiento y poder divinos para hacerlos cumplir como fueron predichos. Dios no hace las cosas al azar. Sabía, desde la fundación del mundo, que su Hijo tendría que venir a la tierra (1 Pedro 1:20), y predijo los acontecimientos de su nacimiento, vida y muerte, de manera que tuviéramos pruebas seguras en las cuales basar nuestra fe.

Una vida impecable y milagrosa

“Y muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (Juan 7:31).

Vivir una vida impecable, por excepcional que eso sea, no necesariamente sería prueba de que alguien es Dios. No obstante, en el caso de Jesús, él dijo que era Dios, vivió una vida impecable y ejemplar, y respaldó su afirmación con milagros. Eso le añade otra dimensión.

La Biblia dice que “el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Pablo nos dice que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Más adelante, Pablo dice que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Dios no transigirá en cuanto a su santa y justa ley. Jesús dijo que “ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18). El castigo por quebrantar esa ley se cumplirá.

Debido a que todos hemos pecado, todos nos hemos hecho merecedores de la muerte, como dijo Pablo. Ese es el destino de todos los seres humanos, *a menos que* alguien haya venido y haya cumplido con lo que exige la ley. *Jesús lo hizo*. Y, como veremos en un capítulo posterior, tenía que ser *Dios* quien lo hiciera. La vida de un simple ser humano no podría ser suficiente para cumplir con lo que exige la ley para *toda* la humanidad. Para que una vida pudiera cumplir el castigo por los pecados de todos nosotros, tendría que ser *mayor* que la de todos los seres humanos, la propia vida del *Creador mismo*.

Esto, que el Dios creador sería quien habría de morir por los seres humanos a fin de que éstos pudieran vivir, fue planeado desde antes de la creación de la humanidad. Como hemos visto, Jesús es el *Creador* de todas las cosas, y por consiguiente es *más grande* que todas las cosas, y en él mismo está el valor inherente para cumplir lo que se requiere.

Por lo tanto, para Jesús era imprescindible vivir una vida impecable. “Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Él vino a ser la ofrenda por el pecado que la ley exigía. “En esa voluntad [de Dios] somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una

vez para siempre” (Hebreos 10:10). Jesús sabía que este era un motivo muy importante para venir a vivir como ser humano. “Ahora todo mi ser está angustiado, ¿y acaso voy a decir: ‘Padre, sálvame de esta hora difícil’? ¡Si precisamente para afrontarla he venido!” (Juan 12:27, NVI).

Una vida impecable ofrendada por nosotros

El profeta Isaías nos dice que Dios el Padre “cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6) y “por la rebelión de mi pueblo fue herido” (v. 8). Luego Isaías declara su inocencia: “Nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (v. 9).

Después de la muerte de Jesús, Pedro confirmó estas palabras de Isaías. “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo” (1 Pedro 2:21-24).

¡Este es un extraordinario legado! No pecar ni de palabra, de hecho o incluso pensamiento, ¡ni siquiera bajo la más grande tentación o angustia! En

¿Podía Jesús hacer milagros?

Una de las principales objeciones en contra de los milagros es que violan la ley natural. Los críticos argumentan que la ley natural es inmutable; por lo tanto, no puede ser quebrantada.

Esto podría ser cierto si no hubiera Dios. Pero ¿de dónde vienen las leyes de la naturaleza, la física, la energía y la materia? ¿Cómo se originaron? ¿Acaso estas leyes de tan increíble precisión y orden se crearon por sí solas? Quienes niegan al Creador no pueden contestar estas preguntas.

Pero si Dios existe, es de esperarse que los milagros —tal como fueron escritos para nosotros en los evangelios— son una parte muy razonable de la vida de aquel que quería demostrar su origen divino a quienes estaban a su alrededor.

Estrictamente hablando, habiéndose despojado de su poder divino (Filipenses 2:6-8), Jesús no hizo los milagros solo. Claramente

hizo saber que él solo no podía realizar obras sobrenaturales, al decir: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo” y “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:19, 30). Resulta obvio, entonces, que Jesús se apoyó en Dios el Padre para hacer los numerosos milagros que caracterizaron su ministerio (Juan 14:10).

Y para Dios, el omnipotente Creador que diseñó las leyes de la naturaleza, no es gran cosa intervenir sobrenaturalmente en la creación para llevar a cabo lo que nosotros podríamos considerar imposible. Jesús dijo: “Para Dios todo es posible” (Mateo 19:26).

Los milagros suceden de verdad. En el caso de Jesús, el Padre escuchó todas sus oraciones y apoyó todos sus mandatos de tal manera que, como sus propios discípulos lo reconocieron, hasta los vientos y el mar le obedecían (Mateo 8:27). □

Hebreos 4:15 se explica que Jesús “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero *sin pecado*”.

Algunos podrán decir que son justos, quizá hasta perfectos. Pero muy pocos les creerán, especialmente los que los conocen bien. Mas en el caso de Jesús, sus amigos más allegados —los que durante su ministerio constantemente viajaron, hablaron, comieron y caminaron con él— testificaron y estuvieron dispuestos a morir por su convicción de que él era *el inmaculado Hijo de Dios*.

Jesús desafió a sus enemigos: “¿Quién de ustedes me puede probar que soy culpable de pecado?” (Juan 8:46, NVI). El relato bíblico nos muestra que lo único que podían hacer los enemigos de Jesús era lanzar absurdas y falsas acusaciones: “*Nosotros no somos nacidos de fornicación*”, insinuando que él lo era (v. 41). “*Engaña al pueblo*” (Juan 7:12); y “*Demonio tiene, y está fuera de sí*” (Juan 10:20). Incluso en su juicio sus acusadores tuvieron que buscar testigos falsos, porque nadie podía testificar que hubiera hecho algo malo alguna vez (Mateo 26:59-61).

Aun aquellos que no eran sus discípulos estuvieron de acuerdo en que el carácter de Jesús era intachable. El veredicto de Pilato fue: “Yo no hallo delito en él” (Juan 19:6). El centurión que supervisó la ejecución de Jesús, habiendo conocido una mente y un espíritu como nunca antes había visto, “dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo” (Lucas 23:47).

Uno de los criminales que fue crucificado junto con Jesús dio otro testimonio ante la integridad que había visto. Al otro malhechor lo reprendió y le dijo: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (vv. 40-41).

Jesús vivió una vida íntegra y sin pecado, tal como lo confirmaron quienes lo conocieron y se percataron de su conducta tanto en la vida cotidiana como en circunstancias difíciles. Aun los miembros de su propia familia que lo conocían desde la niñez, sus medios hermanos, quienes en un principio no creían en él (Juan 7:5), llegaron a reconocerlo como el perfecto, inmaculado Hijo de Dios (ver el recuadro de la página 56: “Los familiares de Jesús”). Su forma de vivir era en sí la prueba de que lo que decía acerca de sí mismo era verdad.

La milagrosa vida de Jesús

Desde el comienzo, la vida de Jesús estuvo acompañada de milagros. Nació de una virgen, convirtió agua en vino, caminó sobre el agua, calmó una tormenta. Multiplicó panes para alimentar a multitudes, dio la vista a ciegos, sanó a cojos y a leprosos. Él sanó todo tipo de enfermedades a toda clase de personas, echó fuera demonios y hasta devolvió vida a los muertos.

Estos milagros fueron tan sorprendentes que muchos se preguntaban: “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (Juan 7:31).

Jesús mencionó los milagros como prueba de quién era él. A algunos que lo cuestionaban, les contestó: “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” (Juan 10:25). Jesús explicó que los milagros eran demostraciones de que él era el Hijo de Dios: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre” (vv. 37-38).

Cuando los mensajeros de Juan el Bautista fueron a preguntarle a Jesús si él era realmente aquel que había de venir en cumplimiento de todas las profecías mesiánicas, notemos la respuesta de Jesús: “Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Mateo 11:1-5). Jesús estaba completamente seguro de que Juan entendería que tales obras eran la prueba que necesitaba para saber quién era él.

Los milagros claramente demostraban quién era Jesús, tal como era su intención. Sanó a un paralítico diciéndole: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (Marcos 2:5). A los que estaban allí les dijo que había sanado al hombre “para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados” (v. 10). Sus detractores entendieron bien lo que eso significaba, pues dijeron: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (v. 7).

En otra ocasión dijo: “Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mateo 12:28). Jesús quería que supieran que estaban tratando con alguien que estaba investido del poder del Espíritu de Dios, y que representaba el mismo Reino de Dios.

Los fariseos piden una señal

A pesar de todos estos milagros de sanidad, los escépticos no se convencían. Querían algo más. En dos ocasiones le pidieron a Jesús alguna señal milagrosa (Mateo 12:38; 16:1). En ambas ocasiones su respuesta fue la misma: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás” (Mateo 12:39; 16:4).

Los escépticos de Mateo 12 acababan de presenciar que Jesús había sanado a un hombre, echando fuera al demonio que lo había tenido ciego y mudo (v. 22). Justificaban su incredulidad diciendo desdenosamente que Jesús había hecho el milagro por el poder de Satanás (v. 24). Jesús les demostró lo absurdo de su argumento y les hizo una seria advertencia por negarse a aceptar lo que acababan de presenciar.

Por no querer reconocer lo que significaba tan asombroso hecho, le pidieron otra señal. Entonces les anunció: “Los habitantes de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán; porque ellos se arrepintieron al escuchar la predicación de Jonás, y aquí tienen ustedes a *uno más grande que*

Jonás” (v. 41, NVI). Jesús les estaba diciendo que el milagro que ellos reconocían que había ocurrido, pero se empeñaban en descartar, era suficiente para probarle a cualquier persona sensata quién era él. Jesús los reconvino seriamente por sus demandas de señales. Luego simplemente se apartó de ellos (Mateo 16:4). La única señal que les dio —“la señal del profeta Jonás”— sería su última prueba de que ciertamente él era el Hijo de Dios. ¿Cuál era esa prueba? Después de su muerte, estaría en la tumba exactamente tres días y tres noches, porque resucitaría al cumplirse ese período (ver el recuadro de la página 38: “¿Cuándo fue crucificado Jesús y cuándo resucitó?”).

Milagros de principio a fin

Los milagros siempre han sido un desafío para los escépticos. Si una persona empieza negando cualquier cosa que vaya en contra de las leyes naturales —en otras palabras, lo sobrenatural— es de esperarse que su conclusión sea que los milagros no sucedieron. Entonces uno tiene que buscar otras formas de explicarse los hechos registrados en la Biblia, o negar completamente que sucedieron.

Pero el verdadero registro histórico de Jesús nos muestra que su vida física aquí en la tierra empezó con la intervención de la voluntad divina que se impuso por encima de las leyes naturales; esto es, que una virgen concibiera y diera a luz un hijo. Los evangelios terminan de igual manera, con la intervención divina para resucitar a Jesús y volverlo a la vida. Su vida entera fue un milagro de principio a fin, y nuevamente al principio. Ahondaremos más acerca de esto en el próximo capítulo.

¿Realmente murió Jesús y volvió a vivir?

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hechos 2:32).

Una de las pruebas más grandes de que Jesús es exactamente quien dijo ser —el Hijo de Dios y el único por medio de quien se ofrece la vida eterna— es su resurrección de entre los muertos.

Sus seguidores estaban convencidos de que era el Mesías y el Hijo de Dios. Sus milagros, su intachable vida y sus enseñanzas, todo les demostraba quién era él. Pero su resurrección confirma a todas las personas de todos los tiempos todo lo que él dijo acerca de sí mismo.

Lo que resulta sorprendente es que Jesús arriesgara todo con sus propias declaraciones de que moriría y volvería a vivir. En varias ocasiones predijo su propia resurrección. “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días” (Marcos 8:31).

Cuando los escribas y fariseos le pidieron una señal, les dijo que sólo una señal les sería dada: “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:40).

Sería muy arriesgado predecir la propia resurrección. Pero Jesús no sólo la predijo, sino que anunció precisamente *cuándo* sería resucitado (ver el recuadro de la página 38: “¿Cuándo fue crucificado Jesús y cuándo resucitó?”).

Así que todo está relacionado con este suceso. ¿Cómo sabemos que la resurrección de Jesús ocurrió? Si no sucedió tal como lo dijo, entonces no tenemos ninguna razón para creer que la forma de vida que Cristo nos vino a mostrar era mejor o más recta que cualquier otra religión. No habría nada de extraordinario acerca de Jesús de Nazaret. Sencillamente habría sido otro engaño religioso.

Pero si en verdad sucedió, hay una gran diferencia entre Jesús y todos los demás dirigentes religiosos: las enseñanzas de Jesús son verdaderas, y todo lo que dijo es verdad, y él es exactamente quien dijo ser.

En su libro *Reasonable Faith* [“Fe que tiene sentido”], el Dr. William Craig da tres importantes hechos, establecidos independientemente, en los cuales se

apoya la prueba de la resurrección de Jesús: el sepulcro vacío, las apariciones posteriores a la resurrección y el origen de la fe cristiana (p. 272). Analicemos los pormenores y las implicaciones de cada uno de éstos.

¿Murió realmente Jesús?

Uno de los hechos más bien establecidos acerca de Jesús es el de que murió y fue sepultado. En la Biblia se repite una y otra vez que Jesús murió. Algunos detractores han argumentado que Jesús no estaba completamente muerto cuando fue sepultado. En el Corán, libro que los musulmanes consideran sagrado, se dice que Jesús sólo parecía muerto. Algunos escépticos han dicho que *parecía* muerto, posiblemente drogado, pero que revivió en el sepulcro y escapó para convencer a sus discípulos que había resucitado.

Pero cuando analizamos los hechos, lo que tales teorías sugieren es imposible. La gravedad de la tortura y las heridas que sufrió Jesús fue tal que ningún hombre podría haber sobrevivido a la crucifixión y los tres días y tres noches aislado en la fría oscuridad del sepulcro.

Decir que estaba drogado es hacer caso omiso de los relatos. Él rechazó el calmante que los romanos acostumbraban a dar a los que crucificaban (Marcos 15:23). Luego le ofrecieron una esponja empapada en vinagre, pero no parece que hubiera tenido ningún efecto sedante en Jesús, puesto que seguía agonizando y lanzó un fuerte grito antes de morir (vv. 36-37).

La muerte a manos de los verdugos romanos era algo seguro y podía ser causada por varios factores. El periodista Lee Strobel, en una entrevista al Dr. Alexander Metherell, describe la muerte de Jesús desde el punto de vista médico (*The Case for Christ* [“El caso de Cristo”], 1998, pp. 193-200).

Antes de ser crucificado, Jesús había sido golpeado repetidamente y azotado con un látigo romano (Mateo 27:26). El látigo de cuero, una especie de flagelo, estaba hecho de manera que pudiera infligir el mayor daño y dolor en la víctima. Estaba trenzado con pedazos de hueso y metal entretejidos en las puntas que se hundían en la carne en cada golpe, rasgando los músculos subyacentes y arrancando tiras de carne sangrienta.

Eusebio, historiador del tercer siglo, escribió que “las venas de la víctima quedaban al descubierto, y los músculos, tendones y entrañas de la víctima quedaban expuestos” (citado por Strobel, p. 193). Muchos morían a consecuencia de la flagelación antes de que pudieran ser crucificados.

Por lo general, el dolor tan intenso, junto con la pérdida de sangre, ocasionaba que la víctima entrara en un estado de choque; la presión arterial bajaba de tal forma que se presentaba una gran debilidad, una sed intensa y desmayo. En los evangelios se nos dice que Jesús padeció estos síntomas en su camino hacia el Gólgota. Estando debilitado al punto de desmayar, ya no podía cargar el madero;

por eso se obligó a uno de la multitud, Simón de Cirene, a que lo llevara en su lugar (Marcos 15:21). Cuando fue crucificado dijo: “Tengo sed” (Juan 19:28).

Antes de ser azotado, ya había sido golpeado salvajemente. En el juicio que le hicieron ante el Sanedrín “le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros lo abofeteaban, diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó” (Mateo 26:67-68). Luego, cuando lo entregaron a los soldados romanos, éstos lo escarnecieron aún más; le pusieron una corona de espinas, golpeándole la cabeza y escupiéndolo (Mateo 27:29-30; Marcos 15:16-19; Juan 19:3).

La intensidad de tan tremenda golpiza fue anunciada en la profecía en Isaías 50:6: “Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que me arran-

Métodos romanos de crucifixión

La crucifixión no siempre se efectuaba de la manera en que típicamente se representa en pinturas y grabados. De hecho, como hemos mencionado en este capítulo, por lo general las manos de las víctimas no eran clavadas al madero, ya que no pueden sostener el peso del cuerpo. Más bien eran clavadas las muñecas de la víctima o, en algunos casos, lo que se hacía era atarles los brazos al madero.

Y no siempre se utilizaba el tipo de cruz que tradicionalmente se muestra en representaciones de la crucifixión de Cristo. Notemos lo que dice *The Anchor Bible Dictionary* [“Diccionario bíblico del ancla”] en su artículo acerca de la crucifixión:

“En ocasiones la cruz era sólo un madero vertical. No obstante, con frecuencia se le agregaba otro madero atravesado en la punta, que parecía una ‘T’ (*crux commissa*) o un poco más abajo, como en la manera más tradicional del simbolismo cristiano (*crux immissa*). Las víctimas cargaban la cruz o cuando menos el madero atravesado (*patibulum*) al lugar de ejecución, donde eran desnudados y atados o clavados al madero, levantados, y sentados en un *sedille* o pequeña estaca de madera en el madero vertical . . .

“Los verdugos podían variar la forma de castigo, como lo señala Séneca el Joven [his-

torador romano]: ‘Veo cruces allí, no sólo de un tipo sino hechas de muchas maneras diferentes: en unas las víctimas están de cabeza; en otras las víctimas están empaladas por sus partes íntimas; otras con los brazos extendidos en el [madero horizontal]’ . . .

“En su relato de lo que les sucedió a los refugiados judíos de Jerusalén [en la guerra judía de los años 67-70 d.C.], Josefo [historiador del primer siglo] también nos hace ver que no había una manera fija de llevar a cabo la crucifixión. Mucho dependía de la inventiva sádica del momento” (David Noel Freedman, director, 1992, 1:1208-1209).

El “madero maldito”

Al describir los horrores de la crucifixión, el historiador Séneca dijo que sería mejor suicidarse que sufrir tan horrible muerte. “¿Puede encontrarse alguien que prefiera sufrir una lenta y dolorosa agonía, muriendo miembro por miembro, o dejando salir su vida gota a gota, en lugar de morir de una vez por todas? ¿Puede encontrarse algún hombre que quiera ser sujetado al madero maldito, totalmente extenuado, deformado, hinchándose con horribles verdugones en los hombros y el pecho, y exhalando el aliento de vida en medio de una larga y lenta agonía? Él tendría muchas justi-

caban la barba; ante las burlas y los escupitajos no escondí mi rostro” (NVI).

Otra profecía en Isaías 52:14 es aún más descriptiva: “Muchos se asombraron de él, pues tenía desfigurado el semblante; ¡nada de humano tenía su aspecto!” (NVI). Lo que aquí se nos dice es que Jesús estaba tan golpeado, tan cubierto de sangre y tan herido, que *difícilmente podía ser reconocido como un ser humano*.

Tal parece que Pilato pensaba que al presentar a Jesús en el estado en que había quedado después de un castigo tan severo, la sed de sangre de sus acusadores quedaría saciada (Juan 19:1, 4-6). Pero su odio hacia el ensangrentado hombre de Nazaret no quedaría satisfecho. Insistieron en que fuera crucificado.

ficaciones para morir aun antes de ser subido a la cruz” (*ibídem*).

La alusión de Séneca al “madero maldito” nos recuerda claramente las palabras de Pedro con relación a Jesús, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24; comparar con Hechos 5:30). En algunos casos, parece que las víctimas eran crucificadas literalmente en un árbol, aunque uno que era básicamente sólo un tronco al que le habían sido cortadas las ramas.

En estas crucifixiones la víctima era clavada en el tronco recto o cargaba su propio madero transversal, el cual luego sería fijado al tronco y él sería clavado en ambos. Es posible que la “cruz” que Jesús llevó a su ejecución, que parte del tiempo cargó también Simón de Cirene, haya sido simplemente una gran barra de madera.

No se sabe de qué forma era la cruz

La voz griega que se tradujo como “cruz” es *stauros*, la cual “denota, primariamente, un palo o estaca derecha” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1:348). “Tanto el nombre como el verbo *stauroō*, fijar sobre un palo o una estaca, debieran distinguirse originalmente de la forma eclesiástica de una cruz de dos brazos” (*ibídem*).

En la Biblia no se especifica en qué tipo de *stauros* murió Jesús. La palabra *stauros* se usaba en escritos no bíblicos de aquella

época en referencia a trozos de madera de varias formas, con o sin piezas transversales. Si hubiera sido importante que supiéramos su forma exacta, los autores de los evangelios fácilmente podrían habérselo hecho saber, pero ninguno de ellos lo hizo. Lo que sí es importante que sepamos es que Jesús sacrificó voluntariamente su vida por nosotros.

Si no sabemos si Jesús fue ejecutado en un madero o una cruz o en qué forma de cruz, ¿cómo fue que la de forma en “†” vino a ser el símbolo más conocido del cristianismo?

El lexicógrafo Vine aclara que la forma de los dos maderos cruzados “tuvo su origen en la antigua Caldea, y se utilizaba como símbolo del dios Tamuz (que tenía la forma de la mística Tau, la inicial de su nombre) en aquel país y en los países adyacentes, incluyendo Egipto. A mediados del siglo III d.C., las iglesias se habían apartado de ciertas doctrinas de la fe cristiana, o las habían pervertido. Con el fin de aumentar el prestigio del sistema eclesiástico apóstata, se recibió a los paganos en las iglesias . . . y se les permitió mantener en gran parte sus signos y símbolos. De ahí que se adoptara la Tau o T, en su forma más frecuente, con la pieza transversal abajada, como representación de la cruz de Cristo” (*ibídem*).

Así podemos ver que el símbolo más conocido de Cristo y del cristianismo era un símbolo usado mucho tiempo antes de Jesús y del cristianismo bíblico. □

La agonía de la crucifixión

Desde el punto de vista médico, Jesús debió haber estado en una condición entre grave y muy grave aun antes de que fuera crucificado, debido a las terribles consecuencias de esas tremendas golpizas (Dr. Alexander Metherell, citado por Strobel, p. 196).

En una crucifixión, los romanos generalmente utilizaban clavos de hierro de 12 a 18 centímetros de largo y un grosor de un centímetro, clavándolos en las muñecas y los pies de la víctima para fijarla en los maderos. En la Biblia leemos que las manos de Jesús fueron clavadas, debido a que en ese tiempo la muñeca se consideraba como parte de la mano. Los clavos eran introducidos en las muñecas, entre los huesos del brazo, pues las manos no podrían soportar el peso del cuerpo.

Esta ubicación de los clavos está respaldada por el descubrimiento de los huesos de un hombre crucificado y sepultado en una tumba en el primer siglo; el descubrimiento tuvo lugar en 1968 en Jerusalén. El hueso del talón derecho aún tenía incrustado un clavo grande de hierro, y uno de los huesos del antebrazo derecho tenía una fisura que puede ser el resultado de un clavo metido entre los dos huesos de la muñeca.

Cuando los clavos atraviesan las muñecas, lastiman y comprimen el nervio medio, el que inerva la mano, causando un dolor indescriptible. “El dolor era absolutamente intolerable”, dice el Dr. Metherell. Los clavos que atravesaron los pies también habrán causado un dolor insoportable.

No podemos saber con certeza si Jesús fue crucificado en un solo madero o en dos cruzados (ver el recuadro de la página 32: “Métodos romanos de crucifixión”). Sin importar cuál haya sido, estar colgado de los brazos debió haberle causado gran distensión en todo el cuerpo. Sus brazos se habrán estirado varios centímetros y seguramente se le dislocaron los hombros. La profecía del sufrimiento de Cristo en Salmos 22:14 es una referencia a su atormentada condición: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas”.

El Dr. Metherell continúa con una descripción de los sufrimientos por los que pasó Jesús: “Cuando alguien estaba colgando en posición vertical . . . la crucifixión básicamente era una angustiada y lenta muerte por asfixia. La razón es que las presiones en los músculos y en el diafragma hacían que el pecho quedara en posición de inhalar; básicamente, para poder exhalar, la persona tenía que impulsarse hacia arriba con los pies de manera que la presión en los músculos cediera por un momento. Al hacer eso, el clavo desgarraba el pie, afianzándose finalmente en los huesos del tarso.

“Después de haber exhalado, la persona entonces podía relajarse un poco e inhalar nuevamente. Una vez más tenía que impulsarse para exhalar, refregando

la espalda que sangraba en la áspera madera de la cruz. Esto se repetía una y otra vez hasta el agotamiento total, cuando la persona ya no podía impulsarse ni respirar” (Strobel, pp. 265-266).

¿Cuál fue la causa de la muerte de Jesús?

Mucha gente supone que Jesús expiró simplemente por el trauma o por la asfixia, que eran las que generalmente causaban la muerte de los crucificados. Algunos médicos han estudiado la muerte por crucifixión y han sacado conclusiones parecidas. Varios teólogos e iglesias han enseñado que Jesús murió de aflicción o tristeza. ¿Podemos saber qué fue lo que realmente le causó la muerte?

En Zacarías 12:10 encontramos una profecía relacionada con la crucifixión de Jesús. Refiriéndose a los moradores de Jerusalén dice: “Y mirarán a mí, a quien traspasaron”. Una y otra vez las Escrituras mencionan la importancia de la sangre derramada de Cristo (Hechos 20:28; Efesios 2:13; Hebreos 9:11-14; 1 Pedro 1:18-19). Jesús mismo dijo que el vino de la Pascua del Nuevo Testamento representaba “mi sangre . . . que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28).

Resulta muy claro que un aspecto importante del sacrificio de Cristo fue su sangre, la cual fue derramada como sacrificio por los pecados de toda la humanidad. Lamentablemente, esto no es muy claro en Juan 19:30-34, donde todo parece indicar que después de que Jesús expiró, uno de los soldados romanos lo hirió con una lanza, “y al instante le brotó sangre y agua” (v. 34, NVI). No obstante, esto nos plantea el interrogante de si en verdad ese fue el orden en que ocurrieron los acontecimientos, ya que un cuerpo sin vida no sangra así cuando el corazón ha dejado de funcionar.

Este problema queda resuelto cuando se comparan varios manuscritos del Evangelio de Mateo, los cuales utilizan palabras que aparecen en unas pocas traducciones de la Biblia pero que no fueron incluidas en la mayoría de las versiones modernas. Tales palabras nos proporcionan la secuencia apropiada de los hechos.

Una versión en inglés, llamada The Twentieth Century New Testament (“El Nuevo Testamento del Siglo Veinte”), que utiliza estas palabras, dice: “Y cerca de las tres [de la tarde] Jesús clamó fuertemente: ‘Eloi, Eloi, lama sabactani’, lo que quiere decir: ‘Oh Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’ Algunos de los que estaban cerca lo oyeron y dijeron [erróneamente]: ‘¡El hombre está llamando a Elías!’

“Inmediatamente, uno de ellos corrió y tomando una esponja y empapándola en vino corriente, la colocó en una caña y se lo ofreció para beber. Pero los demás dijeron: ‘Esperemos y veamos si Elías vendrá a salvarlo’. *Sin embargo, otro tomó una lanza y le abrió el costado; y salieron agua y sangre.* Pero Jesús, dando otra vez un fuerte grito, entregó su espíritu” (Mateo 27:46-50).

Las palabras faltantes, que aparecen aquí en letra cursiva, dicen que un costado de Jesús fue abierto con una lanza, él dio un fuerte grito y luego murió.

¿Se contradice entonces el relato de Mateo con el de Juan? No. Ambos narran los mismos sucesos, pero con enfoques diferentes.

Mateo de inmediato pasa de la muerte de Jesús a la descripción de la rasgadura del velo del templo, mientras que Juan habla del hecho de que, contrario a lo que les hicieron a los dos criminales crucificados junto con Jesús, a él no le quebraron ni un solo hueso. Juan, entre paréntesis, explicó que como Jesús *ya había muerto* no tuvieron que quebrarle los huesos; su costado *había sido abierto* con una lanza (Juan 19:31-34).

En el versículo 36 Juan nos dice que esto sucedió en cumplimiento de Salomos 34:20 y del simbolismo de los corderos de la Pascua, que eran sacrificados sin que se les quebrara un solo hueso (Éxodo 12:6, 46; Números 9:12). Los corderos de la Pascua cuya sangre fue derramada para salvar a los israelitas (Éxodo 12:6-7, 13) representaban a Jesús, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

El último golpe mortal

Al continuar en Juan 19:37, el apóstol afirma que también se cumplió la profecía de Zacarías 12:10, y así el cuerpo de Jesús sería traspasado. ¿Cómo fue ese golpe final que causó la muerte de Jesús?

El médico John Lyle Cameron lo explica así: “El soldado era romano; estaría bien entrenado, sería competente, y conocería su deber. Sabría qué parte del cuerpo traspasar para lograr un resultado rápido y mortal, o para asegurarse, sin lugar a dudas, de que la víctima había muerto . . .

“El soldado, parado al pie de donde estaba crucificado nuestro Señor, metería su lanza hacia arriba por debajo del costado izquierdo. La afilada punta de la lanza, ancha y de doble filo, habrá entrado por el lado izquierdo superior del abdomen, abriendo el estómago . . . perforando el diafragma, partiendo el corazón y grandes vasos sanguíneos, arterias y venas . . . y habrá lacerado el pulmón.

“La herida habrá sido lo suficientemente grande como para que pudiera introducirse la mano [comparar con Juan 20:24-27]. Sangre . . . junto con agua del . . . estómago, habrán salido en abundancia. Todo el hecho debió haber sucedido como lo describe San Juan, pues nadie hubiera podido relatar con tanto detalle un suceso tan reconocible, a menos que él o alguien más lo hubiera presenciado realmente” (citado por R.V.G. Tasker, *Tyndale New Testament Commentaries: John* [“Comentarios del Nuevo Testamento de Tyndale: Juan”], 2000, pp. 212-213).

Cuando uno analiza las claras explicaciones de la muerte de Jesús, ideas tales como que no murió realmente, que se desmayó o que estaba drogado y luego fue revivido, de hecho no tienen ningún fundamento. Al estar presente,

junto con otros, cuando sucedieron esas cosas, el apóstol Juan fue testigo de esa muerte (Juan 19:25-27, 35).

También los soldados romanos sabían que él estaba muerto. No eran médicos expertos, pero estaban acostumbrados a ver las ejecuciones y sabían cuando alguien había muerto. Antes de permitirle a José de Arimatea que se llevara el cuerpo de Jesús, Pilato corroboró con el centurión que había supervisado la ejecución, que realmente estaba muerto (Marcos 15:43-45).

Aun en el caso de suponer que Jesús pudo sobrevivir a la crucifixión, ¿cómo pudo luego vivir tres días y tres noches en una tumba sellada, sin ningún cuidado médico?

Hay otro aspecto más que debemos mencionar aquí. Suponiendo lo que parece imposible, que un hombre pudiera de alguna manera sobrevivir a todo eso, los relatos de las apariciones de Jesús a sus discípulos después de esa terrible experiencia habrían sido aún más imposibles. Y si de alguna manera lo hubiera logrado, ciertamente no habría podido aparecerseles como alguien que los inspiraría a proclamar que había resucitado a un estado glorioso y de poder. Habría sido un hombre gravemente herido, psicológicamente traumatizado y físicamente lisiado de por vida.

Teniendo en cuenta las claras pruebas con que contamos, no puede tomarse en serio ninguna teoría que trate de explicar que Jesús no murió realmente.

La sepultura de Jesús

Jesús fue sepultado por José de Arimatea en una tumba nueva que éste había reservado para sí mismo. Debido a que José de Arimatea era miembro del concilio que condenó a Jesús, no parece que fuera alguien “inventado” por los evangelistas. Marcos nos dice que “José de Arimatea, miembro noble del concilio . . . vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús” (Marcos 15:43).

Cuando le permitieron que se llevara el cuerpo de Jesús, José “compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro” (v. 46).

Nadie que inventara y se empeñara en establecer una fábula escogería un personaje ficticio y diría que era miembro del Sanedrín, el concilio que gobernaba a la nación judía. Los miembros del Sanedrín eran muy conocidos. Ya que José era un respetable personaje público, mucha gente habría sabido dónde se encontraba su tumba. Si Jesús no hubiera sido sepultado en esa tumba, el engaño habría sido muy fácil de descubrir.

Notemos también las precauciones que se tomaron para que nadie tuviera acceso al cuerpo de Jesús una vez puesto en la tumba. “Al día siguiente . . . los jefes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron ante Pilato.

—Señor —le dijeron—, nosotros recordamos que mientras ese engañador aún vivía, dijo: ‘A los tres días resucitaré’. Por eso, ordene usted que se selle el sepulcro

¿Cuándo fue crucificado Jesús y cuándo resucitó?

En Mateo 12:38 leemos que algunos de los escribas y fariseos le pidieron a Jesús una señal que probara que él era el Mesías. Pero Jesús les dijo que la única señal sería la del profeta Jonás: “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (v. 40).

Pero ¿cómo podemos ajustar “tres días y tres noches” entre la crucifixión un viernes en la tarde y la resurrección un domingo por la mañana? Según este concepto tradicional, Jesús estuvo en el sepulcro sólo un día y medio.

Algunas personas no creen que la declaración de Jesús de “tres días y tres noches” tenga que ser un período literal de 72 horas, argumentando que parte de un día puede contarse como un día completo. Por consiguiente, debido a que Jesús murió en la tarde, consideran que el resto del viernes fue el primer día, el sábado el segundo y parte del domingo el tercero. Sin embargo, no toman en cuenta que en tal razonamiento sólo hay dos noches, la noche del viernes y la noche del sábado. Obviamente hay algún error en el concepto tradicional acerca del tiempo que Jesús estuvo en la tumba.

Jesús hizo referencia a Jonás 1:17, donde concretamente se dice que “estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches”. No tenemos ninguna base para pensar que Jesús quiso decir sólo dos noches y un día, más parte de dos días. Si él hubiera estado en la tumba sólo desde el viernes al anochecer hasta temprano el domingo, entonces la señal que anunció de que él era el Mesías profetizado *no se cumplió*.

Cuando analizamos cuidadosamente los pormenores en los evangelios descubrimos la realidad de cómo las palabras de Jesús se cumplieron de manera precisa.

Notemos la secuencia de los hechos mencionados en Lucas 23. En los versículos 46-53 leemos acerca del momento en que murió Jesús, así como de su apresurado sepelio debido al sábado que empezaba al ponerse el sol. El versículo 54 dice: “Era día de la preparación, y estaba para comenzar el día de reposo”.

Muchos han supuesto que aquí se refiere al sábado, el séptimo día de la semana, y que por tanto Jesús fue crucificado un viernes. Pero en Juan 19:31 podemos ver que no fue así. Aquí se nos habla de que ese día de reposo “era *de gran solemnidad*”. No se refiere al sábado semanal (de la puesta del sol del viernes a la puesta del sol del sábado), sino al primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura, que es uno de los siete días santos que Dios manda celebrar anualmente (Éxodo 12:16-17; Levítico 23:6-7). Estos días santos anuales pueden caer en un día de la semana *distinto* al sábado, y por lo regular así sucede.

Ese día de reposo de gran solemnidad fue la noche del miércoles y el día jueves, ya que en Lucas 23:56 leemos que las mujeres, después de ver dónde había sido sepultado Jesús antes de la puesta del sol, regresaron y “prepararon especias aromáticas y ungüentos” para embalsamar el cuerpo.

Ese trabajo no habría podido hacerse en un día santo, porque habría sido considerado como una violación de la ley de Dios. Esto se comprueba en el relato de Marcos, quien dice: “*Cuando pasó el día de reposo*, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas [lo cual no habrían hecho en el día de gran solemnidad] para ir a unguirle” (Marcos 16:1).

Las mujeres tuvieron que esperar *hasta que hubiera pasado el día de reposo anual* para ir a comprar y preparar las especias que usarían

Cronología de la crucifixión y resurrección

Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
Jesús comió la cena pascual con sus discípulos e instituyó los símbolos del nuevo pacto (Mateo 26:26-28). Después, en esa misma noche, fue traicionado por Judas, arrestado y llevado ante el sumo sacerdote.	Jesús murió alrededor de las 3 p.m. (Mateo 27:46-50). Este era el día de preparación para un día santo anual, no semanal, que comenzaba a la puesta del sol (Marcos 15:42; Lucas 23:54; Juan 19:31). Su cuerpo fue colocado en el sepulcro justo antes de la puesta del sol (Mateo 27:57-60).	Este era el día “de gran solemnidad”, un día santo anual, el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura (Juan 19:31; Levítico 23:4-7). La Biblia lo menciona como el día posterior al “día de preparación” (Mateo 27:62).	Concluido ya el día de gran solemnidad, las mujeres compraron y prepararon especias para unguir el cuerpo de Jesús. El reposo semanal del sábado comenzó el viernes a la puesta del sol (Marcos 16:1; Mateo 23:56).	Las mujeres descansaron el sábado conforme al cuarto mandamiento (Lucas 23:56; Éxodo 20:8-11). Jesús resucitó cerca de la puesta del sol, exactamente tres días y tres noches después de ser sepultado, cumpliendo así la señal de Jonás y dando validez a la señal de su mesiazgo.	Las mujeres trajeron las especias temprano, cuando aún estaba oscuro (Lucas 24:1; Juan 20:1), y descubrieron que Jesús ya había resucitado (Mateo 28:1-6; Marcos 16:2-6; Lucas 24:2-3; Juan 20:1). Él no resucitó el domingo por la mañana, sino el día anterior, alrededor de la puesta del sol.

para unguir el cuerpo de Jesús. Luego, después de que las compraron y prepararon el viernes, “descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento” (Lucas 23:56). Este *segundo* día de reposo se refiere al sábado, el séptimo día de la semana.

Al comparar los detalles en ambos evangelios —donde Marcos dice que las mujeres compraron especias *después* del día de reposo y Lucas dice que prepararon las especias *antes* de descansar el día de reposo— claramente se ve que se habla de *dos días santos diferentes*. El primero, como nos dice Juan 19:31, fue “de gran solemnidad” —el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura— el cual, en el año 31 d.C., cayó en un jueves. El segundo fue el sábado, el séptimo día de la semana.

Después de descansar el sábado, las mujeres fueron al sepulcro de Jesús muy temprano el primer día de la semana (domingo), “siendo aún oscuro” (Juan 20:1), y encontraron que *ya había sido resucitado* (Mateo 28:1-6; Marcos 16:2-6; Lucas 24:1-3).

Cuando consideramos los detalles en los relatos de los cuatro evangelios, el cuadro se aclara. Jesús fue crucificado un miércoles y sepultado ya muy tarde, justo antes del día de reposo que inició al ponerse el sol. Sin embargo, ese fue un día de fiesta anual, que en esa semana transcurrió desde la puesta del sol del miércoles hasta la puesta del sol del

jueves, a diferencia del sábado semanal, que inicia el viernes al ponerse el sol y dura hasta el atardecer del sábado.

Cristo estuvo sepultado desde la puesta del sol del miércoles hasta la puesta del sol del sábado, cuando fue resucitado. Aunque nadie haya presenciado su resurrección (la cual sucedió dentro de una tumba sellada), tuvo que haber ocurrido cerca de la puesta del sol del sábado, tres días y tres noches después de que su cuerpo fuera sepultado. No pudo haber sucedido el domingo por la mañana, porque cuando María fue a la tumba esa mañana antes de amanecer, “siendo aún oscuro”, encontró que la piedra ya había sido removida y la tumba estaba vacía.

Podemos estar seguros de que el tiempo que Jesús dijo que estaría en la tumba como prueba de que era el Mesías, transcurrió exactamente como lo anunció. Jesús resucitó precisamente tres días y tres noches después de haber sido puesto en la tumba.

Debido a que la mayoría de las personas no entienden las fiestas bíblicas que Jesús y sus seguidores celebraron, tampoco entienden los aspectos cronológicos tan minuciosamente registrados en los evangelios para nosotros. (Si desea más información sobre estas fiestas, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios*.) □

hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, se roben el cuerpo y le digan al pueblo que ha resucitado. Este último engaño sería peor que el primero.

—Llévense una guardia de soldados —les ordenó Pilato—, y vayan a asegurar el sepulcro lo mejor que puedan.

“Así que ellos fueron, cerraron el sepulcro con una piedra, y lo sellaron; y dejaron puesta la guardia” (Mateo 27:62-66, NVI).

La guardia de soldados romanos fue puesta en la tumba el día después de que Jesús fuera sepultado. Con toda seguridad ellos se hubieran dado cuenta si Jesús se hubiera recuperado después de estar casi muerto, o si su cuerpo hubiera sido robado por sus seguidores. Sus órdenes eran claras: debían vigilar que no le sucediera nada al cuerpo de Jesús. Si no cumplían con esta responsabilidad, podían ser sentenciados a muerte así como lo fue Jesús.

Tanto los judíos como los discípulos de Jesús habrían sabido dónde estaba esa tumba. Las mujeres que primeramente encontraron la tumba vacía, habían visto dónde estaba y sabían que Jesús había sido sepultado en ella (Lucas 23:55). También sabían que habían rodado una gran piedra a la entrada de la tumba (Marcos 15:46-47) y sabían que tendría que ser removida cuando ellas regresaran con las especias aromáticas que habían comprado (Marcos 16:1-3).

Para estas mujeres y para los discípulos de Jesús, no había ninguna duda de que su cuerpo estaba en esa tumba.

Las mujeres descubren la tumba vacía

En el relato de Marcos también se nos habla de que en la mañana, antes de la salida del sol, tres mujeres —María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé— fueron al sepulcro a ungir con especias el cuerpo de Jesús. Al encontrarse con que la piedra ya había sido quitada, entraron al sepulcro y se asustaron al ver “a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una ropa blanca”. Él les dijo: “Ha resucitado”, y que fueran y se lo hicieran saber a los otros discípulos (Marcos 16:1-8).

En la sociedad de ese tiempo, el testimonio de las mujeres era considerado de tan poca importancia que ni siquiera se les permitía servir como testigos en un tribunal de justicia. Cuán sorprendente resulta el hecho de que ¡las mujeres fueron reconocidas como las que descubrieron el sepulcro vacío!

Si, como algunos escépticos suponen, alguien hubiera inventado la historia posteriormente, seguramente habría utilizado los nombres de discípulos *varones* como Pedro y Juan como los descubridores del sepulcro vacío. Que hayan sido mujeres las principales testigos de que el sepulcro estaba vacío, se entiende mejor por la sencilla razón de que las mujeres mencionadas fueron quienes verdaderamente lo descubrieron. Los autores de los evangelios registraron fielmente lo que para ellos era un antecedente difícil y embarazoso.

Los enemigos de Jesús reconocieron que la tumba estaba vacía

¿Cuál fue la reacción de los enemigos de Jesús cuando supieron que los discípulos aseguraban que estaba vivo después de haber sido crucificado públicamente?

Su reacción fue muy reveladora. ¿Dijeron que los discípulos mentían y que el cuerpo de Jesús aún estaba en el sepulcro? *No*. ¿Dijeron que los discípulos estaban teniendo alucinaciones? *No*. Más bien, *sobornaron a los soldados romanos responsables de la vigilancia de la tumba sellada, para que propagaran lo que sabían que era una mentira*. Les dijeron que fueran y contaran que, mientras ellos dormían, los discípulos se habían llevado el cuerpo de Jesús, y que si el gobernador romano quería castigarlos, ellos los protegerían.

Conviene leer todo este relato en Mateo 28:11-15. ¡Esta fue la mejor excusa que encontraron los dirigentes religiosos para explicar por qué el cuerpo de Jesús había desaparecido y no podía ser encontrado!

Aquí, de los propios enemigos de Jesús, tenemos una prueba clara de que el sepulcro realmente estaba vacío. El mejor argumento que pudieron encontrar fue lo que *sabían que era una mentira*. No existe otra explicación de por qué el sepulcro estaba vacío, excepto que *Jesús fue resucitado corporalmente y dejó la tumba*.

Testigos de sus apariciones

En múltiples ocasiones y en diferentes circunstancias, algunas personas, individualmente o en grupo, que sabían que Jesús había muerto, lo vieron vivo.

Notemos que el apóstol Pablo escribió a la iglesia de Corinto diciendo que Jesús “se apareció a Cefas [Pedro], y luego a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles, y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí” (1 Corintios 15:5-8, NVI).

¿Cómo obtuvo Pablo esta información? Conocía a esas personas y había hablado con ellas. Había escuchado el relato en sus propias palabras. La mayoría de ellos aún vivían y podían confirmarlo. Pablo aseguró esto sabiendo que ¡de no ser cierto podría probarse su falsedad!

Tales relatos de testigos presenciales no pueden ser considerados como fantasías. Tienen que referirse a hechos que fueron vistos por muchas personas que aún vivían cuando Pablo escribió esta epístola. ¡Hasta menciona los nombres de los testigos más conocidos de manera que los demás pudieran verificar con ellos el hecho de que Jesús había resucitado!

¿Hay otras fuentes de información que confirmen la existencia de Jesucristo?

Muchas personas suponen que, aparte de la Biblia, no existen registros históricos acerca de Jesús de Nazaret. Pero de hecho, *varios* testigos independientes comprueban la existencia de Jesús. Observemos algunos pocos.

Testimonio de los romanos

Cornelio Tácito (hacia 56-120) fue senador romano, cónsul y gobernador de la provincia romana de Anatolia (que comprendía la mayor parte de lo que actualmente es Turquía), así como uno de los más grandes historiadores romanos de la antigüedad. En sus últimos años escribió sus *Anales*, una obra histórica en 16 tomos acerca de los emperadores romanos.

Sin ser amigo de Nerón o de los cristianos, Tácito escribió que Nerón culpó a “una casta odiada por sus abominaciones, a la cual el pueblo llamaba cristianos”. Luego explicó que “Christus [Cristo], de quien se originó su nombre, sufrió la pena máxima [crucifixión] durante el reino de Tiberio a manos de uno de nuestros procuradores, Poncio Pilato, y así desapareció por el momento una muy maliciosa superstición que, más tarde, apareció nuevamente no sólo en Judea, la primera fuente del mal, sino aun en Roma . . .” (*Annals* [“Anales”], 15:44, citado por Lee Strobel, *The Case for Christ* [“El caso de Cristo”], 1998, p. 82).

Cayo Suetonio Tranquilo (hacia 69-140), contemporáneo de Tácito, quien fue custodio de las bibliotecas de Roma y funcionario oficial de varios emperadores, escribió que el emperador Claudio “desterró de Roma a los judíos, quienes continuamente causaban disturbios, siendo Chrestus [Cristo] su líder”

(*Lives of the First Twelve Caesars: Life of Claudius* [“Vidas de los primeros doce césares: Vida de Claudio”], citado por Grant Jeffrey en *Jesus: The Great Debate* [“El gran debate acerca de Jesús”], 1999, p. 163). Este destierro de los judíos de Roma es mencionado en Hechos 18:2.

También, “Plinio el joven, legado romano de Bitinia-Ponto (lo que es ahora la parte central norte de Turquía) a principios del segundo siglo, le escribió al emperador Trajano pidiéndole consejo acerca de cómo proceder con los cristianos que rehusaban venerar la imagen de César. Plinio señaló que estos cristianos se reunían regularmente y cantaban himnos ‘a Cristo como si fuera un dios’ (*Letters* [“Epístolas”] 10:96.7). La frase ‘como si fuera un dios’ sugiere que Plinio sabía que Jesús había sido una persona que había vivido en la tierra pero estaba renuente a llamarlo divino” (Craig Blomberg, *The Historical Reliability of the Gospels* [“La confiabilidad histórica de los evangelios”], 1987, p. 196).

En estas fuentes históricas, sin tener ningún nexo con la Biblia, vemos referencias a estos hechos:

- Un grupo llamado “cristianos” derivó su nombre de “Christus” (Cristo).
- Este “Christus” fue ejecutado durante el reinado de Tiberio a manos de Poncio Pilato (Tiberio reinó del 14 al 37 d.C.; Pilato fue procurador del 26 al 36 ó 37).
- Esta nueva ideología tenía que ver con ‘una muy maliciosa superstición’, posiblemente refiriéndose a la creencia de los cristianos de que Jesús había resucitado de entre los muertos después de haber sido crucificado.
- La nueva ideología que comenzó con los

Los libros de Josefo, al igual que los escritos de historiadores y funcionarios romanos, proporcionan una importante confirmación independiente acerca de la exactitud histórica de los evangelios y de la existencia de Jesucristo.

cristianos se inició en Judea y se extendió a Roma.

• Los primeros cristianos pensaban que Cristo era un ser divino.

El testimonio de Josefo

Flavio Josefo, importante historiador judío del primer siglo, ha sido muy conocido para historiadores y eruditos. Nacido de una familia de sacerdotes en el año 37 d.C., Josefo era bien educado y capitaneó un destacamento durante la rebelión judía de los años 66-70, hasta que fue capturado por los romanos. Al final de la guerra se fue a Roma con el general Tito, donde vivió y escribió hasta su muerte alrededor del año 100 d.C.

Josefo menciona dos veces a Jesús en su monumental obra *Antigüedades de los judíos*, escrita en 90-95 d.C. En su nota más extensa se lee:

“Ahora, alrededor de este tiempo estaba Jesús, un hombre sabio, si legalmente se le puede llamar hombre, porque hacía obras maravillosas, maestro de aquellos que se complacían en recibir la verdad. Atrajo a muchos de los judíos y a muchos de los gentiles. Él era [el] Cristo; y cuando Pilato, persuadido por los principales hombres entre nosotros, lo había condenado a la cruz, aquellos que lo habían amado primero no lo olvidaron, porque se les apareció vivo nuevamente al tercer día, como los profetas divinos habían predicho estas y otras diez mil cosas maravillosas relacionadas con él; y la tribu de los cristianos, así nombrados por él, no se han extinguido hasta este día” (*Antigüedades*, libro 18, capítulo 3, sección 3).

Aunque muchos eruditos niegan la veraci-

dad de todo el pasaje o algunas partes de él, fue citado como aparece arriba por el historiador Eusebio ya en el año 315.

La segunda mención que Josefo hace de Jesús, muy pocas veces es rechazada por los eruditos. Tiene que ver con el martirio de Jacobo o Santiago, su medio hermano. “Ahora Festo había muerto . . . así que convocó al sanedrín de los jueces, y trajo ante ellos al hermano de Jesús, quien era llamado Cristo, cuyo nombre era Jacobo, y algunos otros [o algunos de sus compañeros]; y cuando hubo presentado acusación en contra de ellos como infractores de la ley, los entregó para que fueran apedreados . . .” (*Antigüedades*, libro 20, capítulo 9, sección 1).

Otro personaje importante de los evangelios mencionado por Josefo es Juan el Bautista: “Herodes, quien temía que Juan pudiera utilizar la gran influencia que tenía en la gente para iniciar una rebelión . . . pensó que mejor era matarlo, para evitar cualquier problema que pudiera causar . . . Por consiguiente, fue enviado como prisionero a Maquero, debido al temperamento sospechoso de Herodes . . . y allá fue ejecutado” (*Antigüedades*, libro 18, capítulo 5, sección 2).

Aunque Josefo nunca fue cristiano, en sus obras mencionó a muchos otros personajes de los evangelios y otros libros del Nuevo Testamento. Entre ellos están la familia de Herodes, los procuradores de Judea y miembros de las familias de los sumos sacerdotes. Sus libros, al igual que los escritos de historiadores y funcionarios romanos, proporcionan una importante confirmación independiente acerca de la exactitud histórica de los evangelios y de la existencia de Jesucristo. □

Jesús se aparece en forma corpórea

Todas las apariciones de Jesús después de su resurrección que se mencionan en los evangelios, fueron en cuerpo físico. Cuando se apareció a sus apóstoles les preguntó: “¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lucas 24:36-43). Cuando ellos aún no podían creer, quizá porque les parecía demasiado bueno para ser verdad, les pidió comida y comió delante de ellos.

Luego tenemos el caso en que se apareció a todos sus apóstoles, incluso Tomás, quien al parecer no estaba en la ocasión anterior. Tomás no estaba dispuesto a creer a menos que viera las heridas de Jesús con sus propios ojos y las palpara con sus propias manos (Juan 20:24-29). Pero quedó totalmente convencido cuando Jesús se apareció a todos y específicamente le dijo a Tomás que comprobara que era el mismo Jesús al que él y los otros discípulos habían conocido desde hacía años.

En otra ocasión Jesús se les apareció a los discípulos en la playa del mar de Galilea. Esa vez obró un milagro, preparó y comió con ellos un desayuno con pan y pescado, y de manera amable reprendió a Pedro por haberse vuelto a su vida de pescador en lugar de dedicarse a cuidar de su iglesia, que era algo mucho más importante (Juan 21:1-23).

Se ha insinuado que estas apariciones no fueron más que alucinaciones de los discípulos. Pero tal teoría no puede explicar el hecho de que las apariciones ocurrieron en distintos lugares, en días diferentes y frente a grupos diferentes de personas. Jesús se apareció de maneras que fueron convincentes para *todos* los apóstoles. Estas apariciones no dejaron dudas en la mente de ninguno de ellos, incluso de Tomás, quien se mantuvo firme en su posición de no creer hasta que personalmente viera y tocara al Jesús a quien había conocido.

La asombrosa transformación de los apóstoles

Una de las pruebas más grandes de la resurrección de Jesús es el impresionante cambio que ocurrió en la vida de sus discípulos.

Los relatos de los evangelios no elogian a los apóstoles (lo cual constituye una prueba más de que la historia no fue inventada). Todos abandonaron a Jesús cuando fue arrestado y luego juzgado (Mateo 26:56). Pedro, quien había prometido nunca dejar a Jesús, aun llegó a maldecir y a jurar negando que lo conocía (vv. 69-75).

Recordemos que Jesús predijo la debilidad de Pedro e incluso advirtió a sus otros apóstoles que todos ellos también tropezarían por su relación con él (vv. 31-35). No obstante, poco tiempo después vemos un cambio dramático. Encontramos que los apóstoles empezaron a hablarles a grandes multitudes, diciendo claramente

que Jesús había resucitado de entre los muertos. Ahora, lejos de huir y esconderse, se enfrentaban valientemente con los dirigentes civiles y religiosos recordándoles el hecho de que Jesús había sido ejecutado por ellos y que había resucitado.

Desafiaron la amenaza de ser encarcelados si continuaban predicando acerca de ese hombre Jesús (Hechos 4:1-23). Valerosamente soportaron azotes y amenazas de muerte por predicar que Jesús estaba vivo y que era el Mesías (Hechos 5:17-42).

Aunque sólo unas semanas antes habían negado conocerlo siquiera, ahora nada podía detenerlos de pregonar lo que obviamente sabían que era verdad. Su nueva e inquebrantable convicción, aun ante la prisión y la muerte, sólo puede explicarse de esta manera: *habían visto vivo a Jesús después de haberlo visto muerto*. Hablaron con él, comieron con él, recibieron muchas enseñanzas de él, pasaron tiempo con él y lo tocaron.

Estos hombres dedicaron el resto de sus vidas, y finalmente la vida misma, a aquel que sabían había vencido a la muerte. Si ellos sólo hubieran sido participantes de una gran farsa, ¿podríamos creer que habrían ofrendado sus vidas por algo que sabían que era falso?

El asombroso cambio de Pedro

El apóstol Pedro es el ejemplo más conocido de los discípulos cuyas vidas cambiaron de manera tan notable. Su valor en la Fiesta de Pentecostés fue increíble. Estando en el templo le habló a una gran multitud, de la cual 3000 personas se convirtieron en discípulos de Jesús el Mesías.

Pedro le predicó a gente que vivía en Jerusalén y en toda Judea, así como en muchas otras partes del mundo romano. Se encontraban en Jerusalén para celebrar la Fiesta de Pentecostés, llamada también la Fiesta de las Semanas, conforme al mandamiento de Dios en Deuteronomio 16:16. Les recordó que todos ellos sabían quién era Jesús y lo que le había sucedido siete semanas antes en la Fiesta de la Pascua (Hechos 2:22-24).

Pedro, quien poco antes de la muerte de Jesús lo había negado, ahora valientemente le hacía ver a la gente que ellos habían sido quienes habían crucificado al Mesías prometido, *pero que Dios lo había resucitado*.

La reacción de la gente fue bastante reveladora. No lo negaron, no protestaron, no intentaron apedrear a Pedro por este cargo aparentemente ultrajante. Muchos de ellos sabían acerca del arresto, juicio y crucifixión de Jesús. Sabían que muchos, quizá hasta algunos de los que estaban allí escuchando a Pedro, habían clamado por la sangre de Jesús. Sabían de la extraña desaparición de su cuerpo de la tumba, un misterio que nadie había podido desentrañar.

Sabían o habían oído de otras cosas extrañas que habían acontecido en esa ocasión: la misteriosa oscuridad que hubo en la tierra cuando Jesús estaba siendo

crucificado, gente que había resucitado de los sepulcros y caminado por las calles de Jerusalén, y la rasgadura de arriba abajo del gigantesco velo del templo sin causa aparente.

¿Cómo podían explicarse estos acontecimientos? ¿Qué significaban? Pedro estaba dándoles una explicación asombrosa, una explicación que exigiría que ellos tomaran una decisión que cambiaría el resto de sus vidas.

Pedro comparó el sepulcro vacío de Jesús con el cercano sepulcro de David, el más grande de los reyes de Israel. “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy” (Hechos 2:29). Su intento era inconfundible: todos sabían dónde estaba el sepulcro de David y que allí era donde su cuerpo estaba sepultado. Pero a diferencia de David, ¡la muerte ya no retenía a Jesús!

Pedro declaró que Jesús de Nazaret había sido resucitado por Dios y que muchas personas podían dar testimonio de ese hecho. Una vez más, la gente no protestó. Todo lo contrario, preguntaron qué debían hacer ahora que estaban convencidos de que Pedro tenía la razón. Pedro les contestó que tenían que arrepentirse y ser bautizados y que también ellos recibirían el Espíritu Santo, así como los discípulos lo habían recibido ese mismo día (Hechos 2:37-38).

La única explicación que hay para el dramático cambio de los discípulos, que dejaron de ser un grupo atemorizado, listos para abandonar todo y regresar a Galilea, es que Jesús les dejó una dramática y poderosa prueba: una tumba vacía y luego múltiples apariciones corpóreas. Hombres comunes y corrientes con vidas normales, quienes habían negado a su Maestro y le habían fallado enormemente, de repente se transformaron, casi de la noche a la mañana, en dinámicos líderes de una iglesia que habría de desafiar al antiguo mundo pagano, enfrentándose con él.

Santiago, medio hermano de Jesús, se hace creyente

Quizá un cambio aún más sorprendente fue el que hubo en la vida de Santiago, medio hermano de Jesús (Santiago era hijo natural de María y José mientras que Jesús era hijo de María y Dios el Padre). Notemos cómo el escritor J.P. Moreland describe sucesos en la vida de Santiago conforme están registrados en la Biblia y en la historia contemporánea:

“¿Por qué cambiaron estos hombres? ¿Por qué sufrieron penurias, persecución, amenazas y martirio? Veamos lo que sucedió con Santiago el hermano de Jesús. Josefo, historiador judío del primer siglo, nos dice que murió como un mártir por su fe en su hermano. Pero en los evangelios se nos dice que durante la vida de su hermano, no creía en él y se le oponía.

“¿Por qué cambió? ¿Qué pudo lograr que un judío creyera que su propio hermano era el Hijo mismo de Dios y estuviera dispuesto a morir por tal convicción? Ciertamente no fue por una serie de hermosas enseñanzas de un carpin-

tero de Nazaret. Sólo la aparición de Jesús a Santiago (1 Corintios 15:7) puede explicar su transformación.

“Como sucedió con Santiago, así sucedió con los otros discípulos. Quien niegue la resurrección nos debe una explicación de este cambio que hace justicia a los hechos históricos” (*Scaling the Secular City* [“Franqueando la ciudad irreligiosa”], 1987, pp. 178-179).

Pablo el perseguidor es transformado

El apóstol Pablo es otro extraordinario ejemplo. Siendo un rabino fervoroso y fariseo estricto, estaba plenamente convencido de que la resurrección de Jesús no había ocurrido. Persiguió a los miembros de la iglesia primitiva por creer en semejante cosa. Arriesgó todo su prestigio y misión en la vida por su convicción de que la resurrección había sido una invención y que esa ideología era una amenaza para la tradición que para él era sagrada.

Estaba convencido de que este nuevo movimiento merecía ser aplastado a toda costa, incluso con cárcel o muerte (Hechos 22:4), y esta sería su campaña personal. Luego algo sucedió. Jesucristo se le apareció a Pablo y le habló.

Pablo no era un hombre dado a las vívidas imaginaciones de gente supersticiosa. Era un intelectual sensato. Y sin embargo, más adelante estuvo dispuesto a defender con celo a Cristo ante grupos hostiles, gobernantes, reyes y otros dirigentes. Al final Pablo estaba dispuesto a morir por lo que sabía que era verdad: que Jesús realmente era el Mesías, estaba vivo y se encontraba a la diestra de Dios.

La existencia de la iglesia cristiana

El Dr. Moreland lo expone así: “¿Qué razón puede esgrimirse para explicar el hecho de que la iglesia cristiana logró transformar el mundo del primer siglo? Las probabilidades de que tuviera éxito eran escasas. En el primer siglo existieron varias religiones y en algunas de ellas se podían encontrar aspectos del cristianismo. ¿Por qué tuvo éxito el cristianismo, particularmente cuando era una fe tan exclusivista y que no veía con buenos ojos el sincretismo? ¿Qué fue lo que inició la iglesia? Nunca hubo una forma de cristianismo que no hiciera hincapié en la muerte y resurrección de un Jesús divino.

“La resurrección de Jesús es la explicación que la propia iglesia dio, y es la única apropiada. El erudito C.F.D. Moule lo resume así: ‘Si el surgimiento de los nazarenos, un fenómeno innegable refrendado en el Nuevo Testamento, hace un enorme agujero en la historia, un agujero del tamaño y forma de la Resurrección, ¿con qué piensa taparlo el historiador irreligioso?’” (*ibidem*, pp. 180-181).

La única conclusión razonable es que Jesucristo en realidad fue resucitado de entre los muertos.

Mucho más que un hombre

*“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”
(Mateo 16:13).*

Hoy en día no es políticamente correcto declarar en forma dogmática que Jesús era más que una persona extraordinariamente dotada, una persona de gran moralidad, un filósofo sabio, un judío docto o un reformador político. Tampoco es aceptable decir que sus enseñanzas son el único camino a la vida más allá del sepulcro y a una paz perdurable para el mundo.

Después de todo, vivimos en un mundo que detesta tales afirmaciones absolutas. Y algunos detestan aún más la autoridad que pueda tener en sus vidas aquel que proclamó ser Dios. Así, a lo largo de la historia han surgido toda clase de percepciones acerca de Jesús de Nazaret.

¿Por qué hay tanta polémica acerca de un solo hombre? Acerca de este maestro judío de Galilea se han escrito más libros y se han hecho más estudios académicos que sobre cualquier otro hombre que haya existido.

La respuesta sencilla es que él dijo que era Dios, y, por lo que hemos leído en los relatos bíblicos, lo demostró. Es más, nos asegura que lo demostrará a todo el mundo cuando retorne a la tierra, en toda su gloria, majestad y poder divinos, lo que dejará atónita a la gente en todo este globo terráqueo.

Dios viene a la tierra

La pregunta permanece: ¿Cómo era Jesús Dios? Si Jesús era Dios, entonces ¿quién era el Padre del que tanto habló? ¿Cómo podían Jesús y el Padre ser Dios al mismo tiempo?

¿De dónde vino Jesús? ¿Fue creado en algún momento? ¿Vino a existir cuando nació de María? ¿Era un ángel? ¿Era alguna esencia espiritual o “pensamiento” en la mente del Padre antes de su existencia humana?

El relato de la forma en que nació Jesús nos muestra que no se trataba de un ser humano común. Claramente se nos dice que no tuvo un padre humano, sino que su Padre era Dios mismo. “El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo” (Mateo 1:18).

“Desposada” en esa cultura significaba que el acuerdo entre ellos de casarse era ya algo oficial, aunque el matrimonio en sí no se había efectuado aún. Tanto José como María sabían que aún no habían estado juntos físicamente, y María sabía con certeza que era virgen. Pero José lógicamente se preguntaba por qué María estaba embarazada, y le preocupaba tal situación.

“José su [desposado] marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (vv. 19-21).

José necesitaba la confirmación de que María había dicho la verdad con respecto a su embarazo, y la forma más efectiva de convencerlo era que un ángel le hablara directamente. María había recibido un mensaje similar, como se lee en Lucas 1:26-38. El ángel Gabriel se le apareció y le anunció que ella concebiría un hijo a quien debía nombrar Jesús. Ella aseguró que nunca había estado con un hombre, que era virgen.

Luego el ángel Gabriel le explicó cómo se realizaría el hecho. “Le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (v. 35).

En los términos teológicos tradicionales, esto es algo enigmático. Jesús reconoció que Dios era su Padre, pero en la Biblia leemos que María concibió por obra del Espíritu Santo. La mayoría de las personas creen que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Trinidad. Pero debido a que el Espíritu Santo engendró a Jesús en el vientre de María, ¿cómo podía Dios el Padre ser el padre de Jesús?

La respuesta sencillamente es que el Espíritu Santo no es una persona, como se enseña tradicionalmente en la doctrina de la Trinidad. En ninguna parte de la Biblia se enseña que el Espíritu Santo sea una persona. Pero sí se refiere al Espíritu Santo como el *poder* de Dios, como se indica precisamente en este pasaje. (Para un análisis detallado de esta verdad bíblica, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto gratuito *¿Quién es Dios?*)

Dios, a quien Jesús se refería como su Padre, utilizó su propio poder, mencionado como el “Espíritu Santo”, para engendrar a Jesús en el vientre de María. Por tanto, Jesús es el Hijo de Dios por nacimiento.

Mateo, escribiendo bajo inspiración divina, explicó el significado del mensaje del ángel a José, señalando que eso cumplía la profecía de Isaías acerca del nacimiento virginal de “Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mateo 1:23).

Cuando Jesús nació, era Dios en la carne: “*Dios con nosotros*”. Esto es lo que el ángel estaba diciendo y lo que Dios había profetizado mucho tiempo atrás.

¿Quién era Jesús antes de nacer como humano?

La más clara y precisa enunciación acerca de Jesús antes de su nacimiento humano se encuentra en los primeros versículos del Evangelio de Juan. Este apóstol, el más allegado a Jesús, muy cuidadosamente explicó que ese Jesús no era un hombre común.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era *con* Dios, y el Verbo *era* Dios” (Juan 1:1). ¿Quién era ese “Verbo”? “Y aquel Verbo *fue hecho carne, y habitó entre nosotros* (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (v. 14). Juan explica además que el Verbo que “fue hecho

¿Fue Jesús un ser creado?

En Juan 1:3 encontramos dos claras afirmaciones de que fue el preexistente Jesús quien creó todas las cosas. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Observemos que el apóstol no sólo afirmó que todas las cosas habían sido creadas por Jesús, sino que agregó: “sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”.

Pablo reitera exactamente lo que Juan escribió: “Porque en él fueron creadas todas las cosas”. Y continúa, para estar seguro de que entendamos a qué se refiere al decir todas las cosas: “las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16).

Debido a que Jesús creó todas las cosas, no podía ser una de las “cosas creadas”. Y para que no hubiera dudas, Pablo agregó: “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (v. 17).

El Dr. Norman Geisler comenta: “El contexto de este pasaje aclara que no hay excepciones; Cristo es el Creador de todas las cosas, incluso ángeles y todo lo visible o invisible. En ninguna parte está más claro que Cristo no es una criatura —angélica o de

otro tipo— que en la relación de los ángeles con él. Debido a que Cristo no podía ser el Creador de todo y al mismo tiempo una criatura él mismo, es necesario concluir que él es el Creador no creado de toda la creación” (*Christian Apologetics* [“Apologetica cristiana”], 1988, p. 338).

En una nota al margen agrega: “A la luz de la clara enseñanza de que Cristo es Creador y no una criatura, las malas interpretaciones arrianas de frases como Cristo es ‘el primogénito’ (Colosenses 1:15) o ‘el principio de la creación’ (Apocalipsis 3:14) son erróneas. Cristo es ‘primogénito’ en el sentido de ser el único (no el creado) Hijo de Dios. Cristo es primero sobre la creación, no el primero en ella” (*ibidem*).

En Miqueas 5:2 se nos dice que el rey mesiánico que habría de venir era “desde los días de la eternidad”. Antes de su nacimiento como un ser humano, Jesús había aparecido en la tierra en su forma divina como el rey-sacerdote Melquisedec, “que ni tiene principio de días, ni fin de vida” (Hebreos 7:3, leer todo el capítulo). (Si desea más información sobre esto, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto *¿Quién es Dios?*)

Jesús no fue creado. Ha existido por la eternidad junto con Dios el Padre. □

carne, y habitó entre nosotros” era Jesús de Nazaret. También hace declaraciones explícitas y concluyentes con importantes pormenores acerca de Jesús antes de su nacimiento humano.

El “Verbo” es Jesús y estaba *con* Dios y *era* Dios. Esta aseveración es inconfundible y puede significar sólo una cosa: había *dos* seres, Dios y el Verbo.

El Verbo “era en el principio con Dios” (v. 2). El principio ¿de qué?

Jesús existía antes del principio

Debido a que el Evangelio de Juan empieza con las palabras “En el principio”, tal parece que se está refiriendo a Génesis 1:1. Pero aunque Génesis 1:1 continúa con “creó Dios . . .”, Juan empieza su evangelio con: “En el principio era el Verbo . . .”. Nos dice que el Verbo *ya existía* “en el principio”.

En Génesis, la creación del universo y del tiempo mismo marca “el principio”; en Juan, la existencia del Verbo *antecede* ese principio.

Es obvio que el Creador del universo existía *antes* del universo, porque él fue la *causa* que lo hizo llegar a existir.

Juan dice explícitamente que fue el Verbo —Jesucristo— por medio de quien todas las cosas fueron creadas (Juan 1:3). Pablo coincide totalmente con Juan, con palabras que son inconfundibles, diciendo que Jesús “es *antes* de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:16-17). (Ver el recuadro de la página 8: “Los discípulos de Jesucristo comprendieron que él era el Creador”.)

Pablo dice lógicamente que si por medio de Cristo fueron creadas todas las cosas, entonces él tenía que haber existido antes de la creación. Jesús también hizo referencia a su existencia antes de la creación cuando, al orar al Padre, habló de “la gloria que tuve contigo *antes de que el mundo existiera*” (Juan 17:5, NVI).

Jesús habló de la relación entre él y el Padre “desde antes de la fundación del mundo” (v. 24), una frase que Pablo repitió en Efesios 1:4.

El Verbo

El preexistente Cristo es caracterizado por el nombre o título de “el Verbo”. Quizá una de las razones por las que se usó el vocablo griego *logos*, traducido como “Verbo”, es que éste describe mejor uno de los principales papeles de Cristo: sería quien revelara al Padre. *Logos* “incluye los pensamientos así como lo que se expresa” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, “Verbo”, 4:231).

En el Nuevo Testamento se usa *logos* como un dicho o declaración de Dios, la palabra de Dios, la voluntad revelada de Dios y la revelación directa dada por Jesucristo, y que podía ser hablada y entregada (*ibidem*). Juan aplicó este vocablo como título personal de aquel que “fue hecho carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14).

Lo que Juan dijo es que un ser personal, a quien llama el *logos* o “Verbo”, encarnó —se convirtió en un ser humano de carne y hueso— en la persona de Jesucristo. El hecho de que el Verbo *se transformara* en una persona de carne y hueso implica que el Verbo era un ser individual específico antes de venir a ser un niño nacido de María.

Juan también escribió que, personalmente, el Verbo es distinto del Padre, aunque al mismo tiempo es uno *con* el Padre. Ambos son iguales, eternos, y son de la misma naturaleza y esencia. El Verbo es Dios tan ciertamente como lo es aquel con quien existe en la más estrecha unión de existencia y vida. Como dijo Jesús mismo: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30).

La unidad entre el Padre y el Verbo tiene que ver con la armonía y acuerdo totales con que ambos obran juntos, no que formen un solo ser, como erróneamente se enseña en la teoría de la Trinidad.

¿Qué y quién es Dios?

Las claras y sencillas declaraciones de Juan nos proporcionan un entendimiento de Dios que fue hecho claro por la manifestación de Jesucristo. El lenguaje utilizado nos asevera que hay dos seres coexistentes y llamados Dios: Dios y el Verbo, quien también es Dios.

Si ellos existieran en alguna otra forma que no fuera la de dos seres auto-existentes, tanto en griego como en español es posible describir algo completamente diferente. Pero el texto bíblico no lo hace. Claramente se habla de dos, juntos, ambos siendo Dios. Si sólo hubiera uno, entonces Juan no habría dicho: “el Verbo era *con* Dios”.

La pregunta surge: Si Jesús era el Verbo, y por tanto Dios, ¿cómo pudo Dios, quien es infinito, venir a ser finito? ¿Qué le sucedió al Verbo en el momento en que se convirtió en un óvulo engendrado con la vida del Padre en el vientre de María?

No sabemos exactamente cómo hizo Dios ese milagro, pero por la Escritura se hace evidente que Dios pudo convertirse en un ser humano y por consiguiente estar sujeto a una existencia física y finita, limitado al tiempo y al espacio, sujeto al dolor, sufrimiento y muerte, y a ser tentado.

Y así lo hizo Jesús. Como Pablo lo resumió: “quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!” (Filipenses 2:6-8, NVI).

Jesús podría morir. Jesús podría experimentar las emociones humanas. Jesús podría tener hambre y sentir dolor. Podría angustiarse ante la perspectiva

del sufrimiento y la muerte. Sí, Dios podría morir, pero sólo si se volvía un ser humano físico. Así lo hizo. Y ¿quién era él? Era la misma persona que siempre había sido; incluso recordaba su pasada eternidad con el Padre.

Notemos la oración de Jesús en Juan 17:5: “Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera” (NVI). Aquí habla abiertamente de sus experiencias pasadas y recuerdos con el Padre, revalidando todo lo que Juan escribió en los primeros versículos de su evangelio.

Sí, el sacrificio de Jesús fue de una magnitud *casi inconcebible*. Y saber quién era él y a lo que voluntariamente renunció debería tener tremenda importancia para usted y para mí al analizar la grandeza de su sacrificio.

El Dios que se volvió un ser humano

*“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”
(Juan 1:14).*

¿Cómo pudo hacerse humano un ser espiritual que hubiera vivido eternamente? ¿Fue Jesús un ser humano como nosotros? Y cuando fue humano, ¿siguió siendo Dios?

En Mateo 1:23 leemos que había sido profetizado que Jesús sería “Dios con nosotros”. Jesús era un ser humano y también era Dios. Nunca dejó de ser lo que siempre había sido. Su identidad no cambió. Cuando estaba en el vientre de María, era Dios. Cuando era un bebé acostado en un pesebre, era Dios. Cuando era un joven que crecía en Nazaret, era Dios. Y cuando estaba muriendo, era Dios.

Como un ser espiritual, antes de su nacimiento humano, su conocimiento, poder y presencia eran infinitos. Como Dios, podía saber todo y tener poder ilimitado para obrar en cualquier objeto, dondequiera que fuera. Pero si fuera humano no podría hacer todo. Estaría limitado a las facultades propias de cualquier ser humano normal. No podría ser infinito y finito al mismo tiempo.

Un cuerpo físico con restricciones físicas

Cuando Jesucristo se hizo carne, siguió siendo Dios con respecto a su identidad, pero a pesar de eso fue un ser humano en todo el sentido de la palabra.

Jesús tenía un cuerpo físico. Su discípulo más allegado corroboró que era una persona física: “Lo que ha sido desde el principio, *lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos*, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida. Esta vida se manifestó. Nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella . . .” (1 Juan 1:1-2, NVI). Al decir que ellos lo oyeron, lo vieron y lo tocaron, Juan confirma la humanidad de Jesús.

Jesús tenía un cuerpo enteramente humano. Nació, creció y se desarrolló como cualquier otro niño. Estaba sometido a las mismas restricciones físicas de cualquier ser humano, porque tenía la misma clase de cuerpo. Sentía hambre cuando ayunaba (Mateo 4:2); también sentía sed (Juan 19:28). Se cansaba después de una larga caminata (Juan 4:6).

Jesús sufrió físicamente y murió. En Hebreos 2:10 se nos dice que convenía que se “perfeccionara por medio del sufrimiento” (NVI). Fisiológicamente, era un ser humano, como lo somos nosotros, sujeto a la muerte. “Por tanto, ya que ellos son de carne y hueso, él también compartió esa naturaleza humana para anular, mediante la muerte, al que tiene el dominio de la muerte—es decir, al diablo” (v. 14, NVI). Fue hecho carne y sangre “para que . . . gustase la muerte por todos” (v. 9).

Jesús sufrió terriblemente cuando murió, como lo prueban los relatos de la crucifixión. Cuando su costado fue atravesado con una lanza, derramó agua y sangre. Su cuerpo era igual que el nuestro. No puede haber duda de que, así como nosotros sentimos el dolor físico, así lo sintió él cuando fue golpeado y azotado, cuando le incrustaron la corona de espinas en la cabeza y cuando los clavos le atravesaron las muñecas y los pies.

Jesús tuvo emociones humanas

Jesús también experimentó muchos de los mismos atributos emocionales e intelectuales que tenemos nosotros. Pensó, razonó y sintió toda la gama de emociones humanas. Sentía gran apego por la gente (Juan 11:5; 13:23; 19:26). Sentía ternura y compasión por los que tenían hambre o estaban afligidos física o espiritualmente (Mateo 9:36; 14:14; 15:32; 20:34).

Podía sentir angustia y preocupación, como les fue evidente a sus discípulos cuando pensaba en el sufrimiento y muerte que le esperaban (Lucas 12:50; Juan 12:27). Le afectó mucho saber que uno de sus discípulos lo traicionaría (Juan 13:21). Se entristeció mucho y lloró al ver cómo sufrían los familiares y amigos de Lázaro por la muerte de éste (Juan 11:33-35).

Poco antes de ser arrestado Jesús se entristeció y se angustió “en gran manera”, y no quería estar solo cuando luchaba con sus pensamientos y sentimientos (Mateo 26:37-40). Es obvio que poseía la misma capacidad humana de sentir dolor y angustia tan intensamente como en ocasiones lo hacemos nosotros.

También experimentó el gozo (Juan 15:11; 17:13). Podía enojarse y entristecerse por la actitud de algunas personas (Marcos 3:5) y contrariarse con sus propios discípulos (Marcos 10:14).

Las facultades intelectuales de Jesús

Pero los evangelios revelan claramente que Jesús tenía un conocimiento del pasado, presente y futuro de una manera que sobrepasaba lo que pudiera alcanzar cualquier hombre natural. No obstante, estas extraordinarias aptitudes no eran algo inherentes en él. Le eran dadas por el Padre. El propio Jesús dijo: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30); es decir, él solo no podía hacer nada sobrenatural. Más adelante analizaremos este concepto cuando hablemos acerca de las obras de Jesús.

¿Cómo se manifestaba ese conocimiento que Jesús tenía más allá de las capacidades normales humanas? La primera vez que vemos esto es cuando, a la edad de 12 años, manifestó un entendimiento muy superior al de su edad en su diálogo con los maestros en el templo (Lucas 2:46-47).

Conocía los pensamientos tanto de sus amigos (Lucas 9:47) como de sus enemigos (Mateo 9:4). Sabía que la mujer samaritana había tenido cinco maridos, y que no estaba casada con el hombre con quien vivía ahora (Juan 4:18).

Los familiares de Jesús

Cuando leemos cuidadosamente los evangelios podemos darnos cuenta de ciertos vínculos familiares que nos ayudan a entender mejor algunos sucesos.

Uno de los vínculos más importantes se encuentra en Lucas 1:36, donde vemos que el mismo ángel que le informó a María que concebiría un hijo, también le dijo: “Y he aquí *tu parienta* Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez”. Elisabet tuvo un hijo llamado Juan, quien sería conocido históricamente como Juan el Bautista (vv. 57-60, 80).

El parentesco exacto entre María y Elisabet no se menciona específicamente, pero al parecer eran primas, por lo que Jesús y Juan eran primos también. Ambos estaban muy conscientes de sus respectivos ministerios, y cuando Juan vio a Jesús que venía a él para ser bautizado, exclamó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Aunque a Juan le fue revelado divinamente que su primo Jesús era el Mesías profetizado (vv. 30-34), el hecho de que sin titubear él haya reconocido la verdad de esa revelación demuestra el hecho de que Jesús tuvo que haber vivido una vida justa y sin pecado.

Algunos de los apóstoles eran primos

Aunque muy pocos se han dado cuenta, parece ser que por lo menos dos de los apóstoles eran primos de Jesús. Podemos ver esto al comparar Mateo 27:56; Marcos 15:40 y

Juan 19:25, donde se mencionan las cuatro mujeres que presenciaron la crucifixión de Jesús. Esas mujeres eran:

- María Magdalena (mencionada por Mateo, Marcos y Juan).
- María la madre de Jesús (mencionada por Juan).
- Otra María, a quien Juan identifica como “María mujer de Cleofas”, y Mateo la llama “María la madre de Jacobo y de José”.

Este Jacobo, uno de los 12 apóstoles, mencionado como “Jacobo el menor” en Marcos 15:40, también es llamado “Jacobo hijo de Alfeo” (Mateo 10:3; Marcos 3:18; Lucas 6:15). Al parecer, “Cleofas” y “Alfeo” son variantes del nombre arameo “Chalphai”, que puede escribirse en griego como “Cleofas” y en latín como “Alfeo”.

Según Hegesipo, historiador del segundo siglo, Cleofas era hermano de José, esposo de María y padrastro de Jesús. Si es cierto, entonces este apóstol Jacobo era primo de Jesús.

• Salomé (mencionada por Marcos), es llamada también “la madre de los hijos de Zebedeo” en Mateo y “hermana de su madre [de Jesús]” en Juan. Al ser hermanas Salomé y María, sus hijos —Jesús, hijo de María, y los discípulos Jacobo y Juan, hijos de Salomé— eran primos hermanos.

Este parentesco nos aclara el pasaje en Mateo 20:20-22, donde “la madre de los hijos de Zebedeo” le pidió a Jesús que les

Aunque tanto él como sus discípulos se encontraban a varios kilómetros de distancia, supo que Lázaro había muerto a causa de su enfermedad (Juan 11:1, 11-14).

Sabía qué discípulo iba a traicionarlo mucho antes de que Judas hubiera decidido entregarlo a quienes querían matarlo (Juan 6:70-71). La noche que fue entregado le dijo a Pedro que lo negaría tres veces y que cantarían un gallo después de la tercera negación (Lucas 22:34).

diera a sus hijos, Jacobo y Juan, los dos puestos más importantes en su reino. Tal petición parece demasiado osada; pero después nos damos cuenta de que era la propia tía de Jesús la que estaba solicitándole tal privilegio para sus dos primos.

Seguramente por ser familiares de Jesús pensaron que su petición no sería considerada como algo atrevido. Esto también nos ayuda a entender la prudente pero firme respuesta de Jesús.

Esta relación familiar nos ayuda a entender también por qué Jacobo y Juan, junto con Pedro, aparentemente eran los tres discípulos más cercanos a Jesús y él les pedía que lo acompañaran en ciertas ocasiones y sucesos muy significativos (Mateo 17:1-9; 26:36-37; Marcos 5:37). Parece que Jesús tenía una estrecha relación con estos dos primos suyos, y resulta obvio que disfrutaba de su compañía. Es fácil imaginarse que bien pudieron haber crecido juntos, siendo amigos desde niños.

Los hermanos de Jesús

En los evangelios se nos muestra que Jesús tenía muchos medios hermanos, tanto hombres como mujeres, nacidos de José y María. En Mateo 13:55-56 leemos que algunos residentes de Nazaret, al escucharlo, se preguntaron: “¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros?”

Aquí se nombran cuatro hermanos (Jacob, José, Simeón y Judá en hebreo) además de

mencionar medias hermanas (plural). Por tanto, Jesús tuvo por lo menos seis medios hermanos, cuatro varones y dos mujeres.

Durante la vida de Jesús sus hermanos no creían que él fuera el Mesías y Salvador (Juan 7:5). Pero después de su resurrección, Jacobo se convirtió en uno de sus más importantes seguidores. En Hechos 1:14 leemos que Jacobo, tanto como sus otros hermanos y su madre María, estaban entre los primeros miembros de la iglesia, el mismo grupo que recibió el Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4).

Tiempo después, Jacobo se convirtió en el dirigente de la congregación en Jerusalén. Desempeñó un papel muy importante en el concilio que se menciona en Hechos 15 (vv. 13-21). Más adelante Pablo visitó a Jacobo en Jerusalén (Hechos 21:18). En Gálatas 2:9 Pablo se refiere a Jacobo como una de las “columnas” de la iglesia. Jacobo (o Santiago) también escribió la epístola que lleva su nombre (Santiago 1:1). Judas, otro de los hermanos mencionados antes (Mateo 13:55), escribió la corta epístola que lleva su nombre (Judas 1).

El hecho de que todos estos familiares, incluyendo sus medios hermanos que crecieron con él bajo el mismo techo, aceptaran a Jesús como el Mesías y su Salvador personal, es también una clara prueba de que vivió una vida ejemplar y sin pecado. Y el hecho de que se hayan convertido en creyentes después de su resurrección es una prueba contundente de la realidad de su resurrección de entre los muertos. □

Al mismo tiempo, no tenía conocimiento de todo. Había cosas que no sabía y por lo tanto preguntaba para enterarse. Al padre del muchacho que tenía un espíritu mudo, le preguntó: “¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?” (Marcos 9:21). Cuando Jesús dio las asombrosas profecías acerca del tiempo del fin y su retorno, dijo que no sabía el tiempo exacto en que regresaría. “Pero de aquel día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre” (Marcos 13:32).

Aquí Jesús depende del Padre para saber cuándo es el momento de su regreso. Esto nos ayuda a comprender que el Padre también le dio el entendimiento del corazón de los hombres, de los acontecimientos proféticos y de otras cosas que no le habían dicho.

Jesús dependía constantemente de la guía de Dios el Padre acerca de qué hacer, qué decir y cómo contestar, para tener discernimiento del corazón de los hombres y para cualquier otra cosa que el Padre quisiera que hiciera. Confiaba en la ayuda de Dios el Padre para obedecer, para tener poder sobre los demonios y para tener fuerza de resistir y vencer las tentaciones.

En ocasiones oraba por largos períodos (Lucas 5:16; Marcos 1:35). Antes de escoger a los 12 apóstoles oró toda la noche (Lucas 6:12-16). La noche antes de su crucifixión oró varias veces en el huerto de Getsemaní y el Padre le envió un ángel para que lo fortaleciera durante esa terrible experiencia (Lucas 22:41-44).

En Hebreos 5:7 se nos dice que “en los días de su vida mortal, Jesús ofreció oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su reverente sumisión” (NVI). Como ser humano, Jesús confiaba absolutamente en el Padre para tener la fortaleza que necesitaba para triunfar sobre las fuerzas que tan violentamente lo atacaban.

¿Pudo haber pecado Jesús?

Esto es motivo de otra pregunta con respecto a la humanidad de Jesús. ¿Era posible que Jesús pecara? En la Biblia claramente se nos dice que él *no* pecó. Pablo dijo que Cristo “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21). Juan, por su parte, dijo: “No hay pecado en él” (1 Juan 3:5). Ninguno de sus enemigos pudo acusar a Jesús de pecado (Juan 8:46).

Pero ¿pudo haber pecado? En Hebreos 4:15 se nos dice que “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. Si no era posible que Jesús pecara, ¿fue entonces genuina su tentación?

Es más apropiado decir que aunque Jesús *podía* haber pecado, seguramente *no lo hubiera hecho*. Tuvo luchas y tentaciones reales, pero siempre se resistió a ceder ante ellas.

Cuando fue tentado por el diablo por 40 días y 40 noches (Lucas 4:1-2), ¿fue esta una verdadera tentación o simplemente un ejercicio sin sentido? Difícilmente podríamos decir que sus “ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte” no fueron el resultado de soportar una inmensa tentación.

Una de estas ocasiones se presentó cuando, unas horas antes de ser arrestado, “estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44). Luego, Jesús apremió a sus discípulos: “Levantaos, y orad para que no entréis en tentación” (v. 46).

A fin de que Jesús pudiera entender completamente cómo las personas tienen que luchar con el pecado, “era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso al servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo. Por haber sufrido él mismo la tentación, puede socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:17-18, NVI).

¿Cómo podría ser nuestro ejemplo si no hubiera sido humano y, por tanto, no hubiera sido tentado exactamente como lo somos nosotros? Es por eso que *tenía* que ser tentado en todas las formas en que somos tentados nosotros. Pero él hizo aún más. Si una persona cede a determinada tentación, no ha experimentado todo el poder de ésta, sino que se ha dado por vencido cuando pudo haber resistido más. Sólo el que prevalece exitosamente contra una tentación y sigue sin pecar conoce *toda* la fuerza de esa tentación.

¿Era Jesús realmente Dios?

Ya hemos explicado que Jesús era Dios, como claramente se estipula en la Biblia (Juan 1:1). ¿Cuál era entonces la diferencia entre la forma en que era Dios antes de su nacimiento y cuando era un ser humano?

En Filipenses 2 Pablo se refirió precisamente a este asunto. Nos dice lo que dejó atrás y lo que tomó para sí cuando “siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a que aferrarse”, sino que más bien “se bajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos” (Filipenses 2:6-7, NVI).

En el versículo 8 leemos que, “al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!” Fue ejecutado como un criminal.

Al tomar la forma de un ser humano, Jesús renunció al libre ejercicio de los atributos inherentes que tenía cuando estaba con el Padre. Esto no quiere decir que los *perdió*, sino que, para ser verdaderamente humano, era necesario que voluntariamente renunciara a la facultad propia de ejercerlos. Y habiendo renunciado a esos atributos, ya no los poseía en forma inherente mientras fuera hombre. Ciertamente, como ya hemos citado antes, Jesús dijo que por su

¿Tenía Jesús el cabello largo?

La mayoría de las personas suponen que Jesús tenía cabello largo. Al fin y al cabo, esa es la forma en que siempre ha sido representado en pinturas, ilustraciones y películas. Pero ¿son correctas tales representaciones?

El hecho es que no sabemos cómo era Jesús, ya que transcurrieron varios siglos antes de que se hicieran los primeros dibujos o ilustraciones acerca de él. Por lo tanto, toda imagen que hayamos visto de él no es más que producto de la imaginación del artista.

Lo que sí sabemos es que su apariencia era *diferente* de como ha sido representado tradicionalmente, con pelo largo. Al fin y al cabo, el mismo Jesús inspiró al apóstol Pablo lo que leemos en 1 Corintios 11:14: “¿No les enseña el mismo orden natural de las cosas que *es una vergüenza para el hombre dejarse crecer el cabello?*” (NVI).

En la Biblia también encontramos pruebas indirectas de que Jesús no tenía el cabello largo. Quizá la más elocuente es que cuando Judas lo traicionó tuvo que darle un beso para que fuera identificado. Esa era la señal que Judas les había dicho a los alguaciles que les daría, para que supieran quién era Jesús. ¿Por qué tenía que hacer eso Judas? Porque la apariencia de Jesús era igual a la de cualquier hombre de su tiempo, y ellos no habrían podido identificarlo si Judas no le hubiera dado el beso traidor.

Este incidente nos muestra que Jesús tenía la misma apariencia de cualquier judío común y corriente de la época; no tenía una fisonomía sobresaliente o notoria. En la profecía mesiánica de Isaías 53:2 leemos: “No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada en su apariencia lo hacía deseable” (NVI).

En los evangelios se nos dice que por lo menos en dos ocasiones en que algunos

querían matarlo, Jesús pudo escabullirse entre la gente (Lucas 4:30; Juan 8:59). Pudo escaparse sencillamente porque se veía igual a los demás y podía pasar inadvertido entre la gente a su alrededor.

En un artículo de la Prensa Asociada, del 2004, leemos: “Jesús no tenía el cabello largo”, dijo el antropólogo físico Joe Zias, quien ha estudiado cientos de esqueletos encontrados en excavaciones arqueológicas en Jerusalén. ‘Los varones judíos en la antigüedad no tenían cabello largo’. Los textos judíos ridiculizaban el cabello largo como algo romano o griego”. Y sin embargo, tal como lo demuestran muchas estatuas y monedas de aquella época, ni siquiera entre los romanos y los griegos era común el cabello largo.

“Junto con extensos escritos de ese período, los expertos también señalan un friso en el arco de Tito en Roma, construido después de la captura de Jerusalén en el año 70 d.C. para conmemorar la victoria, en el cual se ve que los judíos llevados cautivos tenían el cabello corto” (*ibidem*).

Jesús no era un hombre delicado ni afeinado, con cierto aspecto angelical, como generalmente se representa en ilustraciones o imágenes. Era carpintero, un hombre que conocía el oficio de la construcción. Sabía cómo talar árboles y hacer vigas de madera, transportar piedras para construir muros, edificar casas de piedra y madera.

En los evangelios es muy claro que pasaba mucho tiempo al aire libre. Se relacionaba con pescadores, la clase de personas que nunca respetarían o seguirían a una persona débil o de constitución frágil. Pero Jesús tuvo 12 discípulos que lo seguían dondequiera que iba y que en su momento murieron por él. Lo conocían como un verdadero hombre, no como la invención que vemos en tantos cuadros y pinturas. □

propia cuenta no podía hacer nada sobrenatural: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30). Podía ejecutar los atributos de la divinidad sólo por su sometimiento a la voluntad del Padre.

Jesús realizó muchos milagros, pero claramente les dijo a sus discípulos: “Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10). Una y otra vez Jesús insistió en que las obras que hacía eran del Padre, no de él, y señaló tales obras como prueba de que el Padre lo había enviado (Juan 10:32, 37-38).

Aunque en el pasado Jesús había tenido la autoridad de hablar como el YHVH del Antiguo Testamento, ahora hablaba y obraba bajo la autoridad de Dios y dependiendo completamente de él. “De cierto, de cierto os digo, no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19).

Aquel que existía con el Padre desde antes del principio del universo, siendo ahora un ser humano, explicó esta relación: “Nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (Juan 8:28).

La salvación de Jesús

Jesús puso todo su futuro directamente en las manos del Padre. Ahora, el que existía por sí mismo ya no tendría vida a menos que fuera por medio del Padre (Juan 6:57). Si habría de tener nuevamente vida eterna, tendría que obtenerla como un ser humano, en la misma forma que usted y yo podemos tener la salvación: por medio del sometimiento al Padre y la resurrección de entre los muertos.

En Hebreos 5:9 se nos dice que Jesús “vino a ser autor de eterna salvación” al pasar por el proceso de la salvación como un ser humano, con una excepción. Jesús no tuvo que arrepentirse del pecado, pero tenía que mantenerse sin pecado. “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (v. 8).

Siempre fue obediente. Pero su obediencia y su carácter fueron probados y fortalecidos por medio de sufrimientos y pruebas. “Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (v. 9). Ya era perfecto antes de nacer como humano. Ahora fue perfeccionado como ser humano. “Fue declarado Hijo de Dios . . . por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). Sin embargo, ya era el Hijo de Dios en virtud de quién era (v. 3).

Resulta obvio que Jesús “*debía ser en todo semejante a sus hermanos*” (Hebreos 2:17).

Cuando tenemos en cuenta la situación en que Jesús voluntariamente se colocó, nos resulta difícil comprender la magnitud del sacrificio a que se sometió. Su existencia misma estaba en juego. Si Jesús hubiera pecado, ¿quién entonces se habría sacrificado por él? Con una sola vez que hubiera pecado, habría incurrido

en la pena de muerte, la muerte eterna. Así lo habría requerido la propia ley que él mismo, como Dios, dio en el monte Sinaí.

¿Podía morir Dios?

Cuando se toca el tema, hay gente a la que no le gusta pensar en la posibilidad de que Dios podía morir. ¿Cómo podía dejar de existir Dios? Como un ser espiritual, infinito e inmortal, no podía dejar de existir. Pero si de su propia voluntad se hacía humano con todas las características de la naturaleza humana y la existencia física, entonces *sí* podía morir. Y ciertamente *murió*, y cuando murió, estuvo *realmente muerto*. Si no hubiera muerto en realidad, en la misma forma que cualquiera de nosotros moriría si alguien nos matara, entonces no podía haber sido verdaderamente un auténtico sustituto, dando su vida por la nuestra.

Habría sido sólo una fantasía, algo ilusorio. Jesús no sólo murió, sino que también pudo haber sufrido la muerte de la cual no hay resurrección, la muerte de un pecador sin redención.

La salvación de Jesús fue por medio del Padre en quien tenía absoluta confianza. Esa relación sólo podría describirse como una de completa, absoluta e ilimitada confianza y seguridad en su Padre (Juan 8:29). Jesús sometió su voluntad al Padre (Juan 6:38). No pidió ninguna glorificación como humano (Juan 17:5). Fue obediente hasta la muerte (Filipenses 2:8).

La salvación de Jesús tenía el mismo fundamento que la nuestra. Así que contamos con un precursor, un ejemplo, un autor de la salvación, un defensor de la salvación. Todo su futuro estaba en juego durante sus pocos años en la tierra (Filipenses 2:8-11).

¿Hubo alguna vez duda acerca del resultado? No la hubo; no porque Jesús no pudiera fallar, sino porque él y el Padre sabían lo que cada uno podía hacer y lo que haría. La fortaleza de Dios es la más grande que existe, y la fe de Jesús era absoluta. Es la misma fe por medio de la cual nosotros somos salvos (Gálatas 2:20).

La misión del Mesías fue malentendida

“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

Jesús hizo muchos milagros y prodigios. Sanó enfermos, resucitó muertos, calmó tempestades, alimentó a multitudes y demostró completo señorío sobre el mundo espiritual; no obstante, no fue aceptado como el Mesías de Israel.

Uno podría pensar que con tales credenciales debía haber sido proclamado automáticamente como el Mesías. Pero lo que se nos dice es que, “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). Después de los tres años y medio que duró su ministerio, sólo había 120 seguidores para el milagroso comienzo de su iglesia (Hechos 1:15).

En una de las profecías acerca del Mesías se escribió que sería “despreciado y desechado entre los hombres” (Isaías 53:3). Las grandes obras que Jesús llevó a cabo y que lo hicieron tan conocido entre el pueblo no fueron suficientes para vencer la crítica y rechazo de los dirigentes religiosos; tampoco lo fueron para consolidar la lealtad de los indecisos corazones de la gente común y corriente.

Su misión y sus enseñanzas estaban en contraposición a los propósitos de quienes ocupaban altos puestos en la nación, y la mayoría de los que lo vieron y escucharon malentendieron esa misión.

¿Qué era lo que esperaban los judíos?

Los judíos conocían muchas de las profecías acerca del Mesías: el escogido o “ungido”, que es el significado de la palabra en hebreo. Creían firmemente que el Mesías sería un poderoso y triunfante rey terrenal que los liberaría de la opresión romana y establecería nuevamente un reino judío grandioso e independiente. Los magos que vinieron del oriente buscando al recién nacido Jesús preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido?” (Mateo 2:1-2).

El rey Herodes, quien gobernaba Judea bajo el dominio de Roma, entendió claramente que el Mesías que los judíos esperaban iba a ser otro rey y por consiguiente vendría a ser su rival. Así que entonces llamó a los principales sacerdotes y a los escribas para preguntarles “dónde había de nacer el Cristo”, a fin de poder eliminar esa amenaza para su gobierno (Mateo 2:3-16).

En el idioma griego en el cual fue escrito el Nuevo Testamento, *Christos* (*Cristo* en español) tiene el mismo significado del vocablo hebreo *Mashiach* (*Mesías* en español), “el ungido”, que significa alguien que Dios escogió especialmente (ver el recuadro de la página 64: “¿Qué significan los términos *Mesías* y *Jesucristo*?”) Tanto Herodes como los dirigentes judíos pensaban que el título “Cristo” era un sinónimo de “rey de los judíos”, conforme a la expectativa general de esa época (comparar Mateo 2:2 y 4).

La expectativa de que Cristo sería un rey concordaba con su entendimiento de que también sería descendiente de David, el más conocido de todos los reyes de Israel y el punto de referencia para los otros reyes. Esto se demuestra en la ocasión en que Jesús les preguntó a los fariseos: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es Hijo?” La respuesta de ellos fue: “De David” (Mateo 22:42).

Dos ciegos lo llamaron “Hijo de David” (Mateo 9:27). Así lo llamaron también la mujer cananea (Mateo 15:22) y los dos ciegos de Jericó (Mateo 20:30). Cuando Jesús sanó a un hombre endemoniado que estaba ciego y mudo, “toda la gente se quedó asombrada y decía: ¿Será éste aquel Hijo de David?” (Mateo 12:22-23). A su entrada en Jerusalén fue recibido con exclamaciones de “¡Hosanna al Hijo de David!” (Mateo 21:9).

El número y la magnitud de los milagros que hizo Jesús —milagros nunca

¿Qué significan los términos *Mesías* y *Jesucristo*?

El vocablo *Cristo* en español proviene de la voz griega *christos* en el Nuevo Testamento, la cual quiere decir “ungido”. El término correspondiente en el hebreo del Antiguo Testamento es *mashiach*, que en muchas versiones de la Biblia aparece como *Mesías* en Juan 1:41 y 4:25. Tanto *Cristo* como *Mesías* significan “ungido” o “el ungido”.

¿Cuál era la implicación de la unción? En cierta fuente de consulta se dice: “En la Biblia hebrea el término se usa en la mayoría de los casos en relación con *reyes*, que cuando recibían la investidura eran ungidos con aceite (Jueces 9:8-15; 2 Samuel 5:3; 1 Reyes 1:39; Salmos 89:20 . . .), y a quienes se daba el título de ‘el ungido del Señor’ (p. ej. 1 Samuel 2:10; 12:3; 2 Samuel 23:1; Salmos 2:2; 20:6; 132:17; Lamentaciones

4:20)” (*The Oxford Companion to the Bible* [“Complemento Oxford de la Biblia”], 1993, “Mesías”, p. 513).

Según esta fuente de información, “el ungimiento era practicado ampliamente en el antiguo Cercano Oriente; las tablillas de Amarna [placas de arcilla encontradas en Egipto] indican que el ungimiento era un rito de la realeza en Siria-Palestina en el decimo-cuarto siglo a.C., y . . . [un relato del tiempo de los Jueces] lo da por sentado (Jueces 9:8, 15)” (p. 30).

Pero, como esta y otras fuentes de consulta lo indican, en las Escrituras no sólo los *reyes* eran ungidos. Los *sumos sacerdotes* de Israel también eran ungidos (Éxodo 29:7; Levítico 4:3, 5, 16), así como algunos *profetas* (1 Reyes 19:16).

igualados en la historia de Israel, ni siquiera por los grandes profetas— llevaron a la gente a la conclusión de que él tenía que ser el Mesías profetizado. “Y muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo [Mesías], cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (Juan 7:31).

¿Era el momento para restaurar el reino?

Los judíos deseaban que apareciera el “Hijo de David”, a quien esperaban como el que habría de restaurar el reino de Israel bajo la dinastía de David.

En cierta ocasión, cuando Jesús milagrosamente alimentó a una multitud de 5000 personas, ellas estaban convencidas de que él era “el profeta que había de venir al mundo” (Juan 6:14). Esa era una alusión a la profecía de Moisés cuando dijo: “El SEÑOR tu Dios levantará de entre tus hermanos un profeta como yo” (Deuteronomio 18:15-19, NVI). Los discípulos de Jesús también lo identificaron como ese mismo profeta: “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret” (Juan 1:45).

¿Qué mejor rey se podría tener que uno que milagrosamente los alimentara? Este milagro provocó una reacción unánime de hacerlo rey allí mismo. “Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a

Según la aplicación bíblica, el ungimiento es un acto de *consagración* en el que alguien es apartado para el servicio de Dios. Simbolizaba el derramamiento del Espíritu de Dios sobre alguien (comparar Isaías 61:1; Romanos 5:5). Representaba el poder y la intervención de Dios, en los casos citados, para que la persona pudiera cumplir con las responsabilidades de la función para la cual había sido ungido. Jesús mismo fue ungido “con el Espíritu Santo y con poder” (Hechos 10:38).

Los judíos del tiempo de Jesús ansiosamente esperaban a un personaje profetizado, que en varios pasajes era mencionado como el Mesías o el Ungido, un gran rey del linaje de David quien, por el poder de Dios, restauraría a Israel y gobernaría el mundo. Jesús de Nazaret era ese Ungido, y en el futuro cumplirá cabalmente estas profecías

¿Qué podemos decir del nombre “Jesús”? ¿Cómo recibió este nombre y qué significa?

En Mateo 1 leemos que María había con-

cebido durante su compromiso con José, y éste estaba tratando de decidir cómo hacer frente a la difícil situación.

“Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre *Jesús*, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:20-21).

El nombre griego “Jesús” proviene del nombre hebreo *Yehoshua* o *Yeshúa*, que en español es “Josué”. Literalmente, este nombre significa “Dios es salvación”. Por tanto, el mensaje del ángel a José fue: “Llamarás su nombre *Dios es salvación*, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Ese nombre nos habla del propósito de Jesús en el plan de Dios: que es por medio de él que Dios lleva a cabo su plan para salvar a la humanidad de la muerte, al darnos la vida eterna en su familia. □

retirarse al monte él solo” (Juan 6:14-15). Se les desapareció. La misión de Jesús entonces no era la de ser rey humano sobre un poderoso Israel.

Aun después de su muerte y resurrección, sus discípulos todavía pensaban que restauraría el reino davídico de Israel en esos días, y le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6). Aún no podían entender todos los aspectos del enigma profético que él les estaba revelando.

Cómo entender las profecías mesiánicas

Estos malentendidos se debían en parte a que no se entendía cuál era la época indicada en las propias Escrituras. Un examen minucioso muestra que Jesús habló y obró de una manera tal que revelaba la verdadera misión de su primera venida, la cual estaba explicada en la profecía bíblica, aunque ellos no la entendían correctamente.

Era cierto que estaba profetizado que el Mesías habría de venir a su pueblo. Ya hemos mostrado cómo muchas de esas profecías se cumplieron cuando vino a la tierra en la carne. Fue un siervo, sufrió durante su vida y voluntariamente la entregó como un sacrificio. Pero hubo muchas profecías que *no* fueron cumplidas, al menos *no en ese tiempo*.

Tenemos las grandes profecías de Isaías, por ejemplo, que nos dicen que “en los últimos días, el monte de la casa del SEÑOR será establecido como el más alto de los montes; se alzará por encima de las colinas, y hacia él confluirán todas las naciones” (Isaías 2:2, NVI).

En la profecía bíblica, los montes y colinas representan gobiernos o naciones. Esta profecía predice el tiempo en que el reino del Mesías será establecido y gobernará sobre todos los gobiernos y naciones del mundo. El entendimiento profético de este reino divino era el meollo de la predicación de Jesucristo, lo mismo que el papel final del Mesías.

Cuando Jesús anunció que el gobierno de Dios se había acercado (Marcos 1:15), simplemente estaba hablando del futuro Reino de Dios que vendrá a la tierra, y que él era el camino por el cual se llega a ese reino. Cuando en los evangelios leemos que “creyeron en él”, lo que quiere decir muchas veces es que creyeron que era el Mesías quien establecería el reino de Israel *¡en ese tiempo!*

¿Por qué Jesús no fue más claro?

Durante todo su ministerio, Jesús corrigió los malentendidos de la gente acerca del esperado Mesías, haciéndoles ver el verdadero significado de las Escrituras en que confiaban pero malentendían.

Los judíos de ese tiempo habían interpretado tan mal las profecías del Antiguo Testamento, que ¡no pudieron reconocer al Mesías mismo que estaban esperando que apareciera en cualquier momento!

Resulta interesante el hecho de que Jesús no andaba diciendo que era el Cristo. A los demonios que echaba fuera de quienes estaban poseídos les prohibía que revelaran que él era el Cristo (Lucas 4:41). Y cuando les preguntó a sus discípulos directamente: “¿Quién decís que soy yo?”, y Pedro le contestó que era el Mesías, Jesús les ordenó estrictamente que a nadie dijeran que era el Cristo (Mateo 16:15-16, 20).

Cuando, estando preso, Juan el Bautista envió unos discípulos suyos a preguntarle: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?”, le mandó decir que meditara acerca de las pruebas mesiánicas que estaba dando: sus enseñanzas y sus obras (Mateo 11:2-6).

Pero hubo unas cuantas ocasiones en que claramente expresó su identidad mesiánica. Por ejemplo, le reveló quién era él a la mujer samaritana. En Juan 4:25-26 leemos que, cuando la mujer samaritana le dijo: “Sé que ha de venir el Mesías”, Jesús le respondió: “Yo soy, el que habla contigo”. Incluso al principio de su ministerio, Jesús aceptó la declaración de sus primeros discípulos cuando reconocieron que era el Mesías (Juan 1:41-50).

A veces, en lo privado, Jesús aceptaba los títulos de “Mesías” e “Hijo de Dios”, pero públicamente los evitaba. Lo que él hubiera querido que se entendiera con estos títulos era muy diferente de cómo lo hubieran tomado los judíos. Jesús no podía negar quién era ni lo que pensaba hacer, pero era muy cuidadoso al explicar la naturaleza del futuro reino y eliminar los malos entendidos acerca de su misión.

Jesús entendía lo que la gente buscaba en un Mesías. Probablemente esa era en parte la razón por la que en general no empleaba el título para sí y desanimaba a otros de hacerlo. Para cumplir con el propósito de su primera venida, no quería provocar una sublevación de los judíos ansiosos por establecer su propio reino independiente en contra del detestado gobierno romano en ese tiempo.

Además, si Jesús se hubiera proclamado como el Mesías, habría provocado de inmediato un enfrentamiento entre él y los dirigentes judíos y romanos, lo que habría adelantado el momento de su ejecución. Pero cuando llegó el tiempo apropiado, Jesús les confirmó tanto a los dirigentes judíos como a los romanos quién era.

Jesús el Rey

En el juicio que le hicieron a Jesús, el sumo sacerdote le preguntó: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” Y Jesús le contestó: “Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Marcos 14:61-62). De inmediato, el sumo sacerdote lo acusó de blasfemia y decidieron que debía morir (v. 64).

Sí, en efecto, Jesús era el Mesías, enviado por Dios y nacido para ser rey. Este es un hecho que dejó muy claro cuando estuvo frente a Pilato. No obstante, él había predicado acerca del Reino de Dios, no del reino de Israel.

Los judíos acusaron a Jesús ante Pilato de que afirmaba ser “el Cristo, un rey”, y que representaba una amenaza directa para la autoridad romana (Lucas 23:2).

Preocupado por la situación, Pilato le preguntó a Jesús qué decía al respecto. Jesús le contestó diciendo: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí” (Juan 18:36). Pilato insistió preguntándole si de veras era rey. Entonces Jesús le dijo: “Tú dices que yo soy rey. Yo para eso he nacido, y para eso he venido al mundo” (v. 37).

Sin embargo, Pilato no sentía que Jesús fuera una amenaza para el gobierno del César. Pero al final los judíos lo convencieron de ordenar su ejecución por haber dicho que era rey (Juan 19:12). Pilato incluso hizo colocar un título sobre la cruz en que crucificaron a Jesús, que decía: “JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS” (vv. 19-22).

Después de ordenar que Jesús fuera azotado, Pilato mandó que lo trajeran para mostrarlo frente a la multitud y les dijo: “¡He aquí vuestro Rey!” Quizá pensaba que el verlo en tan lastimoso estado los dejaría satisfechos. “Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale!” Pilato entonces les preguntó: “¿A vuestro Rey he de crucificar?” Los principales sacerdotes le contestaron: “No tenemos más rey que César” (vv. 14-15). No reconocieron a su propio Rey.

El reino futuro

Jesús claramente le dijo a Pilato que su reino no sería entonces ni en ese lugar. No sería uno de los reinos de este mundo actual, de esta época actual del hombre. *Pero viene una época en la que su reino será establecido aquí en la tierra, para gobernar a todas las naciones.*

Ciertamente, durante su ministerio terrenal de tres años y medio Jesús cumplió muchas profecías acerca de su papel como el Mesías. Pero el cumplimiento de muchas más —las relacionadas con el establecimiento del Reino de Dios sobre el mundo entero— *aún está pendiente.*

Cuando Jesús hablaba acerca del Reino de Dios, la gente no entendía completamente. La mayoría de los judíos del primer siglo no discernían entre las profecías de la primera venida del Mesías y las profecías de la segunda.

Para la gente de ese tiempo, las profecías del Mesías y del reino mesiánico eran como mirar a las estrellas. Todas parecen estar como en una bóveda sobre nosotros, todas a aproximadamente la misma distancia. Pero la realidad es que hay grandes distancias entre ellas. A simple vista, no podemos decir cuáles están más cercanas y cuáles están más alejadas. Así es cómo les habrán parecido las profecías mesiánicas a los judíos. La mayoría esperaba que todas las profecías se cumplieran en una sola venida del Mesías.

Su segunda venida

Aunque la gran mayoría de las personas no vieron la primera venida del Mesías, *nadie* dejará de ver la segunda. Jesús dijo que todos los pueblos del mundo “verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30).

Pero cuando venga por segunda vez, ¿será reconocido entonces? ¿Cuál será la expectativa de la gente? ¿Pensarán los judíos que vendrá sólo a ellos? ¿Pensarán los cristianos que serán arrebatados de la tierra? ¿Pensará el mundo que se trata de un invasor extraterrestre?

En una visión, Jesús le reveló al apóstol Juan algo que podemos leer en el libro del Apocalipsis. Allí vemos que Jesús amplía las profecías que dio durante su ministerio terrenal. Resulta muy interesante notar que *el mundo no lo reconocerá en su segunda venida*, tal como sucedió en la primera. En su segunda venida Jesús no vendrá *pregonando* el Reino de Dios, sino que *¡vendrá como el Gobernante a establecerlo!*

No nos equivoquemos, Jesús será rechazado nuevamente por las naciones. En Apocalipsis 6:16-17 y 11:17-18 leemos que se refirió al tiempo de su retorno como “el gran día de su ira”, cuando las naciones estarán enfurecidas por la intervención de Dios. Los dirigentes de todo el mundo se van a “reunir . . . para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:14, NVI).

En su segunda venida Jesús es descrito como el que “juzga y pelea” (Apocalipsis 19:11). Traerá una espada para “herir con ella a las naciones”, y pisará “el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso” (v. 15).

Esos pasajes nos muestran claramente que cuando Cristo regrese el mundo no lo recibirá con los brazos abiertos. Este es el otro aspecto de Jesús que no se enseña mucho en la actualidad. Cuando él venga, el mundo lo recibirá hostilmente, así como lo recibió la primera vez.

Esto nos lleva a preguntar: ¿Conocemos realmente al verdadero Jesús? ¿Sabemos realmente lo que está haciendo? ¿Estamos preparándonos realmente para que nos acepte y recompense cuando establezca su reino? Y ¿de qué se trata ese reino? Examinaremos estas preguntas cruciales en el próximo capítulo.

¿Cuál fue el evangelio de Jesús?

“Es necesario que . . . anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado” (Lucas 4:43).

Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

Jesús dio comienzo a su ministerio con estas palabras, anunciando el Reino de Dios. El tiempo “cumplido” que él tenía en mente era probablemente una referencia a la profecía en Daniel 9:24-25, donde se dice que el Mesías habría de venir 483 años a partir del mandato de construir Jerusalén. Los 483 años mencionados en esa profecía se cumplieron el año 27 d.C. (ver el recuadro de la página 16: “Fue profetizado el año exacto en que aparecería el Mesías”). El año 27 es significativo porque fue el año en que Jesús empezó su ministerio. Lo comenzó en Galilea proclamando el mensaje del Reino de Dios.

Como vimos en el capítulo anterior, la gente y hasta los mismos discípulos de Jesús tenían muchos conceptos equivocados acerca del Mesías y su misión. Hoy en día, muchas personas aún lo malentienden, aunque de una manera completamente diferente. No se dan cuenta de que el futuro reino mundial profetizado en tantos pasajes del Antiguo Testamento era el meollo de las enseñanzas y predicación de Jesús.

Un gobierno literal en la tierra

La mayoría de las personas no se dan cuenta de que el Reino de Dios será un reino literal, un gobierno tanto divino como soberano sobre la gente literal de este planeta. No se trata de un régimen simbólico o espiritual, un sentimiento que exista sólo en los corazones de la gente. Como veremos, será mucho más que eso. Y Jesús simplemente continuó las profecías acerca de su reino que habían empezado a ser reveladas en el Antiguo Testamento.

Daniel 2 es una profecía descriptiva de este reino venidero. Aquí se nos habla de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tuvo un sueño en el que vio una imagen que representaba los cuatro principales reinos o imperios que dominarían el Cer-

cano Oriente. El primero era el reino de Babilonia, y luego tres reinos sucesivos que gobernarían hasta que el Reino de Dios fuera “levantado”. El Reino de Dios pondrá fin a todos los gobiernos anteriores.

Leamos en el versículo 44 la descripción de este gobierno final, el Reino de Dios: “En los días de estos [últimos] reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; *desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre*”.

La imagen que vio Nabucodonosor representaba los reinos sucesivos que existirían desde el tiempo de Daniel hasta el tiempo en que sea establecido el Reino de Dios, el cual destruirá todo gobierno humano. El Reino de Dios “no será jamás destruido” y “permanecerá para siempre”.

Así como esos reinos o gobiernos han sido literales, han tenido sus propios gobernantes, leyes, súbditos y territorios, así también será el Reino de Dios. Su Rey será Jesucristo (Apocalipsis 11:15). Su gobierno y leyes serán los de Dios (Isaías 2:4). Sus súbditos y territorio serán todas las naciones del mundo (Daniel 7:14). ¡El Reino de Dios regirá sobre toda la tierra!

Veamos ahora varias de las profecías más conocidas que describen el mismo reino del que habló Jesús.

En la famosa profecía de Isaías 9:6-7 se habla de su gobierno: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y *el principado sobre su hombro*; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. *Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite*, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y *para siempre*. El celo del Eterno de los ejércitos hará esto”. ¡Este es el gobierno mundial del que Jesús habló y que aún está por venir!

La profecía en Isaías 2 (citada en parte en el capítulo anterior) se cumplirá cuando Jesús regrese. Notemos los versículos 3 y 4:

“Vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra”.

El Reino de Dios pondrá fin a la guerra

Al hablar tantas veces del Reino de Dios, Jesús sólo estaba continuando con el mensaje de los profetas del Antiguo Testamento. Continua y claramente Jesús se refería a su retorno a la tierra para establecer el reino que todos esos profetas habían predicho. En su profecía más extensa —que dio como respuesta cuando sus discípulos le preguntaron cuándo serían esas cosas y qué señal habría de su

venida (Mateo 24:3)— habló del fin de todo gobierno humano y la llegada de su reinado divino a la tierra.

La respuesta específica a la pregunta de los discípulos la vemos en el versículo 30: “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”.

En este solo capítulo, Jesús habla ocho veces de su llegada a la tierra, completamente diferente de como vino la primera vez. La primera vez proclamó las buenas noticias del Reino de Dios. En la segunda vendrá *como el Rey omnipotente a establecer su reino sobre toda la tierra*.

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre,

heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:31-34).

¿De qué reino está hablando? Es obvio que del Reino de Dios, del cual constantemente enseñó. Su reino estaba planeado y preparado “desde la fundación del mundo”. Jesús, el “Hijo del Hombre”, será el Rey de ese reino. Eso es lo que Jesús vino a anunciar; ¡ese era el meollo de su mensaje!

La parábola de los talentos

Debido a los malentendidos sobre el reino, Jesús dijo una parábola en la cual dejaba claro que el suyo sería un reino literal que gobernaría tanto en el ámbito físico como en el espiritual.

“Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente” (Lucas 19:11). La gente esperaba que el Reino de Dios fuera establecido teniendo a Jerusalén como la sede de gobierno sobre las naciones,

La salvación es la entrada en el Reino de Dios

La opinión generalizada acerca de la misión de Jesús en la tierra es más o menos que “vino a morir para que nosotros pudiéramos obtener la salvación”. Pero esto no abarca todo el propósito de Cristo.

Raramente se define la salvación de la manera que Jesús la definió. Él habló del concepto de salvación y vida eterna en directa relación con la *entrada en el Reino de Dios*.

Jesús dijo: “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no *entraréis* en el reino de los cielos” (Mateo 18:3).

Notemos la enseñanza de Jesús en el capítulo 19 del Evangelio de Mateo, cuando un joven rico le preguntó: “¿Qué bien haré para tener la *vida eterna*?” (v. 16). Jesús le contestó: “Si quieres *entrar en la vida*, guarda los mandamientos” (v. 17). Luego continuó diciendo a sus discípulos que “difícilmente *entrará* un rico en el reino de los cielos” (v. 23) y “que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que *entrar* un rico en el reino de Dios” (v. 24).

Al escuchar esos comentarios, sus discípulos “se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser *salvo*?” (v. 25).

Jesús claramente enseñó, y sus discípulos lo entendieron así, que la vida eterna, ser salvo y entrar en el Reino de Dios, ¡tienen el mismo significado!

En el mismo pasaje (vv. 27-29), cuando Pedro hizo hincapié en que ellos habían dejado todo por seguir a Jesús y le preguntó cuál sería su recompensa, Jesús le contestó: “Cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel . . . y [*heredaréis*] la *vida eterna*”.

Con respecto a la enseñanza de Jesús acerca de entrar en el Reino de Dios, el apóstol Pablo explicó: “Pero esto digo, hermanos: que *la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios* . . . He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero *todos seremos*

transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y *los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados*” (1 Corintios 15:50-52).

“La final trompeta” se tocará cuando Jesucristo venga a gobernar en su reino. En Apocalipsis 11:15 podemos ver que Jesús mismo inspiró esta profecía: “*El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos*”.

¿Qué tan importante es creer en el evangelio del Reino de Dios? Jesús dijo que ¡tenemos que creer en el evangelio del Reino de Dios si queremos ser salvos! (Marcos 1:15).

La salvación que Jesús predicó debe ser entendida dentro del contexto de entrar en el Reino de Dios. Esto nos dice claramente lo que es la salvación o la vida eterna, y que eso incluye una responsabilidad de liderazgo de servicio en el Reino de Dios, el cual reemplazará a todos los gobiernos humanos y regirá al mundo entero (Mateo 20:25-28; Apocalipsis 20:4, 6).

Toda enseñanza y objetivo de Jesús tenía que ver con el futuro establecimiento del Reino de Dios.

Jesús empezó su ministerio con esta simple exhortación: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4:17). Estaba ofreciéndoles a sus seguidores un lugar en ese reino.

Pedro, Andrés, Jacobo, Juan y el resto de los primeros discípulos de Jesús decidieron dejar todo atrás ante la oportunidad fantástica de entrar en el Reino de Dios. Sabían que el Reino de Dios era un reino literal, sólo que no sabían *cuándo* sería establecido. Pero comprendieron que para entrar en él tenían que tomar la decisión más importante de toda su vida.

Todavía se predica el mismo mensaje, y la misma oportunidad prevalece aún para quienes logren comprender lo que Jesús declaró.

Para conocer al verdadero Jesús, uno tiene que entender claramente el Reino de Dios. Para estar con él, uno tiene que creer el mensaje que predicó. (Si desea entender más acerca de ese reino, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*.) □

Otros nombres para el Reino de Dios

Aunque la expresión “reino de Dios” es la que aparece más frecuentemente en las Escrituras, éste también se designa con otros nombres.

Tres de los evangelistas: Marcos, Lucas y Juan, emplearon el nombre “reino de Dios”. Mateo es el único que utiliza la expresión “reino de los cielos”, con 32 referencias en su relato sobre la vida de Jesucristo. Sin embargo, él empleó indistintamente los términos “reino de Dios” y “reino de los cielos”. En Mateo 19:23-24 aparecen ambos nombres en forma consecutiva, lo que indica claramente que eran sinónimos. A veces Mateo simplemente lo llama “el reino”.

¿Por qué Mateo lo llamó el “reino de los cielos”? Porque se estaba dirigiendo principalmente a un público judío. Según la *Jewish Encyclopedia* [“Enciclopedia judía”], la expresión en hebreo *Malkut Shamayim*, que significa “reino de los cielos”, es la que utilizaban los judíos en esa época para referirse al Reino de Dios. Ellos tenían dos conceptos al respecto. Uno era el reino literal, profetizado en Daniel 2, el cual es simbolizado por una piedra “del cielo” que desmenuzará los reinos de este mundo y luego se extenderá hasta llenar toda la tierra. Y ciertamente, del cielo es de donde vendrá Jesucristo a establecer el Reino en la tierra. En síntesis, es el “reino de los cielos” por ser el reino que *proviene* del cielo (no porque, como alegan algunos en la actualidad, es un reino *en* el cielo).

Otro aspecto del concepto judío de Reino de Dios que existía en la época de Jesús tenía que ver con “el reinado o soberanía de Dios a diferencia del reino de las potencias mundanas” (*ibidem*). En otras palabras, cuando uno se comprometía totalmente a obedecer las leyes de Dios y seguir el camino de vida que él había revelado, se estaba sometiendo

a la autoridad del “reino de Dios” o “reino de los cielos”, a diferencia de toda autoridad humana o mundana. Tal parece que en ocasiones y en ciertos contextos Jesús utilizó la expresión con este significado.

Otro factor, tal como se menciona en algunos comentarios bíblicos, es que debido a la renuencia de los judíos a usar o pronunciar el nombre de Dios, Mateo substituyó “reino de Dios” por “reino de los cielos”. Esto es evidente cuando comparamos pasajes como Mateo 4:17 con Marcos 1:15 y Mateo 5:3 con Lucas 6:20. En estos casos, al citar las palabras de Jesús, Mateo utilizó la frase “reino de los cielos” en tanto que Marcos y Lucas dijeron “reino de Dios”. Debe notarse, sin embargo, que en ocasiones los judíos utilizaban la expresión “reino de Dios” o “reino del Señor”, y no solamente “reino de los cielos”. Parece que Jesús mismo utilizaba estas expresiones de manera intercambiable.

Por lo general, el apóstol Pablo utilizó el término “reino de Dios”. Pero reconociendo el papel de Cristo como soberano de ese reino y el que hace posible nuestra entrada en él, también lo llamó “el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5). Y en Colosenses 1:13 expresó la profunda relación de amor que existe entre el Padre y Jesucristo al decir que Dios “nos ha trasladado al reino de su amado Hijo”.

De igual manera, el apóstol Pedro reconoció el papel central de Cristo en el reino y se refirió a éste como “el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11). En la actualidad Cristo es nuestro Amo y Señor, y será el gobernante supremo en ese reino futuro (Apocalipsis 17:14; 19:16). Por ser el Salvador de la humanidad, Jesús es la “puerta” y el “camino” por el cual podemos tener acceso a Dios el Padre y a la salvación en el Reino de Dios (Juan 10:9; 14:6). □

y a los judíos como el pueblo sobresaliente del reino, según lo habían predicho los profetas.

Así que Jesús lo explicó de esta manera: “Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver” (v. 12). Jesús, el hombre noble de la parábola, enseñó que mientras él estuviera en otro lugar (el cielo) por un tiempo no especificado, sus siervos continuarían donde estaban (en la tierra), encargados de los asuntos de su amo hasta que regresara, cuando serían recompensados (vv. 13-27). Y ¿cuál es la recompensa en esta parábola? Es tener autoridad sobre ciudades, ciudades físicas llenas de hombres, mujeres y niños (vv. 17, 19).

La parábola de los talentos en Mateo 25:14-30 es parecida; da el mismo mensaje. La situación básica es la misma: “El reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes” (v. 14).

La recompensa para los que aumentaron sus talentos (un tipo de moneda usada aquí como símbolo de dones espirituales) es estar “sobre mucho” (vv. 21, 23). Cuando el Reino de Dios sea establecido por Jesucristo a su retorno, será un gobierno literal que regirá la tierra y funcionará no sólo en los asuntos espirituales de la gente, sino también en los terrenales.

Este es el reino cuya venida Jesús anunció. Y él empezó a invitar a algunos diciéndoles: “Arrepentíos, y creed en el evangelio” —las buenas nuevas de su mensaje— porque “el reino de Dios se ha acercado” (Marcos 1:15). Les estaba anunciando ese reino, y tenían la oportunidad de prepararse para ser parte del Reino de Dios a su retorno.

Lo que Jesús enseñó acerca de la ley de Dios

“No piensen que he venido a anular la ley y los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento” (Mateo 5:17, NVI).

Quizá el más generalizado de los malentendidos acerca de las enseñanzas de Jesús tiene que ver con su actitud hacia las leyes de Dios registradas en el Antiguo Testamento.

El enfoque de la mayoría de las iglesias y grupos religiosos es que Jesús trajo enseñanzas bastante diferentes de las que se encuentran en el Antiguo Testamento. El concepto general es que las enseñanzas de Cristo en el Nuevo Testamento invalidaron y sustituyeron las del Antiguo Testamento. Pero ¿acaso es así?

La idea de que Jesús se apartó del Antiguo Testamento también es una suposición común dentro del judaísmo. Jacob Neusner, en su libro *A Rabbi Talks with Jesus* [“Un rabino habla con Jesús”], explica por qué los judíos en general no siguen a Jesús y rechazan cualquier posibilidad de que haya sido el Mesías: “Los judíos creen en la Torá de Moisés . . . y esa creencia requiere que los judíos fieles disientan de las enseñanzas de Jesús, basándose en que esas enseñanzas contradicen la Torá en puntos importantes” (1993, p. xii).

Tanto en el cristianismo como en el judaísmo existe un grave error acerca de las enseñanzas de Jesús. Ambos mantienen el concepto erróneo de que él se apartó de las enseñanzas del Antiguo Testamento, particularmente en relación con la ley. Pero como veremos, los registros muestran que aunque Jesús no estaba de acuerdo con los dirigentes religiosos, sí estaba de acuerdo con las Escrituras del Antiguo Testamento. Los mismos registros muestran que el propio cristianismo tradicional no sigue las enseñanzas de Cristo.

Para conocer al verdadero Jesús tenemos que preguntarnos: ¿Qué fue lo que realmente dijo? A fin de cuentas, no importa lo que la gente diga acerca de él. Tampoco importa cuál sea la interpretación que le dan a lo que él dijo. Lo que verdaderamente importa es *qué dijo él realmente, y si vamos a creerlo o no.*

El Sermón del Monte es un claro testimonio

El Sermón del Monte es un buen punto de partida. Debido a que este es el pasaje

más largo que se ha registrado de las enseñanzas de Jesucristo, es de esperarse que aquí encontremos definida su actitud hacia las leyes de Dios como se encuentran consignadas en el Antiguo Testamento. Y ciertamente la encontramos.

Una de las razones por las que Jesús dijo ciertas cosas en el Sermón del Monte es que —debido a que su predicación era tan diferente de la de los fariseos y saduceos— algunas personas pensaban que su intención era menoscabar la autoridad de la palabra de Dios y sustituirla con la suya propia. Pero su verdadera intención era demostrar que muchas de las cosas que los fariseos y los saduceos habían enseñado eran contrarias a las enseñanzas originales de la Torá de Moisés, los primeros cinco libros de la Biblia.

Jesús rebatió los conceptos erróneos que la gente se había formado acerca de él con tres rotundas declaraciones acerca de la ley. Examinémoslas.

“No vine a destruir sino a cumplir”

Después de dar las bienaventuranzas, Jesús expone su punto de vista sobre la ley: *“No piensen que he venido a anular la ley y los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento”* (Mateo 5:17, NVI).

Aquí vemos de inmediato que Jesús no tenía intención alguna de anular la ley. Él incluso dice que ni siquiera se debe *pensar* tal cosa. Lejos de estar en contra de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús dijo que había venido a *cumplir* “la ley y los profetas” y enseguida confirmó su autoridad. “La ley y los profetas” era una expresión comúnmente usada para referirse a las Escrituras del Antiguo Testamento (comparar con Mateo 7:12).

“La ley” se refería a los primeros cinco libros de la Biblia, los libros de Moisés, en los cuales fueron escritas las leyes de Dios. “Los profetas” se refería no sólo a los escritos de los profetas bíblicos, sino también a los libros históricos de lo que vino a conocerse como el Antiguo Testamento.

En capítulos anteriores hemos analizado cómo cumplió Jesús “los profetas”. Pero ¿qué quiso decir cuando habló de cumplir la ley?

Lamentablemente, el significado de “cumplir la ley” ha sido tergiversado por muchos que invocan el nombre de Jesús pero no entienden realmente lo que enseñó. Plantean que debido a que Jesús dijo que cumpliría la ley, nosotros no necesitamos obedecerla y ya no es una obligación para sus seguidores.

Otro concepto erróneo acerca de “cumplir la ley” es que Jesús “llenó” lo que le *faltaba* a la ley, esto es, la completó, suprimiendo una parte y agregando otra, formando lo que en ocasiones llaman “la ley de Cristo” o “enseñanzas del Nuevo Testamento”. Lo que esta idea supone es que el Nuevo Testamento trajo un cambio en los requisitos para la salvación y que las leyes dadas en el Antiguo Testamento son obsoletas. Pero ¿alguno de estos dos conceptos refleja correctamente lo que Jesús dijo?

El enfoque de Jesús con respecto a cumplir la ley

El vocablo griego *pleroo*, traducido como “cumplir” en Mateo 5:17, quiere decir “dejar lleno, llenar . . . llenar hasta el tope . . . es decir, completar” (*Thayer’s Greek-English Lexicon of the New Testament* [“Diccionario griego-inglés de Thayer del Nuevo Testamento”], 2002). En otras palabras, Jesús dijo que vino a completar la ley y hacerla perfecta. ¿Cómo? Mostrando *el propósito y la aplicación espirituales* de la ley de Dios. El significado es claro en el resto del capítulo, donde vemos que Jesús mostró el propósito espiritual de ciertos mandamientos específicos.

Algunos tergiversan el significado de “cumplir” asegurando que Jesús dijo: “No vine a destruir la ley, sino a ponerle fin al cumplirla”. Esto es incongruente con las propias palabras de Jesús. En todo el resto del capítulo vemos que mostró que la aplicación espiritual de la ley la hacía aún *más* difícil de obedecer, no que fuera anulada o que ya no fuera necesaria.

Otros aspectos importantes en que Jesús cumplió la ley

La ley de Dios requiere completa obediencia e impone la pena de muerte para el infractor. El apóstol Pablo escribió que “la paga del pecado es muerte . . .” (Romanos 6:23).

Consideremos por un momento la pena que cada uno de nosotros se ha impuesto al pecar. No es estar en el purgatorio o en el infierno, o en algún otro lugar o forma de ser o de conciencia. (Si desea entender más acerca de este tema, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto gratuito *El cielo y el infierno: ¿Qué es lo que enseña realmente la Biblia?*) Es la *muerte*, el olvido eterno, la nada, la desaparición total de la existencia, de la cual nunca podríamos escapar si no fuera por la promesa de Dios de la resurrección.

Pablo continúa en Romanos 6:23: “. . . mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”. Debido al hecho de que todos pecamos, la ley exige nuestra muerte; no tiene ninguna disposición para darnos vida eterna. ¿Cómo podría entonces alguien tener la esperanza de vivir más allá de la muerte?

Jesús cumplió la ley también en el sentido de que cumplió con los requisitos de la ley y pagó la pena en que todos incurrimos por nuestra desobediencia, que es la muerte. Jesús, quien nunca pecó, nunca se hizo merecedor de la pena de muerte requerida por la ley. Pero como el Creador de la humanidad y nuestro perfecto sacrificio por el pecado, pudo satisfacer la demanda de la ley que exigía nuestra muerte. Así, él logró “acabar con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:26, NVI). Jesús “nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5) y ha hecho posible que podamos recibir la dádiva de Dios de la vida eterna.

La parte de la Biblia conocida como la “ley”, los cinco primeros libros, escritos por Moisés, contiene varios tipos de leyes. Además de lo que podríamos llamar las leyes morales, que gobiernan el comportamiento humano (como los Diez Mandamientos), esta parte también contenía leyes que requerían sacrificios por el pecado. Pero esas

Al explicar, ampliar e ilustrar la ley de Dios, Jesús cumplió una profecía mesiánica que se encuentra en Isaías 42:21: “El Eterno se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla”. El vocablo hebreo *gadal*, traducido como “magnificar”, literalmente significa “ser o llegar a ser grande” (William Wilson, *Wilson’s Old Testament Word Studies* [“Estudio de Wilson de palabras del Antiguo Testamento”], “Magnificar”).

Eso fue precisamente lo que hizo Jesucristo al mostrar la santa intención espiritual, el propósito y la amplitud de la ley de Dios. Él cumplió con todos los requisitos de la ley al obedecerla perfectamente de pensamiento y de hecho, tanto en la letra como en la intención del corazón.

Todo se cumplirá

La segunda importante declaración de Jesús fue precisamente en el mismo contexto y aclara aún más que no había venido a destruir, invalidar, suspender o abrogar la ley. “Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra

leyes, por sí mismas, nunca podían abolir la pena de muerte por el pecado.

Hebreos 10:1-14 nos dice que este sistema de sacrificios “nunca puede, mediante los mismos sacrificios que se ofrecen sin cesar año tras año, hacer perfectos a los que adoran. De otra manera, ¿no habrían dejado ya de hacerse sacrificios? Pues los que rinden culto, purificados de una vez por todas, ya no se habrían sentido culpables de pecado. Pero esos sacrificios son un recordatorio anual de los pecados, ya que es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, al entrar en el mundo, Cristo dijo: ‘A ti no te complacen sacrificios ni ofrendas; en su lugar, me preparaste un cuerpo . . .’

“Y en virtud de esa voluntad somos santificados mediante el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, ofrecido una vez y para siempre . . . después de ofrecer por los pecados un solo sacrificio para siempre, se sentó a la derecha de Dios . . . Porque con un solo sacrificio ha hecho perfectos para siempre a los que está santificando” (NVI).

Lo que aquí se nos dice es que Jesús cumplió con todo lo prescrito en las ofrendas por el pecado en la ley de los sacrificios.

Jesús reafirmó toda la ley al venir a ser el sacrificio por el pecado.

Si Cristo no se hubiera ofrecido a sí mismo como una ofrenda por el pecado, los sacrificios que representaban “un solo sacrificio por los pecados” habrían sido una profecía o promesa no cumplida, porque todos ellos señalaban hacia él.

Jesús dijo que no había venido a anular la ley o los profetas, sino a cumplirlos. Así lo hizo de diferentes maneras y en diferentes situaciones. Al vivir una vida perfecta como ejemplo para nosotros, mostró todo el propósito espiritual de la ley. Los profetas habían anunciado su existencia, su misión y muchos pormenores de su nacimiento, vida, muerte y resurrección, los cuales él cumplió. Los sacrificios de la ley simbolizaban el sacrificio de su vida por los pecados de toda la humanidad, el cual sólo él podía cumplir.

Lo que Jesús dijo es que el Antiguo Testamento en todas sus partes y elementos —morales y proféticos— se refería a él y fue cumplido por él mismo. Cumplió todos los aspectos de lo que requerían la ley y los profetas, ratificando y cumpliendo lo que exigían y anunciaban. □

ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18, NVI).

Con estas palabras Jesús comparó la continuidad de la ley con la inmutabilidad del cielo y la tierra. Lo que dijo es que la ley es inmutable, inviolable e inalterable, y que sólo puede ser cumplida, jamás anulada.

Es necesario tener en cuenta que en este versículo se usó un vocablo griego distinto para “cumplido”, que es *ginomai*, que según el diccionario de Thayer significa “venir a ser”, “llegar a existir” o “suceder”. Mientras haya seres humanos de carne y hueso, la codificación física de la ley de Dios en la Escritura será necesaria; esto es, hasta la conclusión absoluta del plan de Dios para glorificar a la humanidad en su reino. Esto, Jesús explicó, es tan cierto como la continuación de la existencia del universo.

Sus siervos deben cumplir la ley

La tercera declaración importante de Jesús explica que nuestro futuro depende de nuestra actitud y respeto hacia la santa ley de Dios. “Todo el que infrinja uno solo de estos mandamientos, por pequeño que sea, y enseñe a otros a hacer lo mismo, será considerado el más pequeño [por los que estén] en el reino de los cielos; pero el que los practique y enseñe será considerado grande en el reino de los cielos” (Mateo 5:19, NVI). La frase “por los que estén” se agrega como aclaración, ya que, como se explica en otros pasajes, los que persistan en quebrantar la ley de Dios y enseñen a otros a hacer lo mismo no estarán en el reino.

Jesús deja muy claro que quienes lo sigan y aspiren a entrar en su reino tienen la obligación de obedecer y perseverar en la ley de Dios. Remarcó que no podemos quitarle nada, ni siquiera una jota o una tilde, lo que es el equivalente al cruce de una “t” o el punto de una “i”.

También es evidente lo importantes que son para él los mandamientos de Dios, así como la alta estima hacia la ley que exige de quienes enseñan en su nombre. Desaprueba a quienes menosprecian aun el más pequeño de los mandamientos de la ley, y honrará a quienes los enseñen y obedezcan.

Puesto que Jesús obedeció los mandamientos de Dios, también sus seguidores deberán obedecerlos y enseñar a otros a hacer lo mismo (1 Juan 2:2-6). Es en esta forma que los verdaderos ministros de Cristo pueden ser identificados: si siguen el ejemplo que les dejó (Juan 13:15).

Superar a los escribas y fariseos

Con su siguiente declaración en el Sermón del Monte, Jesús no dejó lugar a dudas respecto a lo que quería decir en las tres anteriores. Claramente les estaba diciendo a sus discípulos que tenían que obedecer la ley de Dios, y les requería obedecer de una manera que iba *más allá* de lo que hasta entonces habían oído.

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere *mayor* que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos” (Mateo 5:20).

¿Quiénes eran los escribas y fariseos? Los escribas eran los más renombrados maestros de la ley, los intérpretes de la ley, los eruditos, los expertos. Los fariseos, un grupo relacionado, generalmente eran vistos como los modelos ejemplares del judaísmo. Formaron una secta del judaísmo que estableció un código moral y ritual más rígido que el enunciado en la ley de Moisés, basando gran parte de sus prácticas en muchos años de tradiciones. Tanto los escribas como los fariseos eran sumamente estrictos y respetados en el judaísmo (Hechos 26:5).

Aunque los escribas eran los expertos, los fariseos se vanagloriaban de ser los que más fielmente ejercían la justicia. Por tanto, cuando Jesús les dijo a sus discípulos que su justicia debía superar la de los escribas y fariseos, ¿era una declaración bastante sorprendente!

Los fariseos eran admirados como quienes habían alcanzado el pináculo mismo de la justicia personal, y la gente común pensaba que tal grado de espiritualidad estaba fuera de su alcance. Pero Jesús aseveró que la justicia de los escribas y fariseos *¡no era suficiente* para entrar en el reino que él predicaba! Entonces ¿qué esperanza tenían los demás?

Jesús condena la hipocresía religiosa

De hecho, en la justicia de los escribas y fariseos había un problema muy serio. El meollo del asunto es que su justicia era insuficiente, porque era *sólo superficial*. Ante los demás *aparentaban* guardar la ley de Dios, pero la quebrantaban dentro de ellos mismos, donde nadie podía ver.

Leamos las tajantes palabras de Jesús al criticarlos por su hipocresía religiosa: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia . . . porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (Mateo 23:25-28).

Estos autonómados maestros religiosos hacían énfasis en aspectos menores de la ley, al tiempo que descuidaban los asuntos más importantes. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (v. 23). Jesús estaba interesado en que toda la ley fuera obedecida, y le enojaba que estuvieran ciegos a “lo más importante” de ésta: los grandes aspectos espirituales.

Aunque eran meticulosos con respecto a sus tradiciones ceremoniales, al mismo tiempo se tomaban libertades para desobedecer los claros mandamientos

de Dios. De hecho, en algunas situaciones ponían sus tradiciones por encima de tales mandamientos (Mateo 15:1-9).

El motivo escondido de su comportamiento eran sus propios intereses y su exaltación. Públicamente hacían lo que debían haber hecho en privado —orar, ayunar y dar limosna— todo para que la gente los viera y los considerara justos (Mateo 6:1-6; 23:5-7).

Los dirigentes religiosos no guardaban la ley de Dios

Inmediatamente después de asegurar que no había venido para eliminar la ley, Jesús procedió a dar ejemplos con respecto a las enseñanzas de los dirigentes religiosos judíos que malentendían completamente o hasta eran contrarios al propósito espiritual de las leyes de Dios.

El mandamiento nuevo de Cristo

Jesús dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34). ¿Acaso Jesús estaba reemplazando las claras instrucciones de los Diez Mandamientos con un nuevo principio religioso: que el amor, por sí solo, puede encauzar nuestras vidas?

¿Acaso este nuevo mandamiento invalida los Diez Mandamientos y reemplaza todas las demás ordenanzas bíblicas? Jesús da una clara respuesta a esta pregunta crucial en las palabras registradas en Mateo 5:17: “No piensen que he venido a anular la ley o los profetas” (NVI).

Sin embargo, mucha gente que cree en Cristo como su Salvador, también cree que este mandamiento nuevo los exime de la obligación de obedecer las leyes de Dios.

Malentienden las palabras de Jesús y su significado. Tanto en las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento como en las del Nuevo se nos enseña que debemos amarnos unos a otros (Levítico 19:18). Jesús no introdujo el amor como si fuera un principio nuevo. Eso ya estaba en la Biblia como parte fundamental de la instrucción de Dios para el antiguo Israel.

Entonces, ¿qué había de nuevo en el “mandamiento nuevo” de Jesús? Leamos sus palabras: “Como yo os he amado, que también os améis unos a otros”.

Lo nuevo era ¡su propio ejemplo de amor! El mundo entero tiene un modelo perfecto del amor de Dios en el perfecto ejemplo de la obediencia amorosa de Cristo. Cristo nos amó tanto que sacrificó su propia vida por nosotros. Él mismo explicó: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13).

Jesús vino como la luz del mundo para alumbrar la aplicación y la práctica de la majestuosa ley del amor. Así que no tenemos excusa alguna para decir que no entendemos qué es lo que debemos hacer o cómo hacerlo. Jesús demostró lo que es realmente la obediencia amorosa:

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

Cumplimos con el mandamiento nuevo de Jesús cuando obedecemos todos los mandamientos de Dios de una manera sinceramente amorosa, y estamos dispuestos a sacrificarnos por el bienestar de otros. □

El primer ejemplo que dio fue el sexto mandamiento: “No matarás”. Todo lo que entendían los fariseos acerca de este mandamiento era que el asesinato estaba prohibido. Jesús enseñó lo que debía haber sido obvio, que el propósito del sexto mandamiento no era sólo prohibir el hecho mismo de matar, sino cualquier actitud errónea del corazón y la mente que condujera al asesinato, incluyendo el enojo no justificado y palabras despectivas (Mateo 5:21-26).

Así también lo hizo en relación con su limitada comprensión del séptimo mandamiento: “No cometerás adulterio”. Los fariseos entendían que era pecado la relación sexual con una mujer fuera del matrimonio. Pero, igual que en el caso del sexto mandamiento, debían haber sabido que desear sexualmente a otra mujer era pecado porque el que la deseaba ya había quebrantado el mandamiento en su corazón.

Estos son ejemplos de “la justicia de los escribas y fariseos” que Jesús señaló al decirles que limpiaban lo de fuera del vaso y del plato, mientras que por dentro quedaban “lentos de robo y de injusticia” (Mateo 23:25).

Jesús les enseñó a sus discípulos que por supuesto la ley de Dios debe ser obedecida exteriormente, pero que también debe ser obedecida en el espíritu y la intención del corazón. Al enseñar Jesús tal obediencia a las leyes de Dios, estaba siendo fiel a las enseñanzas del Antiguo Testamento: “Porque el Eterno no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Eterno mira el corazón” (1 Samuel 16:7).

El profeta Jeremías anunció un tiempo en el que Dios establecería un nuevo pacto, en el que prometió: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón” (Jeremías 31:33). El propósito original de Dios para su ley era que la gente la obedeciera de corazón (Deuteronomio 5:29). El hecho de que los seres humanos no obedecieran la ley de Dios “en lo íntimo” (Salmos 51:6), condujo inevitablemente a la desobediencia exterior.

Jesús no cambió la ley

Como un contraste entre el limitado entendimiento que los escribas y fariseos tenían de la ley y del verdadero propósito espiritual de ésta, Jesús, a modo de introducción, utilizó las expresiones “Oísteis que fue dicho . . . Pero yo os digo . . .” (Mateo 5:21-22, 27-28).

Hay quienes erróneamente creen que la finalidad de Jesús era comparar sus propias enseñanzas con las de Moisés y así declararse como la verdadera autoridad. Suponen que Jesús o estaba oponiéndose a la ley mosaica o que la estaba modificando en alguna forma.

Pero resulta difícil pensar que Jesús, que acababa de declarar clara y enfáticamente la permanencia de la ley e hiciera hincapié en su gran respeto hacia ella, ahora estuviera socavando la autoridad de ésta con otras explicaciones. Jesús no se contradecía; honró y confirmó la ley en todas sus declaraciones.

En este pasaje no estaba contradiciendo la ley mosaica, ni estaba reclamando una superioridad espiritual. Lo que estaba haciendo era *refutar las erróneas interpretaciones* perpetuadas por los escribas y fariseos. Esa es la razón por la cual dijo que nuestra justicia debe superar la justicia de los escribas y fariseos. Lo que Jesús estaba haciendo era restaurar, en las mentes de sus oyentes, los preceptos de la ley mosaica a su lugar, pureza y poder originales. (Para un mejor entendimiento de estas leyes y preceptos, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto *Los Diez Mandamientos*.)

Otra cosa que también debía ser obvia es que, debido al hecho de que el autor del antiguo pacto y del nuevo es el mismo Dios, no puede haber ninguna discrepancia mayor entre ellos, y que las leyes primordiales de moralidad resaltadas en ambos deben estar y están en completo acuerdo. Dios nos dice: “Yo, el SEÑOR, *no cambio*” (Malaquías 3:6, NVI).

¿Acaso el nuevo pacto anula los mandamientos?

En la Biblia se nos dice que Jesús vino como el mediador de un mejor pacto (Hebreos 8:6). La creencia general de que el nuevo pacto anula la ley de Dios demuestra que hay un mal entendimiento de lo que significan ambos pactos. Dios nos dice que él cambió el pacto original e hizo “un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas” (v. 6). Pero no fue establecido sobre leyes diferentes. *La ley permaneció igual.*

No obstante, había una falla o defecto en el pacto original. Ese defecto estaba en la *gente*, no en la ley. “Porque *reprendiéndolos* dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto” (v. 8). Eso fue porque “ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor” (v. 9).

En el antiguo pacto Dios escribió sus leyes en tablas de piedra. Siendo externa, no formaba parte del pensamiento y la motivación de la gente. Se encontraba en sus escritos pero no en sus corazones. En el nuevo pacto Dios escribe la ley *en las mentes y los corazones de su*

pueblo (Hebreos 8:10; Jeremías 31:33-34).

Para ayudar a la gente a que asimile su ley, la ame y obedezca entusiasta y voluntariamente, Dios hace esta promesa: “Os daré *corazón nuevo*, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. *Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra*” (Ezequiel 36:26-27). ¡El Espíritu de Dios capacita a su pueblo para que pueda *obedecer* sus leyes!

Quienes no tienen el Espíritu Santo son incapaces de obedecer de corazón. ¿Por qué? “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8).

Esto es en lo que difieren el antiguo pacto y el nuevo. Pablo explica que “lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne”, Dios lo ha realizado enviando a Jesús, quién venció la carne y “condenó al pecado [la infracción de la ley] en la carne; para que

Jesús y el sábado

Entre quienes dicen ser cristianos, ningún otro mandato bíblico ha provocado más polémicas que el cuarto mandamiento, la instrucción de Dios de guardar el sábado, el séptimo día de la semana, y de santificarlo (Éxodo 20:8-11). Aquí es donde particularmente encontramos que cada quien interpreta a su manera las enseñanzas de Jesús.

Algunos alegan que Jesús abolió todos los Diez Mandamientos, pero que nueve fueron reintegrados en el Nuevo Testamento, exceptuando el del sábado. Otros creen que Jesús reemplazó el sábado consigo mismo, y que ahora *él* es nuestro “descanso”. No pocos piensan que ahora ya no es necesario ningún día de reposo específico, que podemos descansar o adorar cualquier día o tiempo que queramos. Sin importar cuál sea el razonamiento que se tenga, una inmensa

la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:3-4; ver también 1 Juan 3:4).

Con referencia a Romanos 8:4, *The International Critical Commentary* [“Comentario crítico internacional”] dice: “El propósito de Dios al ‘condenar’ el pecado fue que lo que exige su ley pudiera cumplirse en nosotros, es decir, que su ley pudiera ser establecida de tal forma que por fin fuera verdadera y sinceramente obedecida: el cumplimiento de las promesas de Jeremías 31:33 y Ezequiel 36:26”.

En una nota al pie de la página, el mismo comentario explica que Jeremías 31:33-34 “a menudo es mal entendido como promesa de una nueva ley en lugar de la antigua o como promesa de una religión sin ninguna ley. Pero la nueva promesa en el v. 33 no es, de hecho, ni una nueva ley ni una emancipación de la ley, sino un profundo y sincero deseo y determinación por parte del pueblo de Dios de obedecer la ley que ya les ha sido dada . . .”.

Los siguientes pasajes en el Nuevo Testamento confirman, ya sea explícitamente o por medio del ejemplo, que Jesús y los apóstoles veían los Diez Mandamientos como algo indispensable en el diario vivir de un verdadero cristiano.

- Primer mandamiento: Mateo 4:10; 22:37-38.
- Segundo mandamiento: 1 Juan 5:21; 1 Corintios 6:9; 10:7, 14; Efesios 5:5.
- Tercer mandamiento: Mateo 5:33-34; 7:21-23; Lucas 11:2; 1 Timoteo 6:1.
- Cuarto mandamiento: Lucas 4:16; Hechos 13:14, 42, 44; 16:13; 17:2; 18:4; Hebreos 4:4, 9.
- Quinto mandamiento: Mateo 15:3-6; 19:17-19; Efesios 6:2-3.
- Sexto mandamiento: Mateo 5:21-22; 19:17-18; Romanos 13:9; Gálatas 5:19-21; Santiago 2:10-12.
- Séptimo mandamiento: Mateo 5:27-28; 19:17-18; Romanos 13:9; 1 Corintios 6:9; 10:8; Efesios 5:5; Gálatas 5:19-21; Santiago 2:10-12.
- Octavo mandamiento: Mateo 19:17-18; Romanos 13:9; Efesios 4:28.
- Noveno mandamiento: Mateo 19:17-18; Romanos 13:9; Colosenses 3:9; Efesios 4:25.
- Décimo mandamiento: Lucas 12:15; Romanos 7:7; 13:9; Efesios 5:3, 5.

Si desea estudiar más a fondo este importante tema, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto *El nuevo pacto: ¿Anula la ley de Dios?* □

parte de la cristiandad tradicional cree que el domingo, el *primer* día de la semana, ha sustituido al sábado, el *séptimo* día de la semana.

¿Acaso se puede encontrar respaldo para estos razonamientos en las enseñanzas o el ejemplo de Jesús? Teniendo en cuenta sus claras enseñanzas relacionadas con la permanencia de las leyes de Dios, ¿qué encontramos con respecto a su actitud hacia el sábado?

Al estudiar los evangelios, una de las primeras cosas que debemos notar es que Jesús acostumbraba ir a la sinagoga a adorar el sábado, como lo leemos en Lucas 4:16. Esa era *su costumbre*. Incluso, a los que se encontraban allí en esa ocasión les anunció su misión como el Mesías. Resulta interesante notar que también Pablo acostumbraba adorar y enseñar en las sinagogas el sábado (Hechos 17:2-3). ¡Ni este apóstol ni Jesús dieron jamás indicación alguna de que no tenían que reunirse ese día o que podían adorar en un día diferente!

Enfrentamientos no por guardar el sábado, sino por la forma de hacerlo

Muchas personas llegan a conclusiones equivocadas acerca de Jesús y el sábado, debido a los enfrentamientos que tuvo con los escribas y fariseos. Pero estos enfrentamientos nunca fueron por guardar el sábado, sino por *la forma en que debía celebrarse*. ¡Hay una diferencia trascendental entre estos dos aspectos!

Por ejemplo, al sanar a diferentes personas en ese día santo, Jesús desafió abiertamente a los judíos por la forma en que interpretaban la observancia del sábado (Marcos 3:1-6; Lucas 13:10-17; 14:1-6).

Según los fariseos, estaba prohibido dar atención médica a alguien durante el sábado, a menos que fuera un caso de vida o muerte. Y ya que ninguno de esos casos de sanidad era de vida o muerte, ellos pensaban que Jesús estaba quebrantando el sábado. Pero siendo el Salvador, Jesús entendía el propósito del sábado, que era un tiempo perfectamente apropiado para dar su mensaje de sanidad, esperanza y redención para la humanidad y hacer vívido ese mensaje por medio de sus hechos.

Para que pudieran captar lo que quería que entendieran, Jesús les preguntó a los fariseos: “¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla?” (Marcos 3:4). Les mostró su hipocresía en que ellos no veían nada malo en rescatar a un animal que había caído en un pozo en el sábado, o darle de beber en ese día, pero a él lo censuraban por sanar a una persona en el sábado, cuya valía era muy superior a la de cualquier animal (Lucas 13:15-17; Mateo 12:10-14).

El enojo de Jesús era justificado ante su necesidad de no querer entender que anteponían sus propias tradiciones e interpretaciones al verdadero propósito de guardar el sábado (Marcos 3:5). Pero era tal la ceguera espiritual de ellos que lo odiaban por que exponía sus tergiversaciones de los mandamientos de Dios (v. 6).

En cierto sábado, al pasar por un sembradío, los discípulos arrancaron algunas espigas para comerse los granos. No estaban cosechando el campo, simplemente querían saciar su hambre tomando un bocado. Pero los fariseos decían que eso no era lícito. Jesús entonces utilizó un ejemplo de la Escritura para mostrarles que ni el espíritu ni el propósito de la ley habían sido quebrantados y que la ley de Dios permitía la misericordia (Marcos 2:23-26).

Fue dentro de este contexto que Jesús mostró el verdadero propósito del sábado. “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (v. 27). Los fariseos habían invertido las prioridades de la ley de Dios. Le habían agregado normas y tradiciones minuciosas al mandamiento sobre el sábado, al grado de que observarlo como ellos exigían había llegado a ser una pesada carga para la gente en lugar de ser una bendición como Dios quería que fuera (Isaías 58:13-14).

Enseguida Jesús afirmó tener la autoridad para decir cómo debía guardarse el sábado: “Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo” (v. 28).

Jesucristo y las fiestas bíblicas

Además del día de reposo bíblico, el sábado, Jesús celebró otras festividades registradas en el Antiguo Testamento. En los evangelios no encontramos nada que indique que alguna vez haya sido acusado de violar la celebración de tales fiestas. En Juan 7 leemos que Jesús se encontraba enseñando en el templo durante la Fiesta de los Tabernáculos. En los cuatro evangelios están registradas sus actividades previas y durante la última Pascua que celebró junto con sus discípulos la noche anterior a su crucifixión.

La iglesia que él fundó se inició en la Fiesta de Pentecostés (Hechos 2:1-4). Después de su muerte y resurrección, los apóstoles continuaron celebrando estas fiestas bíblicas (Hechos 18:21; 20:6; 1 Corintios 5:6-8; 16:8).

Si tanto Jesús como los apóstoles y la iglesia primitiva celebraron estas festividades bíblicas, ¿por qué en la actualidad las iglesias no las celebran ni enseñan sobre ellas? Más bien han adoptado otros días de fiesta en lugar de las fiestas de la Biblia.

Las instrucciones que Jesús daba a sus

discípulos eran muy claras. Si él hubiera querido que sus seguidores celebraran otras festividades diferentes de las que él mismo celebró, ¿no habría dejado instrucciones al respecto? Resulta difícil pensar que Jesús, después de dar el ejemplo celebrando el sábado y las fiestas bíblicas, luego condujera o inspirara a su iglesia a abandonarlos y reemplazarlos con otros festivales originados en el paganismo.

En la Biblia no se enseña nada con respecto a la Navidad y la Pascua Florida; sin embargo, éstas han llegado a ser las dos festividades más grandes del cristianismo popular. De igual manera, el domingo se convirtió en el principal día de adoración, en lugar del séptimo día de la semana, el sábado. Pero ¿por qué? Y ¿cómo? Si usted desea saber más acerca de las verdaderas festividades bíblicas y cómo fueron sustituidas por festivales que no tenían nada que ver con el cristianismo ni con la Biblia, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet los folletos gratuitos *Las fiestas santas de Dios y El día de reposo cristiano*. □

Aquí Jesús ejerce su posición como aquel que *dio* este mandamiento sobre el sábado. Porque siendo el Creador mismo, como ya hemos visto (Colosenses 1:16; Juan 1:3), *él es quien creó el sábado al descansar en él* (Génesis 2:2-3). Por tanto, ¡es una insensatez decir que Jesús abolió o anuló algo que él personalmente había creado para beneficio de todo ser humano!

Lo que Jesús en el fondo les estaba diciendo aquí a los fariseos era: *Ustedes no tienen el derecho de decirle a la gente cómo guardar las leyes de Dios. Yo soy quien dio estas leyes al hombre; por tanto, yo sé por qué fueron ordenadas y cómo deben guardarse.*

Cuando Jesús hablaba, era por su autoridad inherente como el gran Legislador. ¡Jesús nunca abolió su propia ley! Pero no vaciló en reprender enérgicamente a esos dirigentes religiosos por desvirtuarla. (Si desea saber más acerca del día de reposo bíblico, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto *El día de reposo cristiano*.)

El judaísmo olvidó a Moisés, el cristianismo olvidó a Cristo

Cuando se trata de Jesús y la ley, tenemos que concluir que la religión “cristiana” nos ha decepcionado al no retener las enseñanzas originales de Cristo, siendo que él mismo retuvo las enseñanzas de las Escrituras del Antiguo Testamento. Y así como las enseñanzas de los dirigentes religiosos judíos pervirtieron las enseñanzas de Moisés, así también los maestros que luego enseñaban acerca de Cristo —es decir, los *falsos* maestros— pervirtieron las enseñanzas de Jesús. En realidad, Jesús y Moisés concordaban.

Hagámonos aquí una pregunta: Si Jesucristo estuviera hoy entre nosotros, ¿qué día guardaría como día de reposo? Sería el día que él mismo ordenó en los Diez Mandamientos, el séptimo día, el sábado.

El verdadero Jesús obedeció la ley y esperaba que sus discípulos hicieran lo mismo. Claramente expresó lo que pensaba con respecto a cualquiera que hiciera el más mínimo cambio a esa ley. Quienquiera que no la obedezca sólo está usando el buen nombre de Cristo, pero sin hacer lo que él dijo.

Él nos advierte: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino *el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: *Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*” (Mateo 7:21-23).

Así que debemos preguntarnos si las iglesias que dicen representar a Cristo, realmente lo representan tal como él es.

Jesús siempre aclaró que sus enseñanzas se basaban en las Escrituras del Antiguo Testamento. A los que lo desafiaban con respecto a lo que enseñaba, les

respondía: “¿No habéis leído . . . ?” antes de indicarles los pasajes que respaldaban lo que les había dicho (Mateo 12:3, 5; 19:4; 22:31).

Quienes dicen que Jesús se apartó del Antiguo Testamento, francamente están equivocados. En este capítulo hemos demostrado que lo mismo que muchos judíos, la mayor parte de la cristiandad está equivocada con respecto al concepto que tiene de las enseñanzas de Jesús. Él enseñó fielmente la palabra escrita del Antiguo Testamento.

Previamente vimos que Jesús de hecho era *Dios* en el Antiguo Testamento. Dios no cambia su modo de ser. Es eterno. No inspiraría mucha fe saber que en el Antiguo Testamento ordenó una cosa, pero luego cambió de idea y ordenó algo completamente diferente en el Nuevo. Jesucristo es invariable; “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

¿Quién mató a Jesús?

“Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros” (Isaías 53:5-6, NVI).

La muerte de Jesucristo es la más conocida de la historia. Ese asesinato aprobado por el estado se efectuó hace 2000 años y aún aparece en las noticias. Ningún crimen cometido en contra de una víctima inocente ha quedado tan presente en el conocimiento de la humanidad por tanto tiempo. La historia de éste es una que habría de ser relatada una y otra vez.

La inmensidad de la injusticia cometida en el arresto, juicio y muerte de Jesús se manifiesta en el hecho de que ninguna persona ha sido jamás tan inocente, tan sin culpa o pecado alguno, que haya sufrido un castigo tan inmerecido. Pedro atestigua que Jesús “no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22). Fue el hombre más justo que jamás haya vivido.

Jesús confrontó a sus enemigos diciéndoles: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Juan 8:46). El centurión encargado de la ejecución de Jesús se dio cuenta de que habían dado muerte a un hombre justo (Lucas 23:47). Uno de los ladrones crucificados con él también entendió Jesús no había hecho nada malo y que no merecía morir (Lucas 23:41).

Pilato, el gobernador romano que finalmente dio la orden para que se efectuara la ejecución, en dos ocasiones les dijo a los judíos que él no encontraba ningún delito en Jesús (Juan 18:38; 19:4). No obstante, la injusta acción se llevó a cabo con todo su horror e intensidad en contra de este inocente hombre.

Jesús nunca hizo nada que mereciera tan horrible muerte, porque él era “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Hebreos 7:26). Él era, después de todo, el Hijo de Dios, como lo pudo reconocer el centurión (Marcos 15:39). Esta no fue la injusticia del siglo o del milenio; fue *la injusticia de la historia de toda la humanidad*.

Se justificó el genocidio

El relato del homicidio de Jesús es de por sí bastante dramático. Pero los

intentos por achacarle la culpa de su muerte a alguien han conducido a horribles actos de depravación espiritual. Por lo general, a quien más se ha culpado es al pueblo judío. Su implicación en la muerte de Cristo ha sido la causa de una impía persecución en contra de los judíos por siglos. “¡Asesinos de Cristo!” era el epíteto que se les lanzaba, y para muchos judíos fueron las últimas palabras que escucharon antes de ser brutalmente asesinados.

Hace sólo seis décadas, durante la segunda guerra mundial, los nazis se valieron de esto para justificar el genocidio de seis millones de judíos. Carentes de un verdadero respeto por las enseñanzas de Cristo, Hitler y sus seguidores declararon que todos los judíos eran individual y colectivamente los responsables del homicidio del Hijo de Dios. Con esta venenosa doctrina se hizo creer a los seguidores del caudillo alemán que los judíos debían ser exterminados por haber asesinado al Salvador de la humanidad.

El concepto de que el pueblo judío es el único y absoluto responsable de la muerte de Cristo no tiene ninguna base bíblica. Pero, tristemente, este concepto no se originó con los nazis. Por casi 2000 años la cristiandad tradicional, tanto católica como protestante, adoptó esta misma idea, acompañada muchas veces con mortífera brutalidad.

El complot para dar muerte a Jesús

Culpar a otros puede ser, y frecuentemente lo es, nada más que un intento por liberarse uno mismo de la culpa. La pregunta que debió hacerse desde antaño, y que debería continuar haciéndose hoy en día, es: ¿Quiénes realmente causaron la muerte de Jesucristo?

Jesús tuvo muchos enemigos. Incomodó a los pudientes, a los que ocupaban puestos de relevancia, a los oficialmente reconocidos en ese tiempo. Muchos tenían sus razones para querer deshacerse de él. Los que lo querían muerto no eran la población en general, sino los dirigentes civiles, los principales sacerdotes, los escribas y los fariseos. Éstos eran, como podemos ver una y otra vez en los evangelios, quienes buscaban decididamente eliminarlo.

Y fueron ellos, los principales instigadores, quienes manipularon a la gente para presionar a Pilato a fin de que ordenara la pena de muerte (Marcos 15:11).

Aquellos a los que Jesús les había hablado, entre quienes había enseñado y obrado milagros —los mismos que apenas unos días antes llenaban las calles dándole la bienvenida a Jerusalén como el Mesías profetizado, el Hijo de David (Mateo 21:9)— ahora estaban desilusionados y hasta pedían su muerte.

Los romanos también fueron culpables de la muerte de este inocente hombre. Pilato sabía que Jesús era inocente, y aun así lo sentenció. Los soldados ejecutaron la sentencia según la acostumbrada manera romana: una brutal golpiza, horrenda flagelación y luego la crucifixión. Fue un romano quien martilló los

clavos en sus muñecas y pies. Fue una lanza romana la que le atravesó el costado.

¿Quién tiene la culpa?

Pocas semanas después, Pedro dijo claramente quiénes eran responsables de la muerte de Jesús: “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, *Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel*” (Hechos 4:27). Parece que muy pocos quedaron excluidos.

Es muy fácil culpar de la muerte de Jesús a un pequeño grupo de personas; quienes parecen ser los más implicados son los hipócritas religiosos y los dirigentes civiles que querían retener sus cargos. También es fácil echarle la culpa a todo un grupo étnico. Y también es cierto que podemos incluir al imperante gobierno romano. Pero el asunto no es así de sencillo.

Puede decirse que si Jesús hubiera venido a *cualquier* sociedad o cultura y hubiera puesto al descubierto sus fallas e hipocresía, tampoco habría sido aceptado. Cualquier sociedad a la que Jesús le hubiera mostrado que se había apartado de sus ideales, también lo habría matado.

Esta es la horrible verdad que todos queremos evitar. De hecho, lo que los primeros discípulos de Jesús nos dicen es que *ningún ser humano es inocente de este crimen*. Fuimos *todos* cómplices de la muerte de Jesús. Pablo estaba convencido de su propia culpabilidad: “Este mensaje es digno de crédito y merece ser aceptado por todos: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15, NVI).

Un mundo irreflexivo e ignorante

Pablo, reconociendo su pasado como fariseo, dijo: “Anteriormente, yo era un blasfemo, un perseguidor y un insolente; pero Dios tuvo misericordia de mí porque yo era un incrédulo y actuaba con ignorancia” (v. 13, NVI). Ese es el problema. Ignorábamos todo esto. El apóstol también dijo: “En el tiempo señalado Cristo murió por los malvados” (Romanos 5:6, NVI). ¡La humanidad sencillamente no sabe lo que hace!

Pero Dios sí sabe lo que hace, y un día todos lo sabremos también. Desde el principio ese ha sido su propósito. Jesús vino al mundo sabiendo que sería asesinado (Juan 12:27). Jesús inspiró a los antiguos profetas no sólo para que predijeran su muerte, sino para que también la relataran de manera muy descriptiva. El sistema de sacrificios ordenado a Israel simbolizaba la perfecta ofrenda que habría de venir.

En varias ocasiones Jesús les habló a sus discípulos acerca de que habría de sufrir y morir, pero en su mayor parte ellos rehusaron aceptarlo. Les resultaba más grato creer que en ese tiempo establecería su reino, y que allí se acabarían todos sus temores.

El apóstol Pablo hablaba de “la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos . . . la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Corintios 2:7-8).

En Hechos 3:17 leemos lo que dijo el apóstol Pedro: “Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes”. Y agregó: “Pero Dios ha cumplido así lo que había anunciado antes por boca de todos sus profetas, que su Cristo habría de padecer” (v. 18).

No permanezcamos en ignorancia

Dios no quiere que permanezcamos ignorantes. El crimen fue tan inconcebible, tan sin paralelo, que su relato se repite una y otra vez y no podemos deshacernos de él.

Sí, los dirigentes judíos iniciaron la ejecución, y los romanos la llevaron a cabo. Pero debido a que todos hemos pecado, Jesús murió por cada uno de nosotros. No es difícil entender eso, y él quiere que lo entendamos. Si nosotros no hubiéramos pecado, si *yo* no hubiera pecado, Jesús no habría tenido que morir. Si nosotros no fuéramos tan despiadados, su sufrimiento no habría tenido que ser tan horroroso. Ninguno de nosotros está exento de este crimen. Eso es lo que Pedro, Pablo y Juan están tratando de decirnos.

Cuando leemos acerca de los celos y el odio hacia Cristo, tal vez nos decimos: “Si *yo* hubiera estado allí, *yo* no habría hecho eso”. Pero nos equivocamos en dos cosas.

Primero, ¿existe realmente alguna diferencia entre la forma en que manifestamos celos, envidia, codicia, disgusto y odio hacia otras personas y lo que aquellas personas le hicieron a Jesús? Jesús mismo nos da la respuesta: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos . . . a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40, 45).

El pecado es pecado; no importa quién sea la víctima. Y si él no hubiera pagado la pena de muerte por nosotros, entonces ese sería nuestro castigo. ¿Cómo pues descargamos la culpa en otros por la muerte de Cristo, cuando todos nosotros también tuvimos parte en ella?

Segundo, si nosotros hubiéramos estado allí, ¿realmente habríamos procedido mejor?

Judas, que al principio fue un apasionado discípulo, lo traicionó por dinero. Pedro, su más entusiasta seguidor, lo negó cuando Jesús estaba siendo juzgado. Los otros discípulos, que le habían asegurado su lealtad hasta la muerte (Mateo 26:35), huyeron la noche en que fue arrestado.

Cuando Jesús estaba siendo juzgado, no hubo nadie que lo defendiera. Nadie lo apoyó; nadie estuvo a su lado. Pilato sabía que Jesús era inocente, pero por

quedar bien con otros —aun a tan tremendo costo— accedió para que un hombre inocente fuera condenado a tan horripilante muerte. Los dirigentes religiosos de ese tiempo sencillamente no podían permitir que alguien viniera a complicarles la vida. Y la gente, al final, vino a ser sólo parte de la turba.

Nuestra culpabilidad y la voluntad de Dios

Preguntémonos nuevamente: ¿Quién mató a Cristo? *Todos nosotros, debido a nuestros pecados, somos culpables*. Pero en última instancia no somos completamente responsables de la muerte de Jesús, ya que nuestra redención del pecado y sus consecuencias por medio del sufrimiento y la muerte de Cristo fue posible porque era la voluntad de Dios el Padre y de Cristo mismo.

Debemos tener presente que Dios “dio a su Hijo unigénito” (Juan 3:16, NVI). Y en Isaías 53:10 leemos que Dios quiso “destrozarlo con padecimientos, y él ofreció su vida como sacrificio por el pecado” (Biblia Latinoamericana). El propio Jesús dijo: “Yo pongo mi vida . . . Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo . . . Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:17-18). Con esto él dio a conocer que nadie hubiera podido causar su muerte por sí mismo, sin que existieran su consentimiento y el de su Padre y ellos coordinaran todos los acontecimientos necesarios para que se produjera ese sacrificio expiatorio. De hecho, este fue el plan de Dios desde el principio.

Por supuesto, este hecho no justifica el papel del hombre en la muerte de Cristo. El haber matado a Cristo fue un pecado, aun cuando estaba predestinado. Y nuevamente, era necesaria la muerte de Cristo por los pecados de todos nosotros.

¿Acaso Dios desea que seamos atormentados por la culpabilidad de la muerte de Cristo? Inicialmente, desde luego, debemos sentir culpa para arrepentirnos por lo que hemos hecho y poder clamar a Dios por su perdón y su ayuda para cambiar. Pero después nuestro enfoque debe ser de gratitud por la gran misericordia de Dios. Una vez que nos arrepintamos, por medio del mismo plan que requirió la muerte de Jesús, somos perdonados y liberados de nuestra participación en su muerte. Procuremos todos, por lo tanto, arrepentirnos y aceptar el perdón de Dios a través de Cristo.

Jesucristo, la sabiduría de Dios

“Exponemos el misterio de la sabiduría de Dios, una sabiduría que ha estado escondida y que Dios había destinado para nuestra gloria desde la eternidad” (1 Corintios 2:7, NVI).

Hemos visto los hechos, ahora necesitamos entender sus implicaciones. Es necesario que comprendamos el significado de la crucifixión de Cristo. Si Jesús es exactamente quien dijo que era, entonces todo lo que dijo es verdad. Todo nuestro futuro depende de si creemos eso o no. Y si vamos a creer en sus enseñanzas, si vamos a obedecerlo y a seguir su ejemplo en todo, dependerá de si realmente estamos convencidos de ello.

La verdadera historia de la vida, muerte, resurrección y futuro retorno de Cristo es de muchísima trascendencia como para que no la tomemos en cuenta. Desde luego, ¿fue planeado de esta manera a fin de que lo tomáramos en cuenta! Sin importar el tiempo transcurrido desde el hecho, estaba destinado a tener un impacto en cada uno de nosotros.

Aquí nos enfrentamos a una situación que debe afectarnos en lo más profundo de nuestro ser. En la narración acerca de Jesucristo tenemos algo nunca oído en toda la historia del hombre y la religión: *el propio Dios creador viene a la tierra como un ser humano*. Se despoja de los privilegios y el poder que tenía en su existencia anterior, pone su vida y toda su existencia futura en manos del Padre, nace en una familia que mora en una nación subyugada para vivir una vida que revela completamente a Dios, y luego muere por nosotros.

Jesús, la revelación de Dios

Jesús dijo: “Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo” (Mateo 11:27, NVI). Aquí Jesús asegura que *sólo él es el Revelador de Dios*. Jesús declaró: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Pablo escribió que “él es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15).

En el libro de Hebreos se nos dice que “Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo . . . El Hijo es el

resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es” (Hebreos 1:1-3, NVI). Aquí se nos dice que hace mucho tiempo Dios revelaba su voluntad por medio de hombres que había escogido para que hablaran por él, pero que ahora es Jesús, a quien envió desde su propio trono en el cielo, el que lo revela a él y su voluntad.

Jesús dijo: “Todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:15). Pero no sólo *anunció* la voluntad de Dios, sino que vino a la tierra

La ruptura del velo del templo

En los evangelios se registran varios sucesos que ocurrieron al morir Cristo. Uno que al principio parece insignificante, pero que simbolizó algo muy importante, podemos verlo en Mateo 27:50-51: “Entonces Jesús volvió a gritar con fuerza, y entregó su espíritu. En ese momento la cortina del santuario del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (NVI).

Este suceso fue tan importante que fue mencionado en tres de los evangelios. ¿Cuál es su significado?

El recinto del templo estaba dividido en dos salas: la exterior, llamada el lugar santo, donde servían varios sacerdotes, y la sala interior, llamada el lugar santísimo. Esta sala *representaba la presencia de Dios*. Era un lugar tan sagrado que únicamente el sumo sacerdote podía entrar, y sólo un día en el año, para ofrecer expiación por sus pecados y por los del pueblo.

Esta sala sagrada, el lugar santísimo, estaba separado del resto del templo por una cortina hermosamente bordada. Según algunas descripciones judías del templo, esta cortina era realmente enorme; medía unos 9 metros de ancho por 18 metros de altura y 8 centímetros de gruesa. El que se hubiera desgarrado de arriba abajo en el momento en que Jesús murió, ¡fue un suceso sorprendente y desconcertante! ¿Cómo podría permitir Dios que pasara algo así dentro de su templo?

Pero Dios no sólo lo permitió, sino que *deliberadamente rasgó la cortina para hacer*

entender algo: que los pecados del hombre, lo que nos separaba de él (Isaías 59:2), ahora podían ser perdonados por medio de la sangre derramada de Cristo.

Al comparar cómo el sumo sacerdote había podido pasar por ese velo sólo una vez al año para ofrecer expiación por los pecados, en Hebreos 10:19-22 se nos explica que un nuevo sumo sacerdote, Jesucristo, por medio de su propio sacrificio, suprimió este rito para siempre y dio a la humanidad acceso directo a Dios.

“Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y tenemos además un gran sacerdote al frente de la familia de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpable y exteriormente lavados con agua pura” (NVI).

La lección para nosotros es que, después de arrepentirnos sinceramente, podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (Hebreos 4:16, NVI). Debido al sacrificio de Cristo, tenemos acceso directo al trono de nuestro misericordioso y amoroso Creador. (Para aprender más sobre esto, ver el recuadro de la página 98: “Nuevamente vivo, hoy y para siempre”). □

y *vivió conforme a ella*, aun en las más difíciles situaciones, como testimonio para toda la humanidad.

La gloria de Dios, la verdad de Dios y Dios mismo fueron revelados a todo ser humano en la persona de Jesucristo. Porque como dijo Jesús: “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Juan 14:9).

Jesús representó al Padre perfectamente. El que veía a Jesús veía reflejado en él el amor del Padre y su carácter justo y perfecto. Todo el imperecedero amor de Dios por la humanidad fue manifestado brillantemente por medio de Jesús, durante todo su ministerio terrenal.

La revelación de Dios frente a otras religiones

En su libro *Jesus Among Other Gods* [“Jesús entre otros dioses”], el escritor Ravi Zacharias da una explicación acerca de las diferencias entre Jesús y los fundadores de otras religiones: “En el centro de cada una de las grandes religiones existe un exponente principal. Al estudiar la narración, surge algo muy significativo. Aparece una bifurcación, o distinción, entre la persona y la enseñanza: Mahoma y el Corán, Buda y las Nobles Verdades, Krisna y su filosofía, Zoroastro y su ética.

“Sin importar cómo evaluemos sus afirmaciones, una realidad es ineludible. Son maestros que apuntan hacia su enseñanza o muestran algún camino particular. En todos estos surge una instrucción, un camino de vida . . . Es a Zoroastro a quien uno *escucha*. No es Buda quien lo salva a uno; son sus Nobles Verdades las que lo instruyen. No es Mahoma quien lo transforma a uno; es la belleza del Corán que lo atrae.

“En cambio, Jesús no sólo enseñó o difundió su mensaje. *Él era idéntico con su mensaje* . . . No sólo proclamó la verdad. Dijo: ‘*Yo soy la verdad*’. No sólo mostró el camino. Dijo: ‘*Yo soy el camino*’. No sólo abrió perspectivas. Dijo: ‘*Yo soy la puerta*’. ‘*Yo soy el buen pastor*’. ‘*Yo soy la resurrección y la vida*’. ‘*Yo soy el YO SOY*’” (2000, p. 89).

Jesús no ofreció pan para fortalecer el alma. Dijo que él *es* el Pan. Jesús no era sólo un maestro de una ética superior, él era *el Camino*. Jesús no sólo prometió vida eterna, sino que dijo: “*Yo soy la resurrección y la vida*” (Juan 11:25).

Lo que resulta claro es que *sólo Jesús es el verdadero Revelador del Dios verdadero*. No podía pasar inadvertido lo que la gente veía. Dios se reveló a sí mismo de tal manera que para ninguno de nosotros hay forma fácil de eludirlo. Tenemos que enfrentarnos a tal realidad: que Jesús fue quien dijo que era y que había sido enviado a este mundo por el Padre.

No existe eso de que “hay muchos caminos que llevan a Dios”. Jesús afirmó: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; *nadie viene al Padre, sino por mí*” (Juan 14:6). Por eso fue que Pedro declaró valerosamente: “Y en ningún otro

hay salvación; porque *no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*” (Hechos 4:12).

El propósito de Dios desde el principio

El plan de Dios para “llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10) incluye la reconciliación de toda la humanidad con él por medio de Jesucristo (2 Corintios 5:18-19). ¿Por qué necesitamos esa reconciliación? En Isaías 59:1-2 se nos dice: “La mano del SEÑOR no es corta para salvar, ni es sordo su oído para oír. *Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios. Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para no escuchar*” (NVI).

Nuestros pecados nos han apartado de Dios. Pablo habla de nosotros como enemigos que necesitan ser reconciliados con él, una reconciliación que sólo se logra por medio del sacrificio de Jesucristo. “Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo” (Romanos 5:10, NVI).

Pedro dice que esta muerte fue “destinada desde antes de la fundación del

mundo” (1 Pedro 1:20), y Juan habla de Jesús como el “Cordero que fue inmolido desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). La venida del Mesías como el sacrificio para la salvación estaba planeada desde antes del comienzo del mundo actual.

Adán y Eva, nuestros primeros padres, pecaron. Y toda la humanidad ha hecho lo mismo. Pero Dios habría de borrar de la mente de los seres humanos la enemistad hacia él de la única manera que sería convincente: *el Creador mismo vendría a la tierra y sacrificaría su vida por ellos* (Juan 3:16-17).

La dinámica del sacrificio de Cristo

Dios tenía que asegurarse de que los seres humanos, que él quiere que lleguen a ser hijos en su familia divina (2 Corintios 6:18), llegaran a un punto en que nunca jamás se rebelaran contra él. (Si desea saber más acerca de ese increíble tiempo futuro, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto gratuito *Nuestro asombroso potencial humano*.)

Nuevamente vivo, hoy y para siempre

En un acto supremo de sacrificio, Jesús de Nazaret dio su vida por toda la humanidad. Pero el sepulcro no podía retenerlo; fue resucitado a la vida eterna. ¿Cómo es él ahora?

Al apóstol Juan le fue dada una visión del glorioso aspecto de Jesucristo resucitado: “Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y, al volverme, vi siete candelabros de oro. En medio de los candelabros estaba alguien ‘semejante al Hijo del Hombre’, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies y ceñido con una banda de oro a la altura del pecho.

“Su cabellera lucía blanca como la lana, como la nieve; y sus ojos resplandecían como llama de fuego. Sus pies parecían bronce al rojo vivo en un horno, y su voz era tan fuerte como el estruendo de una catarata. En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de dos filos. Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor.

“Al verlo, caí a sus pies como muerto; pero él, poniendo su mano derecha sobre mí, me dijo: ‘No tengas miedo. Yo soy el Primero y el Último, y el que vive. Estuve muerto, pero

ahora *vivo por los siglos de los siglos*” (Apocalipsis 1:12-18, NVI).

Jesús ahora vive por siempre como un ser espiritual eterno, inmortal. Juan también nos dice que sus fieles seguidores, en la resurrección, *serán como él*, y que “todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:2-3).

Jesús ahora se sienta a la derecha de Dios el Padre, “y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 Pedro 3:22). Es la Cabeza viviente y activa de su iglesia (Colosenses 1:18), y siendo “el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29) constantemente ayuda a traer a otros a la salvación.

¿Cómo está sirviendo a sus hermanos en la tierra? Recordemos que Cristo es el mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5). Uno de los principales temas del libro de Hebreos es mostrar cómo Cristo lleva a cabo su sagrada misión como nuestro Sumo Sacerdote. (Si desea más información al respecto, no deje de leer el recuadro de la página 96: “La ruptura del velo del templo”.)

El pecado ha causado un daño gravísimo a la humanidad. “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). El pecado nos aparta de Dios (Isaías 59:1-2) y amenaza nuestra eterna recompensa. Es el despiadado enemigo de cada ser humano y debe ser vencido. Esto no es fácil y nunca lo ha sido.

Pero Cristo sabe lo que es tener naturaleza humana, lo que es ser tentado a pecar, ser tentado a transgredir la ley espiritual de Dios. “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

Cristo hizo todo lo necesario para vencer los impulsos de la carne y las tentaciones de pecar. Nunca los subestimó. Él oraba y ayunaba, pero lo primordial es que continuamente dependía del Padre y buscaba su ayuda.

Al no haber transgredido la ley de Dios siquiera una vez, Jesús “condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). En cambio, a nosotros el pecado nos ha contaminado, y una de nuestras principales metas como cristianos es vencer sus artimañas. Pero no podemos hacer esto alejados de nuestro Salvador, quien nos dijo: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Notemos lo que dice Hebreos 4:14-16: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Cristo es el autor y defensor de nuestra salvación, “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder [con el Padre] por ellos” (Hebreos 7:25). Cristo está a la derecha del Padre, “para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24).

Por medio del don del Espíritu de Dios, Jesús vive nuevamente, en sentido figurado, dentro de los cristianos convertidos (Gálatas 2:20) para ayudarlos a vivir una vida nueva, piadosa, como la que él vivió. Por medio de su sacrificio, y viviendo nuevamente dentro de nosotros, podemos ser redimidos “de toda iniquidad” y ser purificados para él como “un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). □

Siendo que el primer hombre y la primera mujer desobedecieron a Dios y decidieron seguir a Satanás, ¿cómo podría Dios asegurar que semejante cosa nunca volviera a ocurrir? ¿Cómo podría llevarlos al punto de que nunca jamás se rebelaran contra él? ¿Cómo podría granjearse su completa confianza?

El plan según el cual el Verbo se hiciera humano y ofrendara su vida por toda la humanidad, mostraría sin lugar a dudas el amor de Dios.

El sacrificio de Cristo no fue sólo para el perdón de los pecados, sino que también sería un testimonio eterno del amor de Dios (Juan 3:16-17). Dios tendría una relación con sus hijos, que participarían de ella porque *querrían* formar parte de esa unión familiar. Sería una relación de confianza absoluta.

Resulta obvio que los primeros seres humanos no conocieron realmente a su Dios y Creador. Poco antes de ser arrestado y luego ejecutado, Jesús enfáticamente les dijo a sus discípulos: “Desde ahora le conocéis y le habéis visto” (Juan 14:7).

Lo que dijo Jesús en su última oración ahora cobra vida: “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Su sacrificio sería el testimonio final, la máxima expresión del amor que Dios el Padre y Jesucristo tienen por la humanidad. Los discípulos pronto conocerían a Dios de la manera más profunda y llegarían a comprender verdaderamente que “Dios es amor”, como lo expresó el apóstol Juan (1 Juan 4:8, 16).

Una lección del amor más grande

Cuando uno llega a conocer al verdadero Jesús y su verdadera historia, como los conocieron sus discípulos, el asunto resulta muy diferente.

Esa prueba de amor fue tremendamente poderosa. ¿La captamos? “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17).

A aquellos que no han recibido amor de quienes *deberían* haberlo dado, ya sea de los padres o de otros familiares, con frecuencia les resulta difícil amar a otros. Sin el ejemplo de amor de otras personas, no conoceríamos el amor. El amor no es algo que se nos pueda explicar; tenemos que experimentarlo personalmente. No sabemos cómo brindar amor si no se nos demuestra primeramente.

Sin recibir el trato bondadoso de otros, no sentimos el impulso de hacer lo que debemos hacer. Sin experimentar el amor de Dios manifestado en la muerte de Cristo, no tendríamos ningún motivo apremiante de amar a otros. Sin llegar a comprender que Dios murió por cada uno de nosotros personal e individualmente, no podríamos estar convencidos de la gravedad de nuestros pecados personales a tal grado que no quisiéramos volver a pecar.

Dios el Padre y Jesucristo sabían exactamente cómo llevar a cabo su plan de traer hijos a su familia divina, hijos que siempre habrían de querer permanecer en esa santa y amorosa relación familiar. El hecho de que Jesús —quien fue el Creador de todo y que había vivido por toda la eternidad— viviera como un ser mortal entre mortales y luego muriera por todos a fin de que también pudieran tener vida eterna, no es nada menos que ser como Dios.

Eso mismo es cierto con el Padre, quien se privó de su eterno compañero, cuya relación era más estrecha que la de cualquier ser humano, y permitió que Jesús sufriera lo que tuvo que sufrir por el bien de toda la humanidad. El sacrificio, para ambos, es inconcebible.

Eso no tiene paralelo a nivel humano. La bondad del hombre jamás podría compararse a eso, ni siquiera remotamente. Como escribió el apóstol Pablo en una de sus epístolas: “Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios *demuestra* su amor por nosotros en esto: en que *cuando todavía éramos pecadores*, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:7-8, NVI).

Pablo concluyó que Cristo es “la sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24) y que el concepto de “Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:2) era la “sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos” (v. 7). El plan de Dios fue ideado no sólo para permitir que nuestros pecados fueran perdonados, sino también para que tomáramos la decisión de no volver a pecar jamás.

Dios supo desde un principio cómo resolver el problema del pecado y estableció su propósito desde antes de crear al primer hombre.

Su cita con el destino: Encontrarse con el verdadero Jesús

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

Una de las desventuras más grandes es malentender lo que Jesús espera de sus seguidores. Muchos, al suponer erróneamente que Jesús pagó por nuestros pecados de manera que ahora podamos hacer lo que queramos, se han formado una imagen mental de Jesús como un ser callado, manso y amoroso que da la vida eterna a quienquiera que simplemente lo reconozca como Señor y Salvador. Otros muchos creen que hay numerosas formas de llegar a Dios y a una gozosa vida después de la muerte.

En la Biblia se nos declara que todos tenemos una cita con el destino, cuando nos presentaremos ante Jesús para darle cuenta de nuestras acciones. Sorprendentemente, la forma en que Jesús aparecerá cuando regrese y el criterio que usará para decidir quién estará en su reino son muy diferentes de lo que se ha hecho creer a la mayoría de las personas. Así como hubo gran confusión con respecto a la primera venida de Jesús, las malas interpretaciones con respecto a su retorno también abundan. ¿Cuál es la verdad —la verdadera historia— acerca de su retorno?

¿Por qué vendrá Cristo por segunda vez?

En el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, leemos acerca de Jesús como el Salvador resucitado, el Mesías que se está preparando para retornar a la tierra: “Yo soy . . . el que vivo, y estuve muerto; más he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:17-18).

Pero ¿cómo va a venir, y por qué? En Mateo 24 él nos da la reveladora respuesta. Cuando sus discípulos le preguntaron acerca del tiempo de su retorno y del fin de esta era, Jesús les presentó un escalofriante cuadro que incluía una proliferación de engaños religiosos, guerras, hambres y catastróficos fenómenos naturales. “Todo esto —les dijo— será apenas el comienzo de los dolores” (Mateo 24:8, NVI), que marcarán el inicio de esa nueva época que traerá a su regreso.

¿En qué momento intervendrá? *Cuando la humanidad esté a punto de destruirse a sí misma.* “Habrá entonces una angustia tan grande, como no la ha habido desde que el mundo es mundo ni la habrá nunca más. Si no se acortaran aquellos días, nadie escaparía con vida; pero por amor a los elegidos se acortarán” (vv. 21-22, Nueva Biblia Española).

¿Por qué tiene que regresar Jesucristo? La situación mundial llegará a ser tan terrible, tan amenazadora, que *la vida misma de la humanidad estará en peligro de extinguirse.* La primera vez vino a salvarnos de nuestros pecados. Vendrá la segunda vez *para salvarnos de nosotros mismos.*

Inicialmente no será muy agradable. En Apocalipsis 6:16-17 leemos que vendrá con gran ira, debido al continuo rechazo de su ley por los hombres y al caminar del mundo hacia la maldad y la autodestrucción. Su retorno será anunciado con el toque de trompetas que darán inicio a tremendas calamidades sobre la tierra (capítulos 8-9). En todo ello, sin embargo, esa justa indignación es el resultado de su gran preocupación por el hombre.

Jesús vendrá como aquel que retorna para gobernar a todas las naciones del mundo (Apocalipsis 11:15). Rechazará toda oposición a su justo gobierno y combatirá a las naciones y a los gobernantes rebeldes (Apocalipsis 19:15). Castigará y regirá *por nuestro propio bien*, a fin de que haya paz en un mundo obstinado en su propia destrucción.

Quizá esta es la imagen más importante de Jesús en la Biblia, porque este es el Jesús que todo el mundo encontrará en algún momento del futuro, tal vez un futuro no muy lejano.

Estas profecías nos muestran claramente que Jesús no murió *para que nosotros viviéramos como quisiéramos.* Él “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, *para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla*” (Filipenses 2:8-10).

Cuando Jesús regrese, ocupará su justo puesto como el gobernante de todo el mundo, como el Mesías salvador. *¿Dónde estará usted en ese tiempo?*

¿Estamos pasando por alto algo?

Como vimos al empezar este capítulo, muchas personas suponen que Jesús murió para que ya no tuviéramos que obedecer a Dios, y que un Jesús amable y manso nos admitirá en su eterna presencia si tan sólo lo reconocemos como nuestro Señor y Salvador, sin que importe cómo decidamos conducir nuestras vidas.

Pero creer estas cosas es creer en un Jesús falso y pasar completamente por alto el propósito de su regreso prometido. Él tiene que regresar precisamente *porque* nosotros hemos seguido la senda de hacer lo que queremos y de rechazar

las leyes de Dios, y ese camino nos va a conducir casi hasta la *autoaniquilación mundial*.

¿Qué sendero seguirá usted? El sacrificio de Cristo ciertamente demostró el amor de Dios, y no podría haber ninguna otra demostración más poderosa de ese amor. Pero ¿termina allí todo? ¿Acaso ser cristiano sólo tiene que ver con lo que Jesús *hizo* por nosotros? ¿O se trata de estar dispuestos a *seguirlo haciendo lo que él mandó e imitando su ejemplo*?

¿Sólo vamos a creer en él, o *creeremos también su mensaje*? Hay una gran diferencia. Jesús predicó *el evangelio del Reino de Dios*, el reino mundial que establecerá a su retorno. ¿Está usted preparándose para *estar en ese reino*? ¿Se da cuenta de que el Reino de Dios será un reino literal que gobernará todo el mundo, y que, en su máximo cumplimiento, se extenderá infinitamente por la eternidad?

En lo que se conoce como el Sermón del Monte, Jesús explicó las leyes del Reino de Dios. Estas son amplificaciones de las mismas leyes que dio en el monte Sinaí, leyes que obedeció perfectamente durante toda su vida. Y dijo que si alguien quebrantaba aun la más pequeña de esas leyes, esa persona sería considerada muy pequeña (Mateo 5:19). No obstante, de manera trágica, la mayoría

'Sí, ven, Señor Jesús'

Hoy en día el mundo está lleno de toda clase de horrores. Terroristas suicidas, ántrax, bombas radioactivas, epidemias mortíferas, secuestros, pandillas, violaciones, asesinatos, guerras.

Dondequiera que miremos, la tendencia es negativa. La crueldad del hombre con el hombre cada vez es peor, y aun los más optimistas pueden hallar muy difícil luchar contra los presentimientos aprensivos de que nuestro mundo se encamina hacia la autodestrucción.

Jesús podía saber el curso de la historia y predijo la espiral de penalidades que conducirá a un tiempo de dificultades sin precedentes en la historia, que ocurrirá antes de su retorno (Mateo 24:7-8, 21). Nuestro Salvador espiritual también prometió salvar a la humanidad de la aniquilación total con su gloriosa venida (Mateo 24:22, 30).

Como Rey de reyes, Jesús establecerá el maravilloso y justo Reino de Dios (Apocalipsis

11:15; si desea más información sobre estas profecías, no deje de solicitar o descargar de nuestro portal en Internet el folleto gratuito *Usted puede entender la profecía bíblica*.)

Ese es el momento que el pueblo de Dios, a lo largo de la historia, ha esperado ansiosamente y por el que ha orado: "*Venga tu reino*" (Mateo 6:10).

A Juan, un apóstol de gran amor y compasión, le fue dada una maravillosa visión de una época más allá de las dificultades, plagas y guerras provocadas por la maldad de los hombres impenitentes. Es el momento en que Dios enjugará toda lágrima, y ya no habrá más llanto ni clamor (Apocalipsis 21:4).

Al final del último capítulo del último libro de la Biblia, tres veces Juan mencionó la hermosa promesa de Cristo: "¡He aquí, vengo pronto!" (Apocalipsis 22:7, 12, 20). En el versículo 20 Juan, y todos los cristianos, con profundo anhelo contestan: "Amén; sí, ven, Señor Jesús". □

de quienes dicen que son seguidores de Jesús pasan por alto sus claras palabras sobre este aspecto tan importante.

Tal parece que, después de la época de los apóstoles, las enseñanzas de la cristiandad se han enfocado en el atrayente concepto de alguien que nos ama, nos perdona, nos consuela y nos acepta. Pero son pocos los que han explicado que Jesús *requiere* que sus seguidores *obedezcan* los mandamientos del Padre, tanto para su propio bien como para el beneficio y bendición de aquellos a su alrededor (1 Juan 2:3-6; 5:3).

Si usted no entiende los mandamientos de Dios, no entiende el pecado, porque el pecado es la infracción a la ley de Dios (1 Juan 3:4). Y si no entiende lo que es el pecado, entonces ¿cómo puede arrepentirse? Y si no se arrepiente —si no se vuelve de su *propia* manera de vivir para vivir conforme al camino de *Dios*— ¿cómo puede aceptar realmente a Jesús como su Señor y Salvador?

Jesús no murió para que nos sintiéramos mejor con nosotros mismos. *Murió para pagar la pena de muerte por los pecados que usted y yo cometimos*. Si después de saber estas cosas nos volvemos a una vida de pecado, estaremos "cru-cificando de nuevo . . . al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio" (Hebreos 6:6). ¿Por qué habríamos de menospreciar su sacrificio y darle muerte una vez más?

¿Qué espera Jesús?

En Lucas 6:46 Jesús hizo una pregunta que todos debemos considerar seriamente: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no *hacéis lo que yo digo*?"

No basta con simplemente llamarlo "Señor", o aceptarlo como tal. En otra ocasión él mismo explicó: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino *el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*" (Mateo 7:21). Entrar en el Reino de Dios exige *vivir conforme a la voluntad de Dios*. No hay ninguna otra manera.

En los versículos 22-23 leemos lo que a continuación agregó: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: *Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*".

¿A qué leyes se refería Jesús? Las mismas que *él obedeció perfectamente*. Las mismas leyes que *él, como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, reveló a Moisés*. Las mismas leyes que *establecerá en su reino para gobernar a toda la humanidad*. ¡Nunca dará su maravillosa dádiva de la vida eterna a los que, volviéndose al pecado, estén "cru-cificando de nuevo . . . al Hijo de Dios"!

Resulta muy claro que Jesús espera plenamente que dejemos el camino del pecado y empecemos a obedecer los mandamientos de su Padre, la perfecta "ley de la libertad", que nos libera del sufrimiento y la muerte que trae el pecado (Santiago 1:25; 2:12).

Una vida plena y abundante

Resulta trágico que tanta gente piense que someterse a las leyes de Dios es “esclavitud”, incluso, irónicamente, muchos dirigentes religiosos que se consideran cristianos. Por lo que muy claramente escribió el apóstol Juan, podemos ver que tales personas están equivocadas: “Este es el amor a Dios, que *guardemos sus mandamientos*; y sus mandamientos *no son gravosos*” (1 Juan 5:3).

Jesucristo sabía que vivir conforme al camino de vida que Dios revela es la clave para una vida abundante, feliz y productiva. “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

A quienes quieran seguirlo les dice: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:29-30). Lo que el mundo ve como esclavitud es de hecho la libertad y felicidad verdaderas en Cristo. Esto es lo que Dios les promete a aquellos que sigan al verdadero Jesús y sus verdaderas enseñanzas.

Pero no es fácil hallar ese camino, y sólo usted puede tomar la decisión de seguirlo. Jesús nos dice: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella”. Nos advierte que no escojamos el camino fácil que prefiere la mayor parte de la humanidad. Y agrega: “Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13-14). Si usted toma la decisión de seguir a Jesús, que sea teniendo en mente al verdadero Jesucristo y su verdadera historia. Él es rey; es digno de gobernar el mundo entero, y *lo hará*.

Es el Creador de la tierra y el autor de la vida misma. Asumió toda la responsabilidad de su creación al venir a la tierra a demostrar su buena voluntad hacia nosotros y, completamente sometido a la voluntad de Dios, a morir por nosotros. No dejará de cumplir la misión de establecer su reinado de paz sobre el mundo entero.

Así que si usted lo acepta, recuerde que lo acepta como *Rey y Legislador* de su vida *ahora*. Él es a quien usted sirve ahora, y a quien servirá por siempre. □

‘Si aquellos días no fuesen acortados...’ (Mateo 24:22)

Los titulares de hoy son una letanía de malas noticias: guerras, terrorismo, secuestros, genocidio, hambres, enfermedades incurables y mucho más. ¿Hacia dónde se dirige realmente nuestra sociedad? ¿Qué depara el futuro para nosotros y nuestros hijos y nietos?

En el folleto *Usted puede entender la profecía bíblica* se examinan los principales temas de la profecía que le permitirán entender lo que dice la Biblia acerca de nuestro mundo y los tiempos turbulentos que se avecinan.

Al mismo tiempo, le invitamos a que se suscriba a *Las Buenas Noticias*, una revista bimestral de comprensión bíblica. Cada número trae análisis de los acontecimientos y tendencias mundiales de mayor importancia, además de estimulantes artículos sobre la vida familiar y el camino cristiano.

Si usted desea recibir el folleto *Usted puede entender la profecía bíblica* o la revista *Las Buenas Noticias*, sin costo ni obligación de su parte, sólo tiene que solicitarlos a nuestra dirección más cercana a su domicilio. O si lo prefiere, puede descargarlos directamente de nuestro portal en Internet.



Las Buenas Noticias
Revista de comprensión bíblica
www.ucg.org/espanol

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en

las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. ☐

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Chile: Casilla 10386 • Santiago

Colombia: Apartado Aéreo #246001 • Bogotá

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua

Sitios en Internet: www.ucg.org/espanol
www.unidamexico.mx
www.unidachile.cl

Correo electrónico: info@ucg.org